



GUERRA EN CASA

NOEMI MARTINEZ

NOVELA DE ROMANCE Y SUSPENSO

GUERRA EN CASA

NOVELA DE ROMANCE Y SUSPENSO

NOEMI MARTINEZ

ÍNDICE

1. Leo
 2. Mila
 3. Leo
 4. Mila
 5. Mila
 6. Leo
 7. Mila
 8. Leo
 9. Mila
 10. Leo
 11. Mila
 12. Leo
 13. Mila
 14. Leo
 15. Mila
 16. Leo
 17. Mila
 18. Leo
 19. Leo
 20. Mila
 21. Leo
 22. Mila
 23. Leo
 24. Mila
 25. Leo
- Epilogo

*Título: Guerra en casa
Copyright © 2020 Noemi Martinez
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: imagen utilizada con licencia Shutterstock.com
Segunda Edición*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

—POR ESA RAZÓN me mantengo alejado de las carreteras —dije, mientras me acercaba al Lexus que se había estrellado contra el árbol grande en la entrada de mi propiedad—. Típico de los Yuppies.

Había sido un choque suave, suficiente como para abrir el capó, pero aun así, necesitaría la ayuda de una grúa para mover ese auto. Consideré dejar que el conductor se ocupara de la situación solo. No era mi culpa que no pudiera controlar esos caballos de fuerza, pero el cielo amenazaba con una tormenta inminente. Como mi cabaña era la más cercana a la carretera, no me quedaba otra opción que ocuparme de eso de una forma u otra.

—Bien —me acerqué un poco más—. Seguramente es un chico que desperdicia el dinero de papá. O un turista. Sera mejor no tener que...

Quedé sin aliento cuando vi a través de la ventana del conductor. No era en absoluto lo que esperaba. Un trasero perfectamente esculpido y firme se asomaba donde debería haber estado una cara. Podría haberme quedado apreciando el espectáculo, pero tenía prisa y necesitaba respuestas. Di unos toques en la ventana.

La mujer se levantó, golpeando su cabeza contra la guantera.

—¡Ay!

Frotándose en el lugar del golpe, me miró por encima del hombro. Su cara era tan hermosa como su trasero. Sus ojos grandes y azules se abrieron de par en par bajo unas expresivas cejas, y su pequeña barbilla afilada enmarcaba unos labios llenos y carnosos. Su forma de mirarme trajo a relucir imágenes en mi mente.

—Golpeaste mi árbol —grité a través de la ventana.

Se enderezó y presionó el botón para bajar la ventanilla, pero no hubo respuesta. Suprimí una sonrisa mientras veía como se sonrojaba. Abrió la puerta y se retorció un poco en el asiento hasta lograr salir.

—Siento lo de tu árbol —dijo, mientras se acomodaba el gorro y la chaqueta. Sonaba algo sincera—. Mira, necesito desesperadamente llegar a Sacramento ahora mismo. Tengo una amiga que está en problemas, y si no llego pronto, puede pasarle algo malo.

—¿Qué hizo, sacó el máximo de sus tarjetas de crédito?

Me costaba creer que las amigas de esta mujer pudieran meterse en problemas. Por lo menos no en uno que sea de vida o muerte.

Se puso rígida y entrecerró sus ojos.

—No. Realmente está en peligro. Y soy la única que puede ayudarla.

La miré de arriba a abajo, analizándola. Estaba en forma, con piernas fuertes y de buen equilibrio. El portaesquí en el techo de su auto era una muestra de que era un poco atlética.

Incluso así, no daba exactamente la impresión de ser una mujer ruda.

—Si eres la única que puedes salvar a tu amiga, entonces tengo malas noticias para ella.

Se cruzó de brazos e inclinó la barbilla hacia arriba, haciendo que el pompón de su gorro se tambaleara ridículamente.

—Soy una de las mejores abogadas del Área de la Bahía, y si alguien puede sacarla de eso, soy yo.

—Ah, ese tipo de problemas.

—Sí. De todos modos, eso no importa, ¿puedes ayudarme o no?

Me encogí de hombros.

—Tienes un teléfono celular, ¿no? Llama a una grúa.

—Una grúa va a tardar horas en llegar hasta aquí. ¿Puedes llevarme a la ciudad? Te pagaré.

Agité la cabeza en negación.

—No estoy dispuesto a dejar mi propiedad hoy. Haz la llamada. Te puedes calentar en mi cabaña mientras esperas.

Me miró con incredulidad.

—¡La vida de una mujer está en peligro! Claro, no la conoces, pero es una buena persona que no se merece esto, y no me ayudas porque no estás dispuesto a hacerlo...

—Eso lo resume todo.

Me miró fijamente, abrió la boca para decir algo, y luego la volvió a cerrar. Se dio la vuelta y se inclinó de nuevo dentro del auto para buscar su teléfono debajo del asiento del pasajero. Me giré evitando ver nuevamente su trasero, no quería que me atrapara mirándola. El cielo se había oscurecido hasta un tono ominoso. Sin duda, iba a ser una tormenta de las malas.

—¿En serio? —frunció el ceño ante su teléfono—. ¿Cómo es que no hay servicio aquí?

—Esta no es exactamente una zona poblada.

Comenzaron a caer copos gruesos, un precursor de lo que estaba por venir.

—Vamos. Será mejor que hagas la llamada adentro. Esto está a punto de ponerse feo.

Me levantó una ceja.

—No tengo la costumbre de seguir a hombres extraños a sus cabañas aisladas.

Me encogí de hombros.

—Me parece justo. Leo Arbuckle. Tampoco acostumbro a llevar a mujeres extrañas a mi cabaña —le extendí mi mano, y la miró sospechosamente por un momento—. No muerde. Ni siquiera tiene dientes, ¿ves? —agité mi mano frente a ella.

Rápidamente me dio la mano.

—Mila Rutherford.

—¿Rutherford? Es como tatuarse “millonario” en la frente.

—Yo no elegí mi apellido.

—¿No lo hiciste? Interesante.

—¿Qué es lo que...? —se detuvo brevemente—. Oh. ¿Así que una mujer soltera es más interesante que una casada? Creo que será mejor que encuentre mi propio camino a casa.

—Tendrás más suerte si vienes conmigo.

—No voy a ir a tu cabaña.

Estaba empezando a temblar, y trató de ocultarlo con una postura desafiante. Di un paso atrás y me encogí de hombros.

—Entonces quédate aquí.

Se detuvo un momento, mirando al cielo, luego a su Lexus y de vuelta a mí. Se mordió el labio inferior de una manera adorable. Francamente, me estaba distraendo con lo linda que era. No

estaba seguro de qué más podía decir para convencerla, pero yo también me estaba quedando sin tiempo.

—Mira, no me agrada tanto como a ti la idea de que vengas conmigo. Pero tampoco estoy dispuesto a cargar en mi consciencia el dejarte aquí y que mueras congelada.

—Realmente creo que podría esquiar cuesta abajo. Quizás así pueda encontrar una mejor recepción.

Era una idea terrible, y ella lo sabía. La recepción mejora a medida que subes, no a medida que bajas. La miré fijamente, esperando que llegara a la misma conclusión.

Soltó un suspiro de resignación.

—Muy bien. Iré contigo. Pero sólo hasta que encuentre a alguien que me lleve a la ciudad. ¿Estás seguro de que no puedes?

—No puedo.

Me miró de reojo.

—No estás en arresto domiciliario, ¿verdad?

Dudé. Mi situación era similar a la del arresto domiciliario, después de todo. Era una excusa tan buena como cualquier otra. Pero entonces sus ojos se abrieron de par en par alarmados, y rápidamente agité la cabeza.

—No estoy en arresto domiciliario. Esta tormenta se va a poner fea y no quiero quedarme atascado por la nieve.

Resopló frustrada

—Está bien. Tú ganas. ¿Dónde está tu cabaña?

—En la colina. El camino se pone resbaladizo, así que cuidado con cada paso que des.

MILA

NO ESTABA segura de lo que esperaba cuando dijo que vivía en una cabaña. Después de caminar a través de la nieve durante lo que pareció media milla, llegamos a una enorme casa escondida detrás de una gruesa arboleda. El lugar tenía por lo menos tres pisos, y ni siquiera podía ver lo grande que era debido a lo bien que se mezclaba con el área circundante. Se necesitaba tener mucho dinero para crear algo tan perfecto como eso.

—Voy a necesitar que te quedes en la sala de estar —indicó, mientras nos acercábamos a las puertas dobles—. Hay un baño a la derecha. Puedes usarlo si lo necesitas. No vayas a husmear a ningún otro lado.

Su actitud se había vuelto cada vez más cortante mientras caminábamos, y tenía mucha prisa. No podía imaginar qué podría ser tan importante aquí en medio de la nada. Por otra parte, cualquiera que pudiera permitirse un lugar como ese debía tener algún tipo de negocio que administrar, así que lo dejé pasar.

—No tengo intenciones de husmear. ¿Puedo usar su teléfono, por favor?

—Primero quítate las botas y el abrigo —ordenó bruscamente—. No necesito charcos por todo el piso.

Dudé por un momento, sorprendida. No parecía el tipo de hombre que se preocupara por esas cosas. Asumí que tenía un motivo oculto tras su petición, pero cuando miré a través del vestíbulo hacia la sala de estar, entendí. El interior de la casa era tan asombroso como el exterior. Era absolutamente prístino.

Se quitó el abrigo y las botas, mientras lo observaba por el rabillo del ojo. Era más atractivo de lo que yo creía. Con la guardia alta, me parecía amenazador. Pero ahora que estábamos más relajados, pude apreciar sus músculos bien formados. No era tan voluminoso como parecía con el abrigo puesto, pero la fuerza tonificada en su complexión era increíblemente evidente.

—¿Cuántos años tienes?

La pregunta salió de mi boca sin pensarlo.

—¿Por qué? —me miró con sus penetrantes ojos verdes.

—Porque tu cuerpo dice veinte, tus ojos dicen treinta, y tu barba dice cuarenta —sonreí un poco, tratando de hacer la pregunta un poco más amistosa—. Sólo intento saber con quién estoy atrapada, eso es todo.

—Treinta y cinco. No... treinta y seis.

—¿No recuerdas tu edad?

Se encogió de hombros.

—No llevo la cuenta. No parece que haya mucha diferencia. La sala de estar está por aquí.

Lo seguí, esperando encontrar cornamentas en las paredes, pero estaba aprendiendo

rápidamente a descartar mis expectativas con él. Sus paredes mostraban una colección ecléctica de pinturas y fotografías, desde mafiosos de la década de 1920 hasta ninfas etéreas. A primera vista, parecían haber sido colgados sin pensar en dondequiera que hubiera espacio para ellos. Sin embargo, al estudiarlo más de cerca, definitivamente había un patrón. Una especie de patrón emocional, abstracto pero claro, con altos y bajos que se repiten como música visual a través de sus paredes.

—El teléfono está allí —apuntó a una mesa auxiliar—. Ya regreso.

Desapareció por una puerta, dejándome sola en la habitación grande. Una vez más, me encontré preguntándome qué podría ser tan importante para que se apresurara de esta manera. Pensaba que el objetivo de trabajar desde casa era relajarse y tener total control de tu tiempo.

Me encogí de hombros y fui al teléfono.

Mi primera llamada no fue a una grúa, sino a Rochelle.

—¿Hola? —sonaba preocupada y cansada a la vez.

—Ro, soy Mila. Tuve un pequeño accidente en la montaña, pero estoy bien. No sé cuándo podré llegar a ti. ¿Qué ha pasado desde esta mañana?

—Insiste en reunirse conmigo a solas, y creo que lo haré. Contrató al equipo de Lawson, Mila. No podré vencerlos, la ley está a su favor. Tengo que resolver esto hoy. Si no lo hago... El lugar es malo, muy malo, y hay bebés viviendo allí, y... Espera, ¿dijiste que tuviste un accidente?

—Un pedazo de hielo conspiró con un árbol — dije despectivamente—. Pero estoy bien, aunque mi auto no. En fin, escúchame. No puedes encontrarte con él a solas. Como mínimo, necesitas estar en un lugar público. O mejor, espera a que llegue e iré contigo.

—Quiere que nos encontremos mañana por la mañana. Si no lo hago, me ha amenazado con demandarme por difamación de carácter.

—¿Tiene un caso?

—Si no lo pongo delante de un juez primero, él lo hará. Cuando sus abogados me amenazaron, hice pública la situación, y por supuesto, eso no fue de su agrado. Puedo llegar a un acuerdo con él, o demostrar ante un tribunal lo escoria que es, pero...

—Pero si él llega primero, tú estás acabada —me froté la cara con una mano—. Dios, Ro, ¿En qué estabas pensando?

Su tembloroso suspiro casi me rompe el corazón.

—Lo sé, lo sé, yo sólo... pensaba que si lo intimidaba podría hacer que se doblegara. Es un vil señor de suburbios. No suelen ser exactamente expertos en conocimientos legales, ¿verdad?

—En cierto modo lo son. Tienen que serlo para poder seguir en el negocio. La omisión y el chantaje son herramientas poderosas si sabes cómo usarlas.

—No debí tomar un caso complicado de inquilinos sin ti.

—No, no debiste. Ni siquiera sé por qué lo hiciste —mi tono era duro, pero no podía hacer mucho para suavizarlo.

—Porque mi prima vive allí y acaba de tener un bebé. Me llamó llorando cuando encontró moho negro en la habitación de su hijo y el administrador del edificio básicamente le dijo que se lo comiera.

—Y entonces decidiste ir por la cabeza del dueño de la propiedad.

—Por supuesto, necesitaba respuestas. Pero nadie parece saber dónde encontrarlo. ¡El tipo es un fantasma! No hay ningún número de teléfono, correo electrónico o información de contacto. No me queda más opción que ir a la reunión.

Me quejé, presionado los dedos contra mi sien.

—¿Dónde y cuándo quiere conocerte?

—Mañana a las cinco de la mañana en Rancho Cordova.

—¿Qué? ¿Junto al río? ¿En la oscuridad? ¿Estás loca?

—No, no estoy loca. Pero, ¿qué otra opción tengo? ¿Dejarlo pasar por alto y acabar con mi reputación? ¿Retroceder y dejar que siga atormentando a sus inquilinos? Vamos, Mila. Sabes tan bien como yo que harías exactamente lo mismo en mi lugar.

—Claro que no. Soy apasionada, pero no estúpida. Obviamente es una trampa. Te va a matar.

—Llevaré un arma.

—No. No vas a ir. Tu reputación no vale tu vida, y se mantendrá. Has hecho demasiado bien para que este tipo te arruine, no me importa quiénes sean sus abogados. Que te demanden por difamación, no es el fin del mundo.

—Mila... Ellos saben dónde vivo.

—¿Qué? ¿Cómo?

—¡No lo sé! Un par de tipos grandes aparecieron ayer en mi puerta para decirme dónde y cuándo sería la reunión. No llamaron ni nada, y no tengo ni idea de cómo consiguieron mi dirección, pero... se sintió como una amenaza. Como que si no voy a ellos, ellos vendrán a mí, ¿sabes?

—¿Y si te quedas con tu madre por unos días?

—Si encontraron mi casa, pueden encontrar la de ella. Tampoco puedo quedarme con Steve. Tiene a sus hijos este fin de semana, y no podría vivir conmigo misma si los pusiera en peligro de alguna manera. Tengo que hacer esto.

—Eso no lo sabes —nunca había tenido tanto miedo por mi amiga—. Podemos pensar en algo. Por favor, espérame. Estaré allí tan pronto como pueda.

—Intenta llegar antes de las cinco de mañana —dijo, con tristeza—. Adiós, Mila. Ten cuidado.

—¡No, Rochelle, no...! —pero ella ya había terminado la llamada—. ¡Maldita sea!

Dejé el teléfono en la mesa y enterré mi cara en mis manos. El piso crujió a mi izquierda, y bajé las manos para encontrar a Leo despeinado y con una mirada de preocupación en su cara.

—¿Qué pasa? ¿No puedes conseguir una grúa?

—OH... um... —tartamudeó por un momento.

Me di cuenta de que todavía estaba temblando. No había tenido la oportunidad de encender el fuego en la sala de estar, y la nieve había empapado todo su pantalón.

—Estas temblando —dije, lamentando mi descuido—. No soy el mejor como anfitrión. Deja que te traiga algo.

Me fui antes de que pudiera responder. Parecía que estaba a punto de llorar, y yo no estaba de humor para lidiar con eso. Por lo visto, no había logrado conseguir una grúa, y tendría que quedarse aquí.

—Mientras no intente husmear —dije para mí entre dientes.

Eché un vistazo a la evidencia de mi secreto, que aún estaba en la encimera de la cocina. Encendí la tetera para el té y limpié el mostrador para evitarme problemas, en caso de que se le ocurriera buscarme. No quería que hiciera preguntas.

Dejando hervir la tetera, subí corriendo las escaleras. Lo que buscaba estaba en mi habitación, pero me detuve en la puerta de la habitación de al lado y me asomé con mucho cuidado. Seguía en silencio. Con suerte, todo se mantendría así hasta que pudiera quitarme de encima a la abogada.

Satisfecho, tomé uno de mis pantalones de chándal y me apresuré a bajar. La tetera estaba hirviendo cuando llegué a la cocina, así que aproveché de preparar el té de una vez. Cuando llegué a la sala de estar, ella estaba al teléfono nuevamente.

—¿No puedes hacer una excepción? Es absolutamente crucial que vuelva a Sacramento antes de mañana. No, yo... Sí, sí, pero es una especie de emergencia... No, por supuesto que no. De acuerdo. Gracias de todos modos.

Colgó el teléfono con un fuerte suspiro.

—¿Todavía no tienes suerte? —le pregunté.

Saltó del susto.

—¿Tienes que dejar de hacer eso! ¿Cómo una persona tan grande como tú puede caminar tan silenciosamente?

—Buenos pisos —me encogí de hombros—. Toma, te traje té y ropa. Ve a cambiarte antes de que te congeles.

Ella dudó por un momento, y yo apreté mi mandíbula. Sabía que los abogados estaban acostumbrados a discutir, pero Dios, esta mujer me estaba volviendo loco.

—Gracias —agarró los pantalones—. ¿El baño...?

—Justo ahí —señalé la puerta—. No tiene ducha, pero no deberías necesitarla.

—Espero que no. Aunque no habrá grúa ni taxi hasta que pase la tormenta y las carreteras estén despejadas.

Me miró como si quisiera preguntarme algo. Probablemente quería que la llevara a la ciudad. Eso no iba a pasar, y creo que ella lo sabía. Se fue al baño sin decir nada más, y puse su té en un posavasos.

Hacía más de un año que no veía a una mujer con mi ropa y no estaba preparado para mi reacción. La forma en que mis pantalones abrazaban sus caderas y se ensanchaban alrededor de sus pies me hizo pensar en una bailarina de vientre. El contraste con su ajustado y peludo suéter rosa era muy atractivo. También se había quitado los calcetines. Probablemente estaban empapados. Se veía demasiado cómoda y adorable. Quería envolverla en mis brazos hasta que esa mirada miserable desapareciera de su rostro.

Sacudí la cabeza, desechando esos pensamientos. No sabía lo que me pasaba pero era inaceptable para mí pensar esas cosas.

—Se espera que la tormenta cese mañana por la tarde —le dije mientras se sentaba—. Eres bienvenida a quedarte. Las carreteras probablemente no estarán despejadas hasta el día siguiente.

Pasó una mano por su cabello castaño en un gesto frustrado.

—Sería demasiado tarde —respondió bruscamente—. Tengo que estar en Sacramento antes de las cinco de la mañana.

—Sea lo que sea, estoy seguro de que puede esperar un poco. Nadie tiene control sobre el clima.

—Esto no es una reunión de negocios —se puedo de pie y comenzó a caminar por la habitación como un gato enjaulado—. Mi amiga está a punto de hacer algo estúpido, y no puedo convencerla de que no lo haga. Créeme, ya lo intenté.

—¿Es con quien estabas hablando?

—La primera vez, sí. La segunda vez que entraste, hablaba con el servicio de grúa. No puedo detenerla a menos que llegue a tiempo a Sacramento, Sr. Arbuckle.

—Por favor, llámame Leo. ¿Qué estás tratando de impedir que haga? —me miró de reojo, dudosa—. ¿A quién se lo voy a decir? —hice un gesto alrededor de la habitación.

—Bien —se sentó nuevamente en el sofá y levantó la taza que tenía adelante, inhaló el aroma y continuó—: Ro, mi amiga, es abogada. Como yo. Generalmente hace contratos básicos, acuerdos prematrimoniales, testamentos, ese tipo de cosas.

—Suena bastante seguro.

Se rió amargamente.

—Eso es lo que crees. Ella se vio envuelta en una situación de inquilino en un complejo con un administrador terrible. Estoy bastante segura de que el tipo es un criminal. No, sé que es un criminal, basado en cómo deja vivir a sus arrendatarios, pero sospecho que también es violento —respiró hondo, tranquilizándose, y luego me miró con una pequeña sonrisa—. No estás realmente interesado en el asunto, ¿verdad?

—De hecho, lo estoy —admití—. En realidad soy propietario de unos cuantos edificios. No sé cuánto puedo ayudar, pero quizá pueda darte una idea.

Realmente podía darle una idea de muchas cosas, pero no se lo iba a decir. Se acomodó en el sofá y me alegré de que por fin se sintiera más cómoda, aunque iba a tener que ocuparme de eso. Debía evitar que por la comodidad sintiera la libertad de husmear mi cabaña.

—Así que al principio, el administrador le dijo que sólo estaba siguiendo órdenes, y que ella tendría que hablar con el propietario. Pero no le dio la información de contacto.

Comenzaron a sonar alarmas en mi cabeza, pero las silenció. Se trataba de una situación muy común. Pero aún así, no estaría de más comprobarlo.

—¿Qué tan difícil sería encontrar a este tipo?

Ella agitó la cabeza.

—No estoy segura. No me habló mucho al respecto.

Mi teléfono empezó a vibrar en mi cadera. Había instalado un sistema inteligente en mi casa y cualquier movimiento en alguna de las habitaciones se notificaba por teléfono. Lo revisé y tenía un mensaje del monitor del segundo dormitorio de arriba. Parecía que las cosas no iban a estar tranquilas para mí después de todo.

—De todos modos, después de no lograr localizarlo, no tuvo más opción que tratar de llegar a un acuerdo con el administrador directamente, y él...

—Dame unos segundos, ya regreso —me puse de pie a toda prisa—. Sólo... espera.

Salí corriendo de la habitación antes de que la mujer pudiera decir algo, concentrado en un problema completamente diferente. No me había anticipado a eso, pero debí haberlo hecho. Con mi mala suerte, mi secreto sería descubierto antes de la mañana. Entonces se desataría el infierno.

¿QUÉ PODRÍA CAUSAR en un hombre como él una angustia así de repentina? Preocupada y curiosa, lo seguí a través de la puerta. Al cruzar me encontré en un largo pasillo que se extendía por toda la casa, interrumpido en el centro por una artística y funcional escalera. Sus pies estaban desapareciendo en la cima de estas cuando lo vi.

—¿Será que sufre de colon espástico? —me pregunté.

Pero había un baño justo al lado de la sala de estar. Un tocador, en realidad, con sólo un lavabo y un inodoro, pero lo suficientemente cómodo como para cambiarse. Tal vez no habría querido hacerlo explotar, ya que yo lo usaría por unas horas.

Recordando que ni siquiera debí haber salido de la sala de estar, empecé a dar la vuelta. Pero de la nada apareció, bajando las escaleras rápidamente y se detuvo tan pronto como me vio.

—¿Qué estás haciendo? —la aspereza de su tono me desconcertó.

—Oh, um, tenía sed. Sólo busco un poco de agua.

—Vuelve a la sala de estar. Yo te la llevaré.

Parecía estar escondiendo algo en su mano, que ocultaba detrás de él.

—Puedo buscarla yo misma. Sólo señálame la dirección correcta —puse en mi voz toda la amabilidad que podía reunir.

—No. Vuelve a la sala de estar.

Definitivamente estaba escondiendo algo. Cuando me moví en la dirección equivocada, él hizo un movimiento para detenerme, pero no reveló su mano.

—Por el otro lado —señaló.

No queriendo presionar más a mi suerte, retrocedí en la dirección que me indicaba con una sonrisa de disculpa. Una vez que la puerta se cerró detrás de mí, lo oí moverse. Curiosa, abrí la puerta silenciosamente, lo suficiente para obtener una parte de la imagen. Estaba sosteniendo algo rosa y brillante. ¿Un jarrón? ¿Una botella de agua? ¿Un martillo manchado de sangre? Agité la cabeza, regañándome internamente.

Rápidamente me alejé de la puerta antes de que pudiera verme y ocupé mi lugar en el sofá. Si iba a pasar un día o más aquí en medio de la nada con este tipo, definitivamente necesitaba saber qué estaba escondiendo. No para satisfacer mi propia curiosidad, sino para asegurarme de que estaba a salvo con él, ya que mi imaginación no me ayudaba en absoluto. Las películas mentales se reproducían a la velocidad de la luz, presentándome escenario tras escenario, cada uno más aterrador y espeluznante que el anterior.

El cielo se estaba oscureciendo y tenía hambre. Mi anfitrión había desaparecido, así que me distraje encontrando los interruptores de luz en la habitación y encendiendo las luces hasta el final. Me calmó un poco, pero no lo suficiente. Los monstruos seguían dentro de mi cabeza, y

ninguna cantidad de luz aliviaría mi paranoia. Para mi gran alivio, había un estante lleno de libros en una esquina.

¿Qué lee un hombre como él?

Clásicos, por supuesto. Moby Dick y Ben Hur, entre otros libros grandes, gruesos y de aspecto pesado. También habían varios sobre derecho fiscal, contabilidad creativa y un análisis de no ficción de las mentes criminales más grandes de todos los tiempos. Estaba casi cómoda antes de ver eso.

Lo que realmente me aterraba era si vería o no su cara en el libro. Probablemente no estaba en mi sano juicio, pero mi estado de ánimo no me lo permitía. Además, la paranoia era lo único que me mantenía distraída de lo hambrienta que estaba.

Por supuesto, el libro iniciaba con Al Capone. Tres párrafos más adentro, y ya estaba enganchada con el contenido. Al inicio de mi carrera como abogada pensé en practicar el derecho penal, pero lo descarté a favor de actividades más suaves. Como defender a los menores, o salvar al desvalido, ahí estaba mi pasión. Mis intereses, sin embargo, eran eclécticos y variados, y encontré que el funcionamiento de los cerebros criminales era absolutamente fascinante.

Tan fascinante, de hecho, que ya habían pasado horas cuando Leo regresó, y ni siquiera me había dado cuenta. Mi estómago se apresuró a recordármelo. Audiblemente.

—Tienes hambre —dijo, pareciendo apenado.

—Son más de las nueve.

Asintió.

—También olvidé tu agua.

—Sobreviví.

Después de leer acerca de los criminales más grandes de la historia, Leo no se veía tan aterrador. De hecho, parecía totalmente agotado.

—Pareces estresado. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Agitó la cabeza, y luego se detuvo.

—Te gusta cuidar de la gente, ¿verdad? —preguntó.

—Es mi fuerza motriz, sí.

Una pequeña sonrisa cruzó su rostro tan brevemente que casi pensé que lo había imaginado.

—Debe ser un poco más fácil si es tu vocación.

—Oh, no lo sé. La gente no siempre quiere que la ayuden —le di una mirada obvia, y me sonrió.

—Vamos —asintió hacia la puerta—. Te dejaré asaltar mi nevera.

Desconcertada, pero ansiosa por pensar en la comida, lo seguí. Su cocina me dejó boquiabierta.

—Wow. ¡Podrías crear un restaurante con todo lo que tienes en este lugar!

Se rió.

—Me gusta cocinar. Aunque no me gusta mucho la gente. Supongo que es un desperdicio.

Agité la cabeza mientras miraba a mi alrededor. La oscura tabla de cortar, los elegantes electrodomésticos negros y de cobre, la pared de ladrillo rojo detrás de la estufa ridículamente grande, todo en la habitación brillaba con elegancia.

—No creo que sea un desperdicio en absoluto. No si te encanta. Y claramente lo parece.

Se encogió de hombros, pareciendo un poco avergonzado.

—Entonces, ¿qué te gustaría cenar? ¿Filete? ¿Pescado? ¿Tortilla? Lo tengo todo.

—Una tortilla suena absolutamente increíble.

—Genial. Siéntate —señaló a una silla al final del mostrador, muy lejos del refrigerador—.

¿De qué te gustaría?

—Me gusta todo tipo de cosas. ¿Qué es lo que tienes? ¿Puedo ver?

Empecé a acercarme a él, pero levantó una mano.

—¡No! Ve a sentarte. Yo me encargo de esto. ¿Champiñones?

—Sí, por favor —me intrigaba saber que escondía en la nevera—. Debes sentirte solo aquí.

Se encogió de hombros.

—No tan solo como crees. ¿Pepper Jack o provolone?

—Sólo Pepper Jack. Entonces, ¿sales mucho? Pasé por un club de esquí durante el camino, ¿lo conoces?

—No. Como dije, no me gusta la gente. Ni salir de mi casa —había reunido un montón de ingredientes en el mostrador y ahora estaba decidiendo entre el conjunto de ollas de cobre que colgaban de la pared—. Haces muchas preguntas.

Era más una observación que una acusación.

—Estoy tratando de distraerme —dije encogiéndome de hombros.

—¿Y hay algo más en el asunto de tu amiga?

Rompió algunos huevos en un tazón y mi estómago gruñó.

—Sí. Está decidida a reunirse a solas con ese administrador. En un lugar junto al río, antes del amanecer. Afirma que es la única manera de mantener su reputación. Yo estoy convencida de que es la mejor manera de poner su nombre en los titulares.

—Hallan asesinada a abogada importante.

—¿Así que estás de acuerdo conmigo?

Dios, me gustaba verlo cocinar. Sus músculos definidos se tensaban al batir los huevos y cortar las verduras.

—Por supuesto que sí. Eso es claramente una trampa. Jamás iría solo a esa reunión, y eso que estoy mucho más preparado para lidiar con las consecuencias que tu amiga.

—¿Cómo lo sabes? Ella podría ser cinturón negro y tener un arma oculta.

Sus suposiciones sobre mí y sobre Rochelle me habían empezado a molestar.

Se encogió de hombros.

—Tal vez lo sea, y tal vez la tenga. Eso no cambia el hecho de que al menos yo tendría la oportunidad de salir de eso con vida.

—¿Qué te hace tan bueno para sobrevivir a las emboscadas, entonces?

Me sonrió mientras vertía los huevos en la sartén con un delicioso chisporroteo.

—Fácil. Los evito.

—Eso es una evasiva.

—Tal vez lo sea. Pero he estado en situaciones similares antes, y sé cómo sobrevivir a ellos. Así como también sé que tu amiga no tiene las mismas habilidades —se detuvo un segundo, considerándome—. Tiene más o menos tu edad, probablemente. Abogada de primera, lo suficientemente arrogante como para creer que puede pescar a un pez gordo, pero no lo suficientemente experimentada como para lograrlo. Ella es probablemente del tipo de ley teórica, ¿verdad? De las que les gusta estar despierta toda la noche estudiando libros de quinientas páginas.

—Ella trata de ser transparente —respondí indignada—. Es una persona muy honesta. Pero, sí, disfruta de la ley teórica.

Agitó la cabeza.

—Está en pañales todavía. Cualquier abogado que pueda ser descrito como una persona honesta prácticamente no ha iniciado en su profesión. Es idealista, inexperta, joven y, sin ánimo de

ofender, es una mujer. Por lo que me estás diciendo, es tan intimidante como un gatito.

Quería defenderla, pero él tenía razón. No había ninguna posibilidad para ella, y tenía que buscar una manera de convencerla de que no fuera. Estudié todas las posibilidades mientras miraba fijamente la encimera de granito. Pero no había forma de poder detenerla, a menos que estuviera a su lado. Y él era mi única esperanza.

—¿Por qué no quieres salir de tu casa?

—Porque es un buen lugar —me evadió.

Deslizó la tortilla sobre un plato. Nuestros ojos se encontraron cuando puso el plato frente a mí, y mi corazón dio un vuelco. Había tantos colores, tantos tonos de verde y gris, y tanta calidez detrás de ellos. Él me ayudaría, yo sabía que lo haría. Nadie que mirara de esa manera podría ser un completo monstruo.

Le agarré la mano.

—Por favor, Leo. La casa seguirá aquí cuando vuelvas. Por favor, ayúdame a salvar a Rochelle. Soy la única que puede convencerla de que no lo haga.

Por un momento pareció considerarlo, pero luego, para mi consternación, agitó la cabeza.

—No puedo. Lo siento.

—¿Pero por qué? No lo entiendo.

—Come —dijo, en un tono suave pero firme—. Lo necesitas.

No, lo que necesito es llegar a Sacramento.

¿Qué podría mantenerlo atando a esta casa? El pensamiento de que estaba ocultando algo seguía presente en mi cabeza, y estaba casi segura de que esa era la razón, pero ni siquiera sabía lo suficiente como para preguntarle algo. No podría exigirle a un extraño que me dijera lo que ocultaba. Ambos cenamos en silencio, absorbo cada uno en su plato de comida.

—Está bien, mira —agregó, después de comer su último bocado—. Te diré lo que haremos. Llámala y trataré de hacerla entrar en razón. Entonces, después de que pase la tormenta, pagaré para que te lleven a ti y a tu auto.

Le sonreí miserablemente.

—Es que no lo entiendo. Sé que no tienes por qué darme explicaciones. Es tu vida, y yo soy una completa extraña para ti. Pero siento que si supiera cuál es el problema, podríamos intentar resolverlo juntos.

Había estado tranquilo hasta ese momento, pero luego, sacó el teléfono de su bolsillo y lo miró.

—Tal vez... Discúlpame un minuto, ¿quieres?

—Uh...

Pero antes de que pudiera responder, ya se había ido.

COMO ABOGADA, era mi especialidad encontrar solución a los problemas, y aquí había un problema serio que necesitaba ser resuelto. No me iba a quedar de brazos cruzados esperando a que Leo me contara el gran secreto. En algún lugar de la casa estaba la clave para convencerlo de que me ayudara, y me quedaban varias horas para averiguarlo.

Empecé con la nevera, de la que había sido tan protector. Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos al alcanzar la fría manija de acero inoxidable. Podría volver en cualquier momento, y si me encontraba husmeando... Bueno, supuse que podría decirle que aún tenía hambre. No podía culparme por eso, ¿verdad? Pero, ¿y si hubiera algo terrible dentro?

Entonces era mejor averiguarlo. Además, parecía ser un buen tipo.

Aún así, mi corazón latía con fuerza cuando abrí la nevera. A primera vista, todo parecía normal: carne de primera calidad, verduras frescas, leche, todo lo que esperaba encontrar en una nevera.

Confundida, abrí el cajón de arriba. Estaba lleno de pequeños contenedores cubiertos con tapas rosas y azules. Frunciendo el ceño, tomé uno y le quité la tapa. El recipiente estaba lleno de una sustancia gruesa, hecha puré, de color rojo brillante que tenía un olor ligeramente picante. ¿Partes de un cuerpo? Agité la cabeza. No debí haber leído ese libro. Probando mi coraje, metí un dedo y lo probé.

¿Remolacha?

—Si me hubieras dicho que te gustaba el puré de verduras, lo habría hecho para la cena.

Pegué un salto, sorprendida por su voz.

—¡Oh! Yo, um, todavía tenía hambre, y... Lo siento, no debí hacerlo.

—No te preocupes —dijo a la ligera, pero su voz estaba tensa. Tomó el recipiente de mi mano, lo metió en el cajón y cerró la nevera. Me sonrió pero su mirada era dura—. ¿Qué te apetece? Te lo prepararé.

—Creo que estoy bien, en realidad. Lo siento, de verdad.

—No lo sientas. Ya tenías el permiso para asaltar mi nevera. Ahora, ¿Cómo logramos que tu amiga escuche el sentido común?

—No sé si pueda hacerlo por teléfono. Pero lo intentaré.

—Bien. Te ayudaré.

De camino a la sala de estar, me seguía muy de cerca, como si tratara de guiarme sólo por las áreas de la casa que quería que viera. Definitivamente algo estaba mal aquí. Mi instinto me decía que estaba a salvo, pero mi mente gritaba lo contrario. Hice mis sospechas a un lado y levanté el teléfono.

Después de escuchar un segundo, fruncí el ceño.

—No hay tono de marcado.

Me pasó por encima para apretar el botón de colgar del teléfono. Su aroma se arremolinaba a mi alrededor y lo inhalé profundamente. Dios, olía exquisitamente. De repente, comenzó un calor entre mis piernas, y pensamientos de cómo se sentiría tenerlo presionado contra mí invadieron mi mente.

—¿Algo? —preguntó.

—¿Qué? Oh, cierto. No, todavía no hay tono de marcado.

—Debe ser por la tormenta —dijo, alejándose—. ¿Cuál es el número? Probaré con mi teléfono.

—Si quieres puedo marcarlo.

—No. Dime el número.

De nuevo había tensión en su voz y se sumaban más secretos sin sentido. Le di el número y él marcó. Lo puso en altavoz y nos sentamos en silencio mientras escuchábamos el timbre del teléfono. Pero luego de varios tonos caía en el buzón de voz.

—Maldita sea —me quejé.

—Volveremos a llamar.

—Leo... —no tenía sentido preguntarle de nuevo, pero necesitaba saberlo—. ¿Por qué te aíslas aquí arriba?

—Te lo dije, no me gusta la gente.

Volvió a marcar.

—Pero has sido amable conmigo —señalé.

—El hecho de que no deje que una persona muera congelada en mi propiedad no significa que quiera salir entre las masas. Está sonando.

—¿Puedes volver a ponerlo en el altavoz, por favor?

Lo hizo, y luego me miró. Sus ojos verdes tenían tanta profundidad que hipnotizaban.

—Entiendo que seas una persona reservada —dije, mientras el timbre daba paso al buzón de voz una vez más—. ¿Qué puedo hacer para convencerte de que trabajes conmigo? Sólo por unas horas. Puedes dejarme en la base de la montaña si quieres, ni siquiera te pediría que me lleves hasta el final.

Frunció el ceño y volvió a marcar.

—Confía en mí, Sra. Rutherford.

—Llámame Mila.

—Mila, entonces. Si pudiera ayudarte, lo haría. En un abrir y cerrar de ojos. No me gusta la idea de que a tu amiga la puedan matar. Pero no puedo.

—¿No tienes auto?

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces por qué?

Intentaba con todas mis fuerzas ser sensata y comprensiva, pero la llamada había llegado al buzón de voz por tercera vez, y estaba al borde del pánico. Las lágrimas me inundaron los ojos, y los apreté con la mano.

—No llores. Ojalá pudiera ayudarte. Pero aunque pudiera salir de la casa... Mira afuera.

Apagó las luces de la sala de estar para mostrar la oscuridad exterior. La nieve seguía cayendo espesa y velozmente, y el viento sacudía los árboles, golpeando aún más nieve en el mar blanco que se elevaba.

—Tengo una camioneta, pero no lo lograría. No ahora, al menos. Tengo una moto de nieve que puedes usar, pero en esta tormenta y en la oscuridad, tendrías suerte de sobrevivir. Me siento mal

por tu amiga. De verdad lo siento. Pero por ahora no podemos ayudarla.

Me corrían las lágrimas por las mejillas cuando me di cuenta de que tenía toda la razón. Le había fallado a Rochelle. Leo me rodeó con un brazo y me acercó a su pecho. Me acarició el cabello mientras lloraba. Nunca me había sentido tan helada por la impotencia, y por un momento desesperado quise que nunca me soltara.

Se alejó de mí y tomó mi cara entre sus manos, secando mis lágrimas con sus pulgares.

—Ya no está en tus manos, Mila. Hiciste todo lo que podías hacer. Ahora es el momento de descansar.

Una ola de emociones conflictivas me bañó, y lo siguiente que supe era que lo estaba besando. Pareció aturdido por un breve momento, pero luego sus fuertes brazos me acunaron cerca de él mientras me devolvía el beso. Su olor era tan embriagador como masculino. Sus labios suaves y cálidos, que hacían contraste con la aspereza de su barba, provocaron escalofríos que cayeron en cascada sobre mi cuerpo. Presionándolo, queriendo mucho más, encontré que su cuerpo duro era exactamente el ancla que necesitaba. Podría haberme quedado así para siempre, pero antes de estar lista, él me alejó suavemente.

Me rozó el pulgar en la mejilla y me miró a los ojos con tanta ternura que casi me dan ganas de llorar otra vez.

—Los corazones rotos toman malas decisiones —dijo en voz baja—. Es hora de dormir.

Tomó mi mano y me guió a través de la puerta, luego giró a la izquierda, lejos de las escaleras. La primera puerta a la derecha era donde iba a dormir.

—El baño está al final del pasillo a la izquierda —repuso—. Hay toallas y demás cosas en el armario de ahí dentro.

Encendió la luz y entramos al dormitorio. La cama ya estaba hecha en un estilo sorprendentemente femenino, con sábanas color lavanda y con almohadas acentuadas. Le hice una mirada de interrogación, pero me ignoró.

—¿Quieres ropa más cómoda para dormir? Puedo traerte algo de arriba.

—Sí, por favor.

Asintió, pareciendo distraído, y se retiró apresuradamente. Estuvo fuera tanto tiempo que empecé a preguntarme qué tan grande era su casa en realidad. Justo cuando había perdido la esperanza de que volviera, oí pasos en el pasillo.

—Quizás sea poco para ti, pero es lo que tengo —me entregó una camiseta larga. Parecía estar cuidando el espacio entre nosotros—. Bueno, buenas noches.

—Espera, Leo.

Dudó en la entrada, y yo me acerqué, pero me detuve cuando vi lo incómodo que se sentía. Era obvio que no podía esperar para alejarse de mí.

—No te he preguntado si tenías a alguien. No debí hacerlo. Lo siento.

Por un instante, se vio tan triste que pensé que se me rompería el corazón. Luego me sonrió suavemente.

—Nunca te disculpes por seguir tus instintos, Mila. Buenas noches.

—Buenas noches.

Dios mío, el hombre era todo un rompecabezas. Uno grande, cómodo y sexy. Mientras yacía en la cama rodeada de oscuridad, usando su ropa, el recuerdo de su toque era tan fuerte que casi podía sentirlo en mi piel.

—Leo —murmuré.

Tracé el contorno de mi cuerpo con mis manos, imaginando que eran las suyas. Imaginé sus ojos, llenos de deseo, tan cerca de los míos. Su olor persistía en la camisa que tenía puesta.

Acaricié suavemente mis senos, pronunciando su nombre una y otra vez.

Construí la escena en mi mente mientras me tocaba. Estaba tumbada, desnuda con él sobre esa gran alfombra blanca de la sala de estar. Besaba mi cuello, mi clavícula y mis pezones, mientras sus manos vagaban sobre mi piel, explorando lentamente todos mis lugares más sensibles, hasta alcanzar la cálida humedad de mi centro.

Gimiendo en la oscuridad, le hice el amor en mi mente. El placer intenso se arrastraba sobre mi cuero cabelludo y rizaba mis dedos de los pies, retorciendo mi columna vertebral a medida que se acumulaba en mi cuerpo. Como un universo que implosiona, mi orgasmo se desgarró a través de mí, dejándome saciada y temblando bajo las sabanas.

El sueño llegó rápido, llenando mi mente de sueños sobre Leo. Sin embargo, en algún momento de la noche, cuando los árboles se estremecían y el viento silba afuera, esos sueños se oscurecieron.

Rochelle estaba sentada, sola en una silla en el centro de un almacén vacío, atada y amordazada. Estaba llorando. Las sombras se movían a su alrededor, pero no podía ver quiénes eran.

—¡Para! —grité, pero las palabras se desvanecieron en la nada.

Algo la golpeó. Estaba sangrando y la silla cayó de costado con un choque. Rochelle gritó, y me desperté envuelta en un sudor frío.

NO PODÍA RECORDAR la última vez que silbé mientras cocinaba. La nieve había cesado y la luz brillante del sol se reflejaba en el blanco del exterior, iluminando totalmente mi cocina. Mi noche había estado llena de sueños esperanzadores y sensuales, y me había despertado con una sonrisa en la cara. Mi día sólo mejoraba mientras transcurría. Había pasado algún tiempo de calidad arriba, ocupándome de ciertas tareas, y ahora estaba preparando el desayuno para la mujer más bella que había visto en años.

No es que haya visto muchas mujeres en los últimos días. Pero incluso así, había algo en su fuerza y su vulnerabilidad que la hacía parecer especial. Algo en la forma en como se mordía el labio cuando estaba muy pensativa me hacía querer besarla. La oí entrar mientras manejaba el batidor.

—Buenos días. Estoy haciendo crepes y tocino. El café está listo. ¿Quieres un poco?

—Sí. Por favor.

—¿Crema? ¿Azúcar?

—Ambos.

—Enseguida —me encontré silbando de nuevo mientras servía la taza. Sin duda, era una mañana gloriosa—. Aquí tienes, crema, azúcar y el elixir de la vida. ¿Cómo has dormido?

No le habría preguntado de haberme tomado el tiempo de mirarla a la cara antes. Estaba pálida, con manchas moradas bajo los ojos y el cabello enmarañado. Dejé la comida sola por un momento y me senté frente a ella, con mi propio café en la mano.

—¿Tuviste una mala noche? ¿Tenías demasiado frío?

—No. Estaba lo suficientemente caliente. Rochelle... —se calló y tragó con fuerza—. Tengo miedo, Leo.

Casi me había olvidado de eso.

—Se suponía que se encontraría con él esta mañana, ¿verdad?

Ella asintió, con inmensa tristeza en sus ojos. Quería abrazarla, pero no lo hice. En cambio, me enfoqué en terminar el desayuno.

—Dejó de nevar —dijo tímidamente—. ¿Crees que hay alguna posibilidad de que me lleven?

—Puedo llamar a un taxi y averiguarlo.

Ella volvió a asentir y luego estalló en lágrimas.

—¡Leo, por favor! No entiendo por qué no puedes llevarme. ¿Y si está muerta?

—¿Puedes devolverle la vida?

—Bueno, no, pero... ¿Por qué tienes que ser tan estúpido?

Ignoré su pregunta.

—¿Quieres intentar llamarla de nuevo?

Ella asintió, así que saqué mi teléfono y llamé. Cambiándolo a altavoz, lo puse sobre el mostrador. Sólo sonó una vez antes de cambiar al buzón de voz.

—Genial. Ahora su teléfono está muerto. ¿Puedo llamar a su madre?

—Claro, ¿cuál es el número?

—¿De verdad tienes tanto miedo de que te rompa el teléfono?

La tensión en sus hombros comenzaba a reflejarse en su voz. Después de respirar hondo, me dictó el número de memoria.

—¿Hola?

—Hola, Sra. Neace, soy Mila. Me preguntaba si Rochelle estaría con usted.

—¿Rochelle? No, ¿debería estarlo? Me dijo que se tomaría un fin de semana largo.

Esa estúpida chica. Me preguntaba si esa amiga de Mila era realmente suicida, o si tenía la habilidad de tomar decisiones equivocadas. Vi mis pensamientos reflejados en la cara de Mila por un instante antes de que su expresión se quedara en blanco.

—Gracias, Sra. Neace. Luego me pondré en contacto con ella. ¡Que tengas un buen día!

—Tú también, querida. Oh, y cuando la vuelvas a ver, hazle saber que he estado hablando con Gladys otra vez, que su hijo ha vuelto de su gira por Afganistán y tiene muchas ganas de conocerla.

Mila dejó caer la cabeza sobre la palma de su mano.

—Lo haré, Sra. Neace. Adiós.

—¡Adiós!

Levantó su cara y limpió las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Oh, Dios, ella no tiene ni idea.

—¿Sabes si Rochelle le dijo a alguien más, aparte de ti, lo que planeaba hacer?

—Pensé que lo habría hecho, pero si ni siquiera se lo dijo a su madre... No entiendo. Ella le cuenta todo a su madre. Literalmente todo. La Sra. Neace sabe más de mi vida amorosa que mi propia madre.

Hice una demostración de que lo estaba considerando por un momento, luego levanté el teléfono.

—Bueno, entonces parece que necesito tener una larga charla con la Sra. Neace.

Esperaba que sonriera un poco, pero todo lo que conseguí fue una mirada dura.

No es el momento para bromas, idiota.

—Sí, eso no estuvo bien, lo siento. ¿Crepe? —le pregunté.

—No tengo hambre.

—¿Ni siquiera para el tocino? ¿Puré de manzana? —me detuve un segundo, leyendo su expresión—. ¿Moto de nieve?

—Sabes qué, sí, una moto de nieve es exactamente lo que quiero para desayunar —dijo, deslizándose del taburete a sus pies—. ¿Dónde está?

Agité la cabeza.

—No me gusta la idea de que bajas sola por la montaña. Hay barrancos que son prácticamente invisibles después de una tormenta, por no hablar de los osos, los montañeses locos, el tráfico, el hielo fino o los tocones ocultos de los árboles. El camino menos recorrido siempre está lleno de obstáculos.

—Si estás tan preocupado, llévame tú mismo.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—No, todo lo que sé es que dices que no puedes hacer eso, pero no me has dado una razón. Porque simplemente no tienes una.

Había desafío en sus ojos azules.

—¿Y por qué debería darte explicaciones?

—¡Porque una mujer está en peligro!

—¡Sólo porque quiere! No podría habérsela puesto más fácil a la muerte, y lo sabes.

—¿Crees que lo hace para suicidarse? ¡Está tratando de salvar a la gente, Leo!

—¿De qué? ¿De un alquiler elevado?

—Moho negro, ratas, piojos, estructuras inservibles y un propietario invisible que no se molesta en arreglarlos.

—Definitivamente suena como algo por lo que vale la pena arriesgar tu vida —dije sarcásticamente—. Es impulsiva y no piensa. Había dos maneras en las que ella podría haber lidiado con esto, pero en vez de eso eligió ponerse la soga al cuello y arrastrarte con ella en el proceso. Eso fue cruel de su parte, y no es justo que te pongas a llorar por algo que podría haber evitado fácilmente.

No me había dado cuenta de lo enfadado que estaba con esa mujer que ni siquiera conocía hasta ese momento. El hecho de que estuviera haciendo miserable a Mila en una mañana tan hermosa y llena de potencial me hizo querer sacudirla.

—Ella está tratando de salvar a la gente —repitió, en un tono suave y mesurado—. Debí haber estado allí con ella. No estaría pasando por esto si no hubiera venido aquí.

Respiré hondo, controlando mi temperamento.

—No puedes culparte. ¿Para qué viniste aquí?

Se encogió de hombros.

—Un fin de semana de esquí. No he tenido vacaciones en años, y pensé que podría escaparme un rato.

—No sabía que los abogados trabajaran tan duro.

Sonrió.

—Eso depende de cada abogado. Trabajo duro porque me encanta, porque la gente necesita mi ayuda. Sólo significa trabajar el doble de duro, eso es todo.

—¿Tenías idea de que el caso de Rochelle iba a explotar así mientras no estabas?

Agitó la cabeza.

—No conocía todos los hechos. Ella se encargó de hacer pública su queja antes de que fuera oficial, y eso no le gustó mucho al acusado.

—Apuesto a que no. Una confrontación directa con un criminal así sólo funciona si hay suficientes barreras entre ellos.

—Nunca había tenido casos criminales. Mucho menos los casos de inquilinos.

—¿Qué la llevó a tomarlo, entonces?

Suspiró.

—Tiene una prima que vive en el edificio, y su bebé se ha enfermado por las condiciones del lugar.

Mis hombros se tensaron con eso.

—¿Qué edad tiene el bebé?

—Dieciocho meses. Es un bebé precioso, pero no se desarrolla con normalidad. Está por debajo de su peso y retrasado básicamente en todo, y eso se debe principalmente a que ha pasado la mayor parte de su vida dentro del hospital con varias infecciones. Su prima hace todo lo que puede para mantener el lugar limpio, pero el problema está en el propio edificio. No puede hacer mucho más y no puede permitirse el lujo de mudarse.

—¿No pueden Rochelle o su madre acogerla por un tiempo?

—No. Ro todavía está tratando de pagar sus préstamos estudiantiles y alquila una habitación en una casa con otras cuatro personas, y su mamá está viviendo en una casa de retiro. Esa es la historia para todos, desafortunadamente, así que su prima y el bebé están atrapados a menos que alguien pueda hacer algo. Por eso estaba tan entusiasmada con llevar el caso, sin importar lo que pasara.

—Puedo entenderlo —fruncí el ceño ante el crepe intacto de mi plato—. Digamos que podemos ir. No estoy diciendo que lo haremos, probablemente no han despejado todo el camino hasta allá, pero hipotéticamente. Llegamos a Sacramento...

—Rancho Cordova, en realidad, ahí es donde se iban a reunir.

—Bien, Rancho Cordova entonces. ¿Sabes el sitio específico dónde se verían?

—Dijo que estaba junto al río. Probablemente en un almacén. Tuve un sueño sobre eso... —se estremeció—. Fue sólo un sueño.

Fruncí el ceño, reconociendo partes de su historia. Mi pequeña preocupación inicial estaba empezando a crecer, pero eso sería demasiada coincidencia. A menos que ella no fuera quien dijo que era. Nunca había oído la voz de Rochelle. Mi imaginación paranoica fue interrumpida por un zumbido en mi cadera.

—Tengo que ir a ocuparme de algo. Volveré más tarde. Ponte cómoda, en esta parte de la casa.

Me fui antes de que pudiera hacerme las preguntas que podía ver que se le formaban en la cara.

COMO EL DÍA ANTERIOR, Leo pasaba mucho tiempo arriba. Lo que era para mí un arma de doble filo. Por un lado, su ausencia traía a mi mente pensamientos terribles, y por otro lado, las cuatro habitaciones a las que podía acceder tenían muy pocas distracciones. Además, cualquier intento de distraerme del problema de Rochelle sólo me hacía sentir peor.

¿No debería seguir intentando salvarla a pesar de todo?

Tenía que haber una manera. Estaba la opción de la moto de nieve, después de todo. Nunca había conducido una antes, y una montaña traicionera llena de nieve fresca parecía el peor lugar para aprender esa habilidad en particular.

En ese momento, mi propio encarcelamiento lo tomé como un sacrificio aceptable. Había una posibilidad de que no estuviera muerta todavía, y mientras esa posibilidad existiera, no podía dejar de intentar llegar a ella. Con mi decisión tomada, salí de la sala de estar y miré a mi alrededor. La distribución de la casa era extraña, pero debía tener algo de lógica. Con un poco de imaginación, estaba segura de que podría encontrar el garaje.

La cocina era el mejor lugar para empezar. No era inusual que el garaje estuviera conectado a la cocina. Además, se me permitía entrar allí, así que no tendría que ser tan cuidadosa. Dos puertas se ramificaban de la cocina a cada lado. Abrí una para encontrar la despensa más grande que jamás había visto, y la otra estaba cerrada con llave.

Apostaría un millón de dólares a que ese es el garaje.

Comencé a buscar la llave, así que cuando levanté las dos manos para pasar los dedos por encima del marco de la puerta, Leo entró.

—¿Haciendo estiramientos? —preguntó bruscamente.

—¡Oh! Sí, ya sabes, no me he mantenido activa los últimos dos días.

Traté de sonreír inocentemente, pero tenía miedo de que pareciera una sonrisa culpable. Me miró de reojo, y luego se rió.

—Muy bien entonces. Debes tener hambre. Nos saltamos el almuerzo.

—¿Ya es hora de cenar?

—El estómago lo dice.

—¿Qué hay en el menú para esta noche? —me apoyé en el mostrador con los codos, sosteniendo mi barbilla en las manos. Me encantaba verlo cocinar.

—Veamos... ¿te apetece un filete de res?

—Sí, carne suena perfecto.

Sonrió y agitó la cabeza como si estuviera descartando un pensamiento.

—Parece que estás de mejor humor —dijo mientras sacaba algunas cosas de la nevera.

—Supongo. Tal vez sólo estoy resignada con eso. Lo que tenga que pasar, pasará, esté o no

allí, y no importa lo que pase, no puedo salir de aquí de todos modos, así que supongo que es hora del filete.

Solté un suspiro.

—¿Cómo has pasado el día? —me preguntó.

—Hojeeé todos tus libros y vagué sin rumbo por las habitaciones tratando de no pensar en cómo mi amiga probablemente está siendo torturada hasta la muerte.

Puso una mueca de dolor.

—Yo me ocupé de algunas cosas que necesitaban ser atendidas —dijo vagamente.

—¿Cosas importantes?

—Lo más importante de mi vida, y algunas otras cosas también.

Había tanta ternura en su voz que me hacía tener más curiosidad sobre lo que había arriba. Estaba decidida a averiguarlo antes de irme. Sólo debía planear la manera de hacerlo.

—No tienes a una princesa cautiva ahí arriba, ¿verdad?

Era una broma, pero su risa no fue tan divertida.

—No tengo a nadie cautivo aquí, ni princesa ni nadie más.

—¿Para quién son las remolachas?

—Créeme, no es para un cautivo. ¿Puré de patatas o gratinadas?

—Puré, por favor. No has respondido a mi pregunta.

—Lo hice. Te dije que no tenía a nadie cautivo.

—Pero no me dijiste para quién eran las remolachas.

—Son para mí, si tanto quieres saberlo —respondió, indignado—. A veces las remolachas enteras me causan estragos estomacales.

—¿A ti? ¿En serio?

—¿Qué? ¿Un hombre grande y fornido no puede comer papilla de remolacha para cuidar su cuerpo? —sus ojos brillaron y me guiñó un ojo.

—Por supuesto que puede, pero no te niego que resulta extraño —dije riendo—. En serio, ¿por qué eres tan reservado?

—Si te lo dijera, no sería un secreto, ¿verdad?

—Puedo guardar tu secreto.

—Puedo guardarlo mejor.

—¿Cómo lo sabes? —me estaba desafiando y me gustaba más de lo que debería.

—Porque hasta ahora, sólo yo conozco el secreto. Si te lo dijera, duplicaría el número de personas que lo saben. Por lo tanto, al no contártelo, eso me hace automáticamente el mejor guardián de secretos de la sala.

Levanté una ceja, luchando con una sonrisa.

—Tu lógica es errónea. Estoy legalmente obligada a guardar secretos. Confidencialidad del cliente y todo eso.

—Ah, pero no soy tu cliente. Todo lo que te diga es de igual a igual, y no estarías obligada a nada.

—Contrátame —le sonreí, devolviéndole sus desafíos—. Dejaré que lo hagas por el gran e impresionante anticipo de un dólar estadounidense. Tan pronto como me pagues, todo lo que me digas será completamente confidencial.

—Ahora dices eso —entrecerró los ojos sombríamente—. Pero cantarás una melodía diferente cuando un matón te torture.

—¿Vale la pena torturar a alguien por tu secreto? Dios mío, ¿A quién guardas arriba, a Frankenstein?

—Casi —hizo un gesto de fingida indignación—. Mi monstruo es mucho mejor.

No pude evitar reírme, y cuando él sonrió en respuesta, las mariposas revolotearon en mi estómago. Me sentía algo culpable por divertirme, pero realmente no había manera de evitarlo.

—¿Te gusta el vino? —preguntó mientras abría un armario bajo.

—Depende del vino —levantó la cabeza lo suficiente para mostrarme sus ojos deslumbrantes—. Cualquier cosa que no sea demasiado seco debería estar bien.

Sirvió dos copas y luego volteó los filetes. Se acarició la barba mientras los veía chisporrotear, aparentemente perdido en sus pensamientos. De repente, chasqueó los dedos y se volvió hacia mí.

—¿Qué te parece si comemos frente al fuego esta noche?

Me vinieron imágenes de mi fantasía nocturna y me sonrojé. Casi sentí miedo al pensar en cerrar la brecha entre la fantasía y la realidad de esa manera. Por otro lado, si me negaba a hacerlo, tendría que darle una razón, y ciertamente no podría decirle la verdad.

—Eso suena encantador.

—Genial. Los filetes necesitan unos minutos más. Iré a encender la chimenea. Quédate aquí y no hagas más estiramientos.

Me miró con suspicacia teatral antes de sonreír y salir de la habitación.

—Maldita sea —suspiré—. ¿Por qué es tan sexy?

—Práctica y determinación —habló desde el pasillo.

¡Dios mío! Sentí que mi cara se quemaba de la vergüenza. La enterré en mis manos y me quejé.

Cuando finalmente estuvieron listos los filetes y nos mudamos a la sala de estar, vi que él se había tomado el tiempo para amenizar el ambiente. Altas y finas velas parpadeaban en la mesa, iluminando un ramo de flores de seda que estaba entre ellas, mientras que a un lado, crepitaba el fuego de la chimenea.

—¿Para qué es todo esto?

Se encogió de hombros.

—Pensé que si iba a hacer algo, mejor lo hacía bien.

—Oh, ¿y qué es lo que planeas hacer?

Sonrió.

—Cenar, por supuesto.

Miré una vez más la escena romántica, luego levanté la frente y lo miré fijamente.

—Bueno, ¿qué otra cosa se supone que haga con un filete? Vamos, a comer.

El primer bocado de carne se derritió en mi boca, y gemí de placer ante el exquisito sabor.

—Está muy bueno —admití.

—Soy bastante bueno en esto.

Comimos en un silencio confortable durante unos minutos, y luego me miró.

—Sabes, no has mencionado a tu amiga desde hace un rato.

La culpa se estremeció en mi pecho por un breve momento, y luego la suspiré.

—No veo el sentido de seguir haciéndolo. No hay nada más que pueda hacer, no sin tu ayuda. Y... —hice un gesto hacia el techo, indicando el silbido del viento—. La tormenta se está levantando de nuevo. Si me hubieras llevado, no tendrías manera de regresar a casa ahora mismo. Supongo que tenías razón.

Me dio una palmadita en la rodilla, y su toque envió una corriente a través de mi muslo.

—No quería tener la razón. Quería ayudarte. Haré todo lo que esté a mi alcance para que vuelvas a la ciudad.

La idea de pasar horas en un auto con él me hizo sentir mariposas. Tal vez si no pudiera irse

cada poco tiempo para hacer Dios sabe qué, yo tendría la oportunidad de conocerlo. Tal vez incluso más.

—Me gustaría eso. Gracias.

—Es un placer —respondió con una cálida sonrisa—. Pagaré el taxi y la grúa. No quiero que tengas que preocuparte por nada.

—Espera, ¿aún quieres que tome un taxi?

—Ese era el plan, ¿no?

Su honesta confusión me rompió el corazón, y un calor vergonzoso me tocó la cara.

—Supongo que sí —murmuré.

—Me recuerdas a alguien que conocía. También estaba acostumbrada a conseguir lo que quería. Pero lo hacía de manera diferente. Manipulaba a la gente que la rodeaba, lloriqueaba, sobornaba, coqueteaba, hacía lo que fuera con tal de conseguirlo.

—Suenas como una persona terrible.

Agitó la cabeza.

—En realidad no. Sólo era ambiciosa. No tenía una educación o una familia, no tuvo grandes modelos a seguir mientras crecía. Tenía grandes sueños, quería cosas grandes, quería salvar el mundo, o al menos su rincón en él, pero todo lo que podía hacer era trabajar con las herramientas que había recogido. No puedes escoger un soplete y esperar construir una casa.

—¿Y dónde se adquieren las habilidades de un soplete en la vida?

—Con criminales —respondió con indiferencia—. El tipo de personas que ven el mundo como es y han aprendido a explotarlo, sin importar a quién lastiman en el proceso.

El corazón latía acelerado en mi pecho. Estaba descubriendo algunos de sus secretos, podía sentirlo.

—Ella no suena como la clase de persona con la que te encontrarías aquí. ¿Qué la trajo a tu círculo?

Sonrió un poco. Parecía casi triste.

—No siempre viví aquí. Este es mi oasis, mi recompensa por sobrevivir... a cosas. Es un escape.

—¿De qué?

No respondió, pero sus ojos brillaban ante recuerdos que yo no podía ver. Se enfocó en terminar su comida, mientras que la mía estaba casi intacta

—De todos modos —respondió después de unos minutos. Su tono ahora era más informal—. La razón por la que te estoy hablando de ella es porque nunca supo cuando detenerse. Presionó demasiado, acorraló a la persona equivocada. Había puesto su mente en un objetivo singular y sólo veía una forma de lograrlo.

Me miró pensativamente mientras se limpiaba la boca con una servilleta.

—¿Y logró ese objetivo? —sentí que ya sabía la respuesta.

Agitó la cabeza.

—No. Ella perdió su vida, y todo por lo que había trabajado.

Me quedé sin aliento. ¿Me estaba amenazando? No parecía que lo hiciera. De hecho, se veía terriblemente triste.

—Ella significaba mucho para ti, ¿no?

Asintió.

—Ella era... Era muy importante para mí, sí. Se suponía que tenía que protegerla, y fallé. Desde entonces, no confié más en mí para estar en esa posición, nunca más. Y aquí estás, decidida a rescatar a tu amiga —se deslizó una mano por el cabello y agitó la cabeza—. Aunque pudiera

llevarte hasta allá, no lo haría. Siento que es importante que lo sepas.

Mi corazón se hundió. La ira y la frustración luchaban con la lógica y la razón dentro de mi pecho.

—¿Me hiciste creer que la tormenta era más grande de lo que realmente era para poder retenerme aquí? ¿Interferiste para asegurarte de que no acabara en esa situación?

Suspiró pesadamente, mirando sus manos.

—La tormenta fue severa. Todavía lo es. Por si no lo recuerdas, las grúas y los taxis tampoco te querían ayudar.

—Pero tú sí pudiste haberlo hecho.

Asintió.

—Sí. Mi camioneta pudo haber llegado. Está construida para este tipo de clima —me miró fijamente a los ojos—. Pero no lo habría hecho.

—¿Por qué?

—Porque cuando regreses a la ciudad, tu primer impulso será ir tras los almacenes abandonados en Rancho Cordova. Necesito que entiendas exactamente lo estúpido que sería eso.

—¿Cómo lo sabrías? No me conoces a mí, ni a ella, ni a la persona que la tiene cautiva. ¡No tienes idea de nada!

—Tú tampoco sabes si realmente está cautiva. No lo sabes con seguridad. Tal vez le estaba diciendo la verdad a su madre y decidió tomarse un fin de semana largo. Salir de la ciudad antes de que los matones la atraparan. Tal vez es más inteligente de lo que creíamos.

No quería admitir que Rochelle no era tan inteligente. Además, tenía razón. En realidad no sabía nada. Todo lo que tenía era un presentimiento terrible y pruebas circunstanciales. Creía que con eso era suficientemente para justificar la pesquisa en los almacenes, pero ahora que lo mencionaba, lo estaba pensando mejor.

—No sabes lo que pasa ahí fuera —continuó en voz baja—. No conoces ese mundo. Si llamas a la puerta equivocada, te volarán la cabeza. Ni siquiera tendrá que ser una puerta en la que tu amiga esté detrás. A la gente que hace negocios ahí abajo no le gustan los de tu clase.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—¿A qué “clase” te refieres exactamente, Leo?

Me miró suavemente.

—De dinero. Educada. Del tipo compasivo que quiere salvar el mundo. ¿Alguna vez te has preguntado de quién estás salvando el mundo?

—Bueno...

—¿O lo que esa gente te haría si te atraparan?

—Esa última parte, definitivamente sí. Al menos durante estos días. Yo... no lo pensé mucho antes. Pensaba que mientras hiciera todo legalmente, estaría a salvo.

—Si eres la única que sigue las reglas, entonces no sirven para nada. Tu amiga intenta trabajar al margen de la ley en un lugar donde las leyes ni siquiera existen, y mucho menos la consideran como autoridad.

—¿Y cuál es la autoridad allí?

—Sabes la respuesta a eso, y sabes que no tienes ninguna.

Sonreí y agité la cabeza.

—Tal vez yo no. Pero tú sí.

ELLA ME SONREÍA, alentándome, mientras yo movía la cabeza en negación.

—No. No va a suceder. No voy a hundirme en esto más de lo que ya estoy.

—Pero tú mismo dijiste que no tengo autoridad para manejar la situación, y por la forma en que hablas, estoy bastante segura de que los policías tampoco la tienen. Además, no harán nada sólo por una corazonada. Rochelle técnicamente no es una persona desaparecida todavía, ya que le dijo a su mamá que se iría por unos días. No me tomarían en serio.

—¿Y esperas que yo lo haga?

—Sí. Porque conoces el área, conoces el tipo de gente... eres exactamente la persona adecuada para ayudarme a hacer esto.

Técnicamente, no estaba equivocada. Agité la cabeza.

—Nunca va a pasar. No voy a...

Una desesperanza desgarradora llenó su rostro, y me corté. Quizás era el vino o los recuerdos que ella había evocado, pero me sentía peligrosamente maleable. Todo lo que quería era consolarla. Toqué su mano y ella me miró, con lágrimas sin derramar brillando en sus ojos.

—Mila, lo siento. Realmente no puedo involucrarme en esto.

Ella asintió tristemente, y la acerqué a mí pecho. Me abrazó, aferrándose fuerte a mí. Encajaba perfectamente en mis brazos. La cercanía y el calor por el vino removieron algo dentro de mí, algo que no había sentido en mucho tiempo. Rindiéndome, por un momento, le puse una mano en la mejilla y levanté su rostro.

—Quiero que sepas que si pudiera, lo haría. Es que... tengo mucho que perder.

La frustración y la desesperanza se reflejaban en sus ojos.

—¿Más que una vida? ¿Qué tienes que perder, esta casa? ¿Tu libertad?

—Sí. Todo eso, y más. Si pudiera explicarlo, lo haría. Pero no puedo. Lo siento.

—No puedo esperar a que lo hagas —su voz era temblorosa—. Es tu vida, y puedes hacer lo que quieras con ella. Sólo esperaba que... Pareces ser un buen tipo, y yo... —se mordió el labio cuando se calló—. Lo siento. Estoy siendo una imbécil.

—Todos tenemos nuestros momentos —me encogí de hombros y luego le quité un mechón de cabello de la cara.

—Tus intenciones son buenas. Lo sé.

Una sonrisa tímida se extendió por su cara. Acaricié su mejilla con mi pulgar, y sin esperarlo, besó mi mano suavemente. En un momento de debilidad, hice lo que quería hacer desde la noche anterior. Pasé mis dedos a través de su cabello, cepillándolo detrás de su cabeza, y aferrándome a su nuca.

Sus labios temblaban mientras se movía hacia mí, deslizó sus brazos sobre mi pecho e inclinó

su cabeza hasta rozar mis labios. No podía soportarlo más. Tomé su boca, bebí de ella, dejando que su calor se llevara el residuo helado de mi dolor.

Minutos después, el fuego de las velas y la chimenea era lo único que iluminaba la habitación. El resto de la casa estaba a oscuras por un corte en el servicio eléctrico, probablemente producto de la tormenta. Mila se acurrucó cerca, contenta con el romance del momento. Yo, por otro lado, recordé que tenía algo muy importante que hacer.

—Espera —murmuré en su oído—. Enseguida vuelvo, lo prometo.

—No tardes —dijo, con el deseo escrito en su rostro.

Le sonreí y rocé su cara con la punta de los dedos. Un presentimiento me obligó a moverme más rápido, así que rápidamente la besé y salí corriendo de la habitación. Tan pronto como llegué a la cima de las escaleras, oí exactamente lo que esperaba oír. Zoe odiaba la oscuridad, y fue muy clara al decírmelo.

—Hola, cariño —murmuré mientras me arrodillaba a su lado—. Lo sé, cariño, lo sé. Lo arreglaré, ¿de acuerdo?

Tenía una linterna en un estante alto de la habitación. La encendí y la coloqué en una pequeña mesa junto a la puerta, pero ella seguía infeliz. Al acercarla a mi pecho, la arrullé y le canté hasta que se quedó dormida.

El momento debería haber sido suficiente para recuperar la cordura, pero durante todo el tiempo que estuve consolando a Zoe sólo pensaba en Mila. Tan pronto como me di cuenta de eso, la culpa me embargó.

—Sabes que eres todo mi mundo, ¿verdad? —le susurré ahora que estaba dormida—. Eres mi todo.

Ella estaba bien, y podría dejarla sola otra vez, e irme con la conciencia tranquila. Estaba profundamente dormida y tranquila, ahora que había luz en la habitación. Pero lo pensé. Si volvía abajo me perdería en el momento. ¿Y si pasara algo? ¿Y si la linterna se apagara, o Zoe de repente necesitara algo y yo no estuviera aquí?

Me hubiera gustado fingir que era un hombre lo suficientemente noble como para dejar de lado mi propio deseo y quedarme con ella. Pero con el tiempo la culpa disminuyó y la necesidad de permanecer a su lado se esfumó. Lo justifiqué y lo racionalicé en mi propia mente, y todo se reducía al hecho de que estaba increíble y abrumadoramente solo. Por una vez, quise hacer algo por mí mismo.

—Lo siento, cariño —le susurré a Zoe. Le besé suavemente la frente y me alejé tan silenciosamente como pude, cuidando de no molestarla.

Me cuestioné al respecto, pero era inútil. La decisión estaba tomada, y era sólo cuestión de aceptarla. En ese momento, yo era completamente humano.

Me detuve en el camino para tomar velas de emergencia y otra botella de vino. Podía moverme por mi casa en la oscuridad sin problemas, pero no podía esperar lo mismo de Mila. El sólo hecho de pensar en su nombre hacía que mi corazón palpitara como no había palpitado en años, y mi culpa quedó muy atrás cuando me apresuré a entrar en la sala de estar.

Ella sonrió cuando entré en la habitación.

—Has vuelto —dijo con un suspiro de felicidad.

—Te dije que lo haría.

Puse las velas y el vino sobre la mesa mientras se levantaba para encontrarse conmigo. La forma en como me miraba me estremecía el corazón. Me incliné para besarla, y antes de caer en cuenta de lo que había pasado, estábamos de vuelta en el sofá.

Deslicé mis manos sobre sus hombros y más abajo, hasta su pequeña y compacta cintura. Me

permití olvidar todo. Estaba entre mis brazos, era cálida, y me deseaba tanto como yo a ella. Sabía que eso no duraría, pero necesitaba fingir que sí. La soledad amenazaba con consumirme una y otra vez. Por una sola noche, ella sería mi salvación.

Deslizándose sus muslos sobre los míos se sentó en mi regazo, enredando sus dedos en mi cabello mientras me hundía en un beso profundo. Sus caderas acampanadas se sentían bien bajo mis manos, y el calor en su centro excitaba todo mi ser. La abracé mientras sus besos caían de mi boca a mi cuello, con su aliento caliente chocando contra mi piel.

Ella gimió en mi oído, vibrando de deseo. Sólo había una cosa en todo el universo que podría haber matado nuestro ímpetu en ese momento. Debería haberlo esperado. Sabía cómo funcionaba mi propia suerte. Pero no lo hice. Así que fue una sorpresa tanto para mí como para ella cuando mi teléfono comenzó a vibrar entre nosotros.

—Espera —susurré roncamente—. Un segundo, espera.

Se deslizó hacia atrás, sin aliento. Sus ojos estaban oscuros de deseo, y yo deseaba como nunca antes quedarme y darle lo que ella tan desesperadamente quería. Pero una mirada a mi teléfono me dijo que no sería así.

—Volveré, lo prometo —le dije mientras me ponía de pie.

—¿Qué? Pero...

—Lo siento.

La besé rápidamente y me fui de la habitación. Sabía que no podría entenderlo. Aun así, esperaba que pudiera ser comprensiva.

NO ENTENDÍA a ese hombre en absoluto. Furiosa y frustrada, terminé el resto del vino por mi cuenta. El fuego crujía acogedoramente sobre la alfombra blanca y peluda, burlándose de mí. No pude evitar preguntarme si lo había ahuyentado de alguna manera. Tal vez había sido demasiado atrevida, demasiado necesitada. Tal vez lo había presionado demasiado para conseguir su ayuda. Pero sabía que todas esas eran excusas. Se había ido por la notificación en su teléfono, y los secretos que contenía.

No es que tenga algo en contra de los secretos, estaban bien y eran buenos, sobre todo cuando te mantenían a salvo. ¿Pero qué hay de cuando te arruinan la noche? ¿Deberían seguir siendo secretos en ese momento?

Era una lógica inmadura, y lo sabía, pero ya estaba demasiado borracha por el vino. Leo me gustaba, y mucho. Por supuesto, estaba frustrada de no poder tenerlo en ese momento, pero estaba más frustrada porque no sabía cuál era su secreto. Si tan sólo tuviera la más mínima pista, estaría satisfecha.

Pero me estaba mintiendo a mí misma. No sería feliz hasta que lo supiera todo. Una pista sólo me haría querer saber más.

Me consolé con la idea de que volvería en cualquier momento. Había igualado mi energía, mi emoción, mi necesidad. Parecía solitario, y no quería nada más que aliviar esa soledad. Aunque sólo fuera por una noche.

Pero el tiempo pasó mientras me sentaba a beber y a mirar el fuego. Imágenes oscuras llenaban mi mente, y en mi estado de borrachera, me entregué a ellas, dejando que mi paranoia me contara historias.

Llegué a la conclusión que quizás tenía una esposa secreta. Esa mujer de la que hablaba antes. El “Perder su vida” no tenía que significar la muerte, después de todo. Tal vez se lastimó lo suficiente como para quedar vegetal, y ahora la mantiene arriba.

Lo que comenzó como una idea ridícula pronto se convirtió en una realidad para mí. Por eso no podía salir de la casa. Si él se fuera, su soporte vital podría fallar. O tal vez necesite estar aquí todo el tiempo para alimentarla y cambiarla. Tal vez esté arriba acompañándola.

Dios, ese era un pensamiento deprimente. Pero tenía demasiado sentido como para desestimarlo. Ese teléfono que protegía tan ferozmente siempre vibraba justo antes de desaparecer. ¿Y si estaba conectado a un botón que ella podía apretar cada vez que lo necesitaba?

Oh, Dios. ¡Las remolachas! ¡Él tiene que alimentarla!

¿Eso me convertía en la amante de un hombre con una esposa moribunda? ¿O sólo una distracción pasajera para un hombre desesperado?

Pero no parecía tan desesperado. Parecía cálido, confiado y cariñoso. Por supuesto que

alguien así tendría a alguien de quien preocuparse. Todo tenía sentido ahora. Las lágrimas brotaron de mis ojos mientras la idea se afianzaba más.

Soplé las velas en una acción casi simbólica. Estaba poniendo fin a mi enamoramiento con él. Al menos, eso era lo que quería creer. La verdad es que este enamoramiento fugaz había crecido con garras y se había enganchado a mi corazón. Me senté pesadamente en el sofá, mientras las lágrimas caían por mi cara, acurrucándome en una pequeña bola y acunando tantos sentimientos entre mis brazos. Poco a poco mis ojos se fueron cerrando, y me dejé llevar, cayendo en un sueño profundo.

Parpadeé. Al menos, eso era todo lo que sentía, pero cuando abrí los ojos estaba temblando por el frío y perdida en la oscuridad. El fuego de la chimenea se había apagado, y yo aún estaba sola. De alguna manera había adquirido una manta gruesa y pesada mientras dormía. A tientas en la oscuridad, encontré uno de los candelabros en la mesa y los fósforos.

La pequeña llama proyectaba sombras salvajes sobre las paredes de la gran sala, pero era mejor que nada. Me estremecí por el frío, deseando poder recordar cómo encender la chimenea sin quemar el lugar. Sin embargo, ese pensamiento fue rápidamente reemplazado por necesidades más inmediatas. Una botella y media de vino había pasado por mi sistema y mi vejiga estaba buscando deshacerse de eso.

Me sentí como un personaje de una novela de Dickens mientras me arrastraba al baño, envuelta dentro del cálido edredón y temblorosamente sosteniendo la vela frente a mí para iluminar mi camino. Después de atender mi necesidad inmediata, tuve que tomar una decisión. Podría ir a buscar mi cama, o podría volver al sofá. No podía, bajo ninguna circunstancia, subir a confirmar mis sospechas. Definitivamente no podía hacer eso.

Pero la curiosidad podía más que mi voluntad. Cuando llegué a la cima de las escaleras, me di cuenta de que no tenía ni idea de adónde ir desde allí. La segunda planta era lo opuesto de la primera. El pasillo principal del primer piso corría de este a oeste, mientras que en el pasillo de arriba corría de norte a sur. Había cuatro puertas, dos a cada lado del pasillo, y todas estaban cerradas.

Estaba convencida de dar la vuelta y regresar. Sabía que debía hacerlo, pero el escenario que había construido en mi mente se sentía muy real. Tenía que confirmarlo, de una forma u otra. Así que pensé en echar un vistazo dentro de cada habitación sin molestar a nadie.

Mi corazón palpitaba descontroladamente cuando me acerqué a la primera puerta, agarré el pomo y respiré profundamente. Estaba lista para descubrir lo que estuviera tras esa puerta.

LEO

NO PODÍA DORMIR. Mila estaba en mi cabeza, tocándome, susurrando en mi oído, haciendo esos suaves gemidos que me volvían loco. Si la linterna de Zoe no se hubiera apagado, si no dependiera tanto de mí, ya habría cumplido esa fantasía. Tumbado en la oscuridad, dando vueltas y vueltas en la cama, revisé mi teléfono. Eran las tres y quince de la madrugada. Gruñendo, recliné mi cabeza hacia atrás en la almohada.

Había regresado a la sala de estar, pero ella había terminado el vino y se había quedado dormida. No podía culparla. Quizás se sintió rechazada, y con todo el tiempo que tuve que quedarme con Zoe la segunda vez, debió sentirse completamente abandonada. Todo lo que pude hacer fue darle una manta y dejarla en paz.

Lo que quería hacer era despertarla y empezar de nuevo. Quería quitarle toda esa ropa y besar cada centímetro de ella. Casi podía sentir su suave piel en mis labios.

De una forma u otra, necesitaba dormir. Pero al cerrar los ojos, lo único que tenía en mi mente era su imagen. Su cabello castaño cayendo sobre su cara. Esos grandes ojos azules, cálidos y rebosantes en deseo, y esos labios llenos y carnosos, que tanto quería para mí.

Lleve mi mano hasta mi miembro erecto y comencé a trabajarlo mientras pensaba en ella. Imaginé lo que su lengua podría hacer con él y recordé cómo se sentirían sus brazos alrededor de mis hombros. Casi podía sentirla cerca de mí. Su imagen y mi toque me llevaron rápidamente al orgasmo, pero fue insatisfactorio.

Anhelaba algo real. Pero aun así, funcionó. Finalmente, cansado, me di la vuelta para dormir. Miraba la nieve, brillante a la luz de la luna. Las nubes se habían despejado en algún momento y la tormenta había cesado. Con un suspiro amargo, caí en cuenta de que ella podría volver a casa a la mañana siguiente. Mi ventana de oportunidad se había cerrado, y probablemente era lo mejor.

Justo cuando mis ojos se estaban cerrando a la deriva, los abrí de nuevo. No podía creer lo que había visto. Moviéndome en silencio, me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. Ahí estaba otra vez, el resplandor de una linterna sobre la nieve. Alguien se estaba moviendo afuera. Permaneciendo fuera de la vista lo mejor que pude, vi a los intrusos.

Había dos o tres formas oscuras. Era difícil de decir. Parecían estar forzando la puerta del garaje. Mi primer pensamiento fue que eso tendría algo que ver con Mila, quizás trabajaba con ellos. Me negué a que me arrinconaran en mi propia casa. Había estado libre y limpio durante dieciocho meses. No me iban a atrapar ahora, y estaría condenado si conseguían a Zoe. Ya le habían hecho bastante. Agarré mi arma de la caja cerrada de mi armario, la cargué y me arrastré hacia mi puerta. Justo cuando estaba alcanzando la perilla, una tabla del suelo crujió en el pasillo de afuera.

—Oh, demonios, no —murmuré furiosamente.

Con una mano abrí la puerta y con la otra, sosteniendo firme mi pistola, salí al pasillo.

—¡Ahh! ¡Mierda, Leo!

Mila dejó caer su vela asustada. Se apagó, hundiendo el pasillo en una relativa oscuridad. La plateada luz de la luna reflejándose en la nieve era apenas suficiente para ver su contorno en la oscuridad.

—¿Qué hiciste? ¿Dónde está Zoe? —exigí.

—¿Zoe? ¿Cómo voy a saberlo? ¿Es ese el nombre de tu esposa?

—¿Qué? Cállate. Ven conmigo —la agarré de su codo y la llevé hasta la puerta de al lado.

—¡Oye, me haces daño!

—Tienes suerte de que no esté haciendo algo peor. ¿A quién contactaste?

—¿Qué? ¿Has perdido la cabeza?

La empujé contra la pared, apuntándola con el arma mientras abría la puerta. Zoe yacía donde la había dejado, durmiendo tranquilamente en el suave resplandor de su linterna. La opresión en mi pecho se derritió en un profundo alivio.

—Por favor, baja el arma.

Su voz había tomado el tono fresco y uniforme de una persona que trataba de convencer a un niño enfurecido de que no rompiera sus juguetes.

Podía verla mejor ahora bajo el suave resplandor de la linterna. Parecía tan confundida como aterrorizada. O era la mejor actriz que había conocido, o acababa de cometer un terrible error.

—¿Qué haces aquí arriba? —pregunté mientras bajaba el arma.

—Lo... lo siento —tartamudeó—. No debí haber subido. Yo sólo... necesitaba saber qué estabas escondiendo. Lo siento mucho, por favor, no me hagas daño.

—Oh, por el amor de... Mira, no voy a hacerte daño. ¿Estás segura de que no has contactado a nadie? ¿Le dijiste a alguien mi nombre? Rochelle, su madre, tu madre, la maldita compañía de taxis, ¿alguien?

Ella agitó la cabeza, con sus ojos aún fijos en mi arma.

—No se lo dije a nadie, Leo. Lo juro. ¿Qué está pasando?

—Quédate aquí —dije, cerrando la puerta de Zoe—. No bajes, no entres en ninguna habitación, sólo quédate aquí. ¿Entendiste?

El estruendo de un vidrio roto sonó abajo. No tuve tiempo de esperar su respuesta, y no la necesitaba. Si yo estuviera atrapado en una casa con un hombre armado que parecía haber perdido la cabeza de repente, haría todo lo que me dijera, por lo menos hasta que pudiera inclinar la balanza a mi favor. Esperaba el mismo nivel de cordura en ella.

Claramente, no la tenía. Sentí su presencia detrás de mí mientras bajaba las escaleras. Pero sin saber dónde estaban los intrusos, no podía detenerme y dar la vuelta o delatar mi posición dándole órdenes de retroceder. Le hice señas para que volviera a subir, pero no me vio o decidió ignorarme. No podía perder más tiempo con ella, no con intrusos merodeando por ahí.

Las peleas y las maldiciones amortiguadas me dieron la posición de los hombres. Cocina, ventana trasera, al lado de la puerta del garaje. Me metí en la cocina, y conté dos siluetas que se movían a través de la ventana rota.

—No se muevan si no quieren una bala cada uno en la cabeza —grité.

Las dos figuras levantaron lentamente sus manos en el aire.

—¿Quiénes son y qué hacen en mi casa?

La única respuesta que recibí fue un golpe sordo en la parte posterior de mi cráneo.

MILA

NO SEGUÍ A LEO hasta la cocina, pero me mantuve lo suficientemente cerca como para oír lo que estaba pasando. En mi mente, todo lo que podía ver era el alivio en su cara cuando miró a través de la puerta de esa segunda habitación. Quienquiera que viviera allí era de vital importancia para él, y mi decisión impulsiva de seguirlo hasta abajo había dejado a esa persona desprotegida.

¿Pero qué hay de él? ¿Debería llamar a la policía? No serviría de nada. Las carreteras seguían bloqueadas. Y aunque no lo estuvieran, ni siquiera conocía la dirección exacta de la casa. Todos esos pensamientos pasaron por mi cabeza en menos de un minuto mientras Leo luchaba en la cocina.

Entonces el arma se disparó, y corrí. Los atacantes no sabían que yo existía todavía, pero podrían saber acerca de la persona en el segundo dormitorio. Si lo habían asesinado, yo era la única que se interponía entre una persona indefensa y un número desconocido de agresores. No sabía lo que estaba pasando, pero sabía dónde estaba mi lealtad.

La luz de la luna era lo suficientemente brillante como para llevarme de vuelta a la escalera, pero estas estaban muy oscuras. Me apresuré a subir silenciosamente, cuidando mis pasos. Funcionó lo suficientemente bien. Segundos después estaba corriendo de puntillas por el pasillo de arriba, rezando para poder entrar en la habitación antes de que alguien me viera. Lancé un mirada detrás de mí mientras abría la puerta y todo seguía despejado hasta donde la oscuridad me permitía ver.

Cerré la puerta firme y silenciosamente. Entonces, todavía mirando a la puerta, me quedé paralizada. Me di cuenta de que no sabía quién o qué había en esa habitación, y que acababa de encerrarme en ella. Estaba por encontrar a su esposa postrada en la cama y eso sería todo. Había estado cerca de gente enferma antes, y no es como si pudiera lastimarme.

Sólo sé amable y mantenla calmada. Eso es todo lo que debes hacer.

Pero no pude reunir el valor para dar la vuelta. ¿Qué demonios se supone que diría? ¿Hola, soy la chica que ha estado robando el tiempo y los besos de tu marido los últimos dos días? Era una locura. Todo de esa noche estaba resultando una locura, y comenzaba a preguntarme si no era todo parte de un sueño.

—¿Papá?

Respiré y me di la vuelta lentamente, con total incredulidad. Y allí, en una bella cuna tallada, se sentaba la bebé más bonita que jamás había visto.

—¿Papá? —preguntó, extendiendo sus regordetas manitas.

—Papá está abajo —dije en voz baja—. Shh. Ya viene.

—¿No hay papá? —su voz empezaba a temblar, y temía lo que podría pasar si decidía empezar a gritar.

Apenas sabía cómo cuidar a un bebé en circunstancias normales, pero mantenerlo a salvo de unos atacantes misteriosos lo veía casi imposible.

—¿Quieres venir conmigo? —le pregunté tan silenciosamente como me fue posible y estiré mis brazos a ella.

—¿Upa? —ella levantó los brazos.

—Upa será —la levanté contra mí y me di cuenta de que su trasero estaba empapado—. Oh, Dios mío, más vale que estés vivo, Leo. No sé cómo hacer esto.

Se quejó, moviéndose incómodamente.

—Sí, sí, estás mojada. Vamos a cambiarte.

La bebé señaló un cambiador al otro lado de la habitación, algo que ni siquiera había notado antes.

—¡Sí! Bien, buen trabajo. Ahora, dime cómo hacer esto.

No tenía idea de por dónde empezar. La acosté sobre el cambiador y ella gruñó tirando del pañal.

—Oh, Dios. Lo siento por adelantado. No suelo hacer cosas así.

—¡Apur!

—Está bien, está bien, espera. Um. Muy bien, ya te quité el pañal. ¿Y ahora qué?

Me dio una mirada severa que nadie menor de cuarenta años haría. Señaló hacia una bañera de plástico al otro lado de la mesa.

—¡Oh! ¡Toallitas! Sí, eso tiene sentido ahora. Y luego, um... Oh Dios, lo siento mucho, soy la peor en esto.

Se rió de mí.

—Sí, sí, ahora es gracioso. Espera a que tengas que cambiarle los pañales a tu papá.

—Papá no —dijo en un tono muy serio.

—Todavía no. Pero algún día, cuando sea muy viejo... No importa, no te preocupes por eso ahora. Vale, ya estás limpia. O eso creo. ¿Y ahora qué? —suspiré—. Creo que ya puedo añadir “frustrar a un niño” a mi lista de logros del mes, junto con “casi acostarme con un desconocido” y “estrellar mi flamante Lexus”.

—¿Papá? ¿Upa?

—No, él... ¿Quién dijo que debería responderle a un bebé de todos modos?

—¿Dada?

—Si tu papá supiera cómo es mi relación con los bebés, probablemente habría...

—¿Contado mi secreto hace dos días? Sí, probablemente.

Con un jadeo giré rápidamente para ver a Leo de pie, erizado y magullado, junto a la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí parado?

—¡Papá!

Tomó a la pequeña en sus brazos y besó su cabecita. Ella se acurrucó con él, y eso derritió todo mi corazón.

—Lo suficiente para escuchar tu lista de logros —dijo con una breve sonrisa—. Pero ahora tenemos que irnos. Quédate aquí conmigo mientras preparo un bolso con sus cosas, y luego iremos por las tuyas.

—¿Qué pasó ahí abajo?

—Unos viejos amigos decidieron pasar a visitarnos. La pasaron tan bien que van a ir a buscar al resto del equipo para hacer una barbacoa.

Empacó metiendo un puñado de cosas en un bolso. Cuando estaba lleno, sacó otro de un armario y empezó a llenarlo también. Luego envolvió a la bebé en un traje de nieve de cuerpo

entero que la hizo parecer un osito de peluche púrpura.

—¿Adiós? —preguntó Zoe.

—Sí cariño, nos vamos.

—¿Adiós! —ella agitó sus pequeñas manos como si estuviera tratando de escapar.

Quería reírme, pero la energía frenética de Leo mantuvo mi atención en el momento. Claramente estábamos en un peligro terrible.

—Bien. Listo. Ahora vamos por tus cosas.

—Espera. No estarás planeando escapar en ropa interior, ¿verdad?

Miró sus largos calzoncillos como si hubiera olvidado que los llevaba puestos, luego dejó caer las bolsas al suelo y me empujó a la bebé.

—Sujétala. Enseguida vuelvo.

Ella y yo nos miramos fijamente durante unos segundos. Entonces agarró mi cara con sus pequeñas manos y aplastó mis mejillas.

—Vamos.

Leo había regresado, vestido más apropiadamente con jeans, botas y franela. Parecía el leñador por excelencia, y yo quería repararlo como un árbol. Sacudiendo la cabeza, ajusté a Zoe en mi cadera, y lo seguí por el pasillo.

La luz de las velas nos guió al primer piso. Fuimos hasta mi habitación a buscar mis cosas. Le entregue la bebé y recogí algunas prendas. No había mucho que llevar, y probablemente debimos haberlo dejado. Estábamos perdiendo tiempo con eso. Este era un nuevo tipo de peligro para mí, y no lo estaba manejando tan bien como creía que debía hacerlo.

Mientras nos dábamos la vuelta para salir de mi habitación, oímos un fuerte ruido afuera. Leo me devolvió la bebé, puso la vela en el suelo y se llevó un dedo a los labios. Me hizo un gesto para que me quedara quieta, y salió silenciosamente hacia el oscuro pasillo. Otro golpe sacudió las paredes. Sonaba como si alguien estuviera intentando meter un tanque en la casa. Agarré a Zoe con fuerza, pero ella se movió incómodamente.

—Silencio —susurré, haciéndola rebotar en mis brazos—. ¿Quieres irte de aquí?

—¿Adiós! —lo dijo tan fuerte que entré en pánico de que alguien pudiera escucharnos.

Leo regresó un momento después. Me agarró de la mano sin decir palabra y corrió, arrastrándonos detrás de él. Huimos a la cocina, y cruzamos la puerta que había estado cerrada con llave el día anterior.

—¿Qué fue ese ruido? —siseé.

—Están tratando de bloquear el garaje con troncos —dijo con firmeza—. Transportándolos con una camioneta. No debimos haber perdido tanto tiempo. Pensé que se habían ido.

—¿Podemos salir?

Hice mis preguntas mientras él ataba la bebé a su asiento. Nunca había visto a nadie hacer eso tan rápido, y estaba listo incluso antes de que yo me abrochara el cinturón de seguridad.

—Tendremos que averiguarlo —dijo con severidad—. Agárrate fuerte.

Una corriente constante de maldiciones llenó mi cabeza mientras él presionaba el botón para abrir la puerta del garaje. No hubo respuesta. Volvió a presionar, y luego maldijo.

—No hay luz. Maldita sea. Espera.

Puso la camioneta en marcha y pisó el acelerador. Contuve la respiración, cubriéndome la cara con las manos mientras él volaba hacia la puerta cerrada. Lo que siguió fue el chirrido de los neumáticos y el estremecimiento por el impacto.

Cuando me atreví a echar un vistazo, estábamos bajando la colina con ramas y restos de metal pegados a la camioneta. El parabrisas estaba roto y el capó abollado, pero estábamos vivos y en

movimiento. Desafortunadamente, también lo estaban los otros hombres. Capté el destello de sus faros en el espejo retrovisor y giré en mi asiento. Estaban justo detrás de nosotros, pero Leo sumaba rápidamente la distancia entre nosotros.

—Voy a tomar el camino maderero. Los perderemos en una milla o menos.

—¿Es peligroso?

Apretó fuerte su mandíbula. Era la única respuesta que me iba a dar. Me ajusté el cinturón de seguridad y miré a Zoe. Parecía segura. Se entretenía golpeando los juguetes que colgaban de su asiento. Me di la vuelta para ver la oscura entrada a la cual nos dirigíamos, y a exceso de velocidad.

LEO

—¿QUIÉNES eran esas personas? —preguntó Mila sin aliento.

Apenas registré la pregunta. Los caminos madereros no eran los más transitados. Después de la tormenta que acababa de pasar, la carretera era apenas una franja blanca y ancha entre los árboles. La nieve cubría cualquier punto de referencia u obstáculo, y me vi obligado a recordar el camino. No podía detenerme ni bajar la velocidad. Esos tipos venían tras nosotros y probablemente estaban armados.

—¿Leo?

—Necesito que te calles por un momento, por favor.

No tenía tiempo para ser amable y ni para darle mi atención. El camino era estrecho y resbaladizo, y aunque mi camioneta estaba prácticamente hecha para este tipo de clima y superficie, todavía tenía sus límites. Un árbol marcado me indicó mi posición, y respiré un poco mejor después de eso. Estábamos a punto de cruzar por el desfiladero, y un cuarto de milla después de eso, estaríamos de vuelta en el pavimento.

Ya no podía ver los faros detrás de nosotros. Esperaba que eso significara que estaban atrapados en la nieve en algún lugar detrás de nosotros, pero sabía que probablemente no era el caso. Era mucho más probable que hubieran hecho lo correcto tomando la carretera principal que los rodeaba.

—¿Intentas matarnos? —la voz de Mila me chilló el oído, haciendo descarrilar mi hilo de pensamiento.

Había evitado por poco chocar contra una roca. Aparentemente no lo había apreciado.

—Necesitaba hacer ese movimiento —dije en breve—. Un poco más a la izquierda y nos deslizaríamos por la colina. Confía en mí.

Presionó fuertemente los labios y agarró la empuñadura de la puerta hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Ojalá estuviera tan seguro como sonaba. La verdad es que sólo había conducido esa carretera con nieve una o dos veces, y esperaba que no nos quedáramos varados a la deriva en alguna parte.

Los árboles se erguían más en la curva, protegiendo de la nieve gran parte del camino. Tan pronto como encontramos tracción, disparé al motor, acelerando a un ritmo razonable. Mila apretó los ojos y comenzó a susurrar oraciones en voz baja. Unos cuantos segundos más tarde, nos deslizamos sobre el pavimento resbaladizo.

—¿Dónde estamos?

—Paso subterráneo —dije, apagando el motor—. Silencio.

Hizo lo que pudo. Me di cuenta de que lo estaba intentando. Cada pocos segundos abría la boca e inhalaba bruscamente, como si estuviera a punto de empezar a hablar, y luego volvía a

cerrar los labios con un chasquido. Necesitaba ser paciente. Después de cinco largos minutos, finalmente escuché lo que estaba esperando. Un vehículo rugió por encima de nosotros, conduciendo más despacio de lo necesario.

Estuvimos en silencio hasta que estuve seguro de que se habían ido. Entonces respiré.

—De acuerdo. Ahora puedes hablar.

—¿Quiénes eran? ¿Por qué están tras de ti? ¿Por qué te pusieron barricadas dentro de tu casa en vez de atacar de nuevo o huir? ¿Por qué no me dijiste que tenías una bebé arriba? ¿De quién la estás escondiendo?

—Una a la vez —dije, frotándome la frente.

—Bien, ¿quiénes eran esos tipos?

—Te lo dije. Viejos amigos.

—¿Todos tus viejos amigos intentan matarte?

Sonreí.

—Sí. Por eso me quedo en casa.

Me miró con incredulidad y agitó la cabeza.

—¿Por qué?

Suspiré.

—Podría contarte todos los detalles oscuros de mi vida, pero corremos el riesgo de que vuelvan por aquí y nos encuentren, y...

—¡No! ¡Ya has evadido bastante, Leo Arbuckle. Es hora de que empieces a decirme la verdad! Tú... oh, demonios.

Su teléfono sonó fuerte y repetidamente, interrumpiéndola mientras zumbaba frenéticamente. Ella lo abrió. Un segundo después, la sangre dejó su cara y sus ojos se abrieron más allá de lo que yo creía posible.

—Son mensajes de Rochelle. La han secuestrado.

—Dile que llame a la policía.

—No puede, la oirán. Tiene mucho miedo. Dice que por su culpa mataran a alguien llamado Bucky.

Mi corazón se congeló.

—¿Por qué dice eso?

—Dice que tuvo que confesar lo que descubrió sobre el complejo de apartamentos o la matarían, y dijeron que ahora podían vengarse de Bucky. Amenazan con matarla en cuanto verifiquen su información.

Me pasé la mano por el cabello y respiré hondo.

—Pídele que describa dónde está.

—Ya lo hizo. Dice que está como en una especie de restaurante en un sótano y la tienen encerrada en la cocina. La hacen cocinar para ellos y sólo la dejan salir para usar el baño. Supongo que así es como consiguió su teléfono. Ella dice que es verde con un acabado marrón asqueroso, pero no puede encontrar el nombre de un restaurante en ninguna parte. Hay armas en cajas de vidrio en las paredes, y fotos de viejos mafiosos.

—No es el lugar más sutil del mundo —dije con tristeza mientras volvía a arrancar el motor.

—¿Qué le digo?

—Dile que mande un mensaje al 911. A veces funciona. Rastrearán su teléfono si tiene el GPS encendido.

Los dedos de Mila volaron sobre la pantalla mientras transmitía el mensaje. Aguantó la respiración durante mucho tiempo, mirando a la pantalla como si la intensidad de su necesidad

fuese a traer una respuesta más rápida. Me dirigí hacia la autopista, en dirección a Sacramento. El miedo se aferraba a mí con cada milla que pasaba, pero no podía echarme para atrás ahora. Presioné un poco más el acelerador.

—No responde —repuso pasados varios minutos—. ¿Por qué no contesta?

—Tal vez tuvo que esconder el teléfono.

—¿Y si la atraparon con él? ¿Y si lo tenía con volumen y el sonido de mis mensajes la delataron?

—Entonces es una idiota.

—¿Pero dónde está ella? ¿Un restaurante en el sótano sin nombre y con armas en la pared? ¡Nunca había oído hablar de un lugar así!

Se me ocurrió una idea espantosa, y agarré el volante un poco más fuerte.

—¿Ha respondido a alguno de tus mensajes directamente?

—¿Qué quieres decir?

Respiré con impaciencia.

—Quiero decir que tu teléfono ha estado fuera del servicio por dos días. ¿Cuándo se enviaron esos mensajes? ¿Ha contestado a tus preguntas o te ha dicho todo lo que sabía de una vez?

No creí que fuera posible que Mila se pusiera más pálida, pero lo logró. Sus dedos volaron sobre la pantalla, tocando los mensajes entrantes uno por uno. Con los ojos bien abiertos, se volvió hacia mí.

—Ayer por la mañana —susurró roncamente—. O mejor dicho anteayer —señaló desesperadamente al reloj.

—Tranquila. No la han matado todavía.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

Rechiné los dientes y miré el camino. Decidir qué decirle y cuándo era un lujo que ya no podía permitirme. Le eché un vistazo y me tomé un respiro.

—Porque aún no han atrapado a Bucky.

—¿Cómo sabes eso?

Iba a necesitar que se lo explicara en detalle, y no estaba de humor, especialmente porque acababa de notar que unos faros se acercaban rápidamente detrás de nosotros. Por más cuidadoso que haya sido, no había manera de saber si el ruido en el paso elevado había sido de nuestros perseguidores o sólo de un vehículo al azar. Sospechaba que había cubierto mis apuestas en la dirección equivocada.

Crucé en un desvío de la carretera rápidamente sin hacer señales. Era un pequeño pueblo, una parada en medio de la nada. Todos los negocios estaban cerrados y todas las casas oscuras. No habría razón para que alguien cruzara en ese lugar, pero la camioneta detrás de mí sí. No disminuyó la velocidad al llegar a las calles, así que yo tampoco lo hice.

—¿Qué estás haciendo?

—Nos están siguiendo.

No había otra salida más que la autopista, así que fue a donde me dirigí. Ellos nos siguieron el paso, sin dejar ninguna duda en mi mente.

—Ni siquiera están tratando de ser sutiles al respecto —gruñí entre los dientes—. Bastardos.

—¿Entonces por qué estás de vuelta en la autopista? ¿No deberíamos tratar de escondernos en alguna parte?

—Es un camino directo a Auburn. Todo en el medio es como la ciudad que acabamos de atravesar, una calle y un par de callejones sin salida. Colfax no es mucho mejor.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

Sonaba aterrorizada, y eso me puso furioso. No con ella, sino con la gente que nos estaba haciendo pasar por esto.

—Nos mantendremos lo más lejos posible de ellos. Una vez que llegemos a Auburn, los perderemos.

Respiró profundamente y asintió con la cabeza, agarrando la empuñadura sobre la puerta. Las carreteras estaban empezando a despejarse, lo que era bueno para correr. Presioné más fuerte el acelerador, empujando mi camioneta más rápido de lo que quería ir. Doblamos una curva y la pendiente de la montaña se hizo más pronunciada.

—Mila, toma el volante.

—¿Estás loco?

—¡Toma el maldito volante! —le grité.

Nos habían alcanzado. Estaban detrás de nosotros, y ligeramente a la derecha. Iban a intentar sacarme de la carretera. No podía hacer lo que tenía en mente a menos que estuviera absolutamente seguro de ello. Dejé que se acercaran un poco más mientras cargaba mi arma, hasta que pude ver las caras de los hombres que iban adentro. Reconocí al tipo con el que había peleado en mi cocina. Entonces vi un destello de acero en la ventana del pasajero. No podía esperar más.

Bajé la ventanilla y disparé tres veces, apuntando a los neumáticos.

MILA

LOS DISPAROS SONARON en mis oídos y la bebé comenzó a llorar.

—¡Leo! ¿Qué demonios?

—¡Los ojos en la carretera! —gritó.

—¡Frena!

Cambió su pie brevemente, lo suficiente para que yo pudiera girar sin volcarnos. Detrás de nosotros, la otra camioneta estaba rodando una y otra vez por la autopista, dirigiéndose directamente a la delgada barrera de contención metálica. No quería mirar, pero no podía evitar voltear hacia el retrovisor cada pocos segundos.

Para mi confuso alivio, se estrellaron entre la barrera y un enorme árbol. La camioneta se aplastó en muchísimos lugares, pero la cabina parecía intacta, lo que hacía muy probable que todos sus pasajeros siguieran vivos.

Leo tomó el volante y yo me deslicé hacia mi lado, temblando y tratando de respirar. Nunca había visto algo así fuera de una película de acción, y tenía problemas para comprenderlo. El cielo comenzaba a iluminarse a nuestro alrededor muy ligeramente.

—Buen trabajo —repuso con fuerza—. Todo está bien ahora. Escapamos del peligro. Dale el chupete a Zoe, por favor.

Una docena de preguntas pasaron por mi cabeza. Pero lo único que pude decir fue:

—¿Por qué?

—Porque la hará dormir —me lanzó una mirada que me dijo que debería saberlo.

—No, ¿por qué les disparaste a esos tipos?

Mis manos temblaban tanto como mi voz, pero finalmente encontré el chupete y se lo di. Lloriqueó un momento, y luego se quedó dormida.

—Estaban desenfundando armas. Si eso no funcionaba, nos iban a sacar de la carretera. Fui más misericordioso con ellos de lo que lo habrían sido con nosotros.

Quería creerle. Ciertamente no podía soportar la idea de que su reacción fuera por paranoia o venganza, lo que me parecía más probable. Nunca había tenido a nadie que me odiara lo suficiente como para querer matarme. Esta gente ni siquiera me conocía, así que no tendrían motivos para odiarme. Además, había un bebé. ¿Quién podría odiar a un bebé? Eso sólo dejaba una explicación.

—Leo, ¿quién te odia tanto como para considerar a una mujer inocente y a una niña como un daño colateral aceptable?

Apretó con fuerza el volante.

—Debes tener cuidado con quién te asocias —dijo vagamente—. Los mejores amigos se convertirán en tus peores enemigos en cuanto tu situación cambie.

Lo miré con incredulidad.

—¿Esas personas solían ser tus amigos?

Se encogió de hombros.

—Era otra vida, Mila. He aprendido mucho desde entonces. Como en quién puedo confiar y hasta dónde. Sólo una persona ha cumplido con los requisitos hasta ahora, y no puedo decir cuánto tiempo dure eso. No estoy esperando más.

La tristeza de su voz me destrozó tanto el corazón que me llevó un momento darme cuenta de que podría estar hablando de mí. La mirada penetrante que me dio después me lo confirmó. No sabía si sentirme halagada o con el corazón roto.

—No estás hablando de mí, ¿verdad? —pregunté suavemente. Se encogió de hombros—. Leo. Me conoces desde hace dos días.

—Sí. Y en esos dos días, he visto que eres leal, compasiva y digna de confianza. Cuando las cosas se pusieron feas, hiciste lo correcto. Protegiste a la persona más vulnerable de la casa, a pesar de que significara estar sola en la oscuridad.

Me sonrojé ante su franca evaluación de mi carácter.

—Sé leer a las personas —continuó—. Es una habilidad que aprendes cuando tu vida depende de eso. Eres de la clase de persona buena. No he conocido a muchas, pero las suficientes como para reconocer a una cuando lo veo.

—Si eres tan bueno leyendo a la gente, ¿por qué pasas tu tiempo aislado?

Asintió con la cabeza hacia el asiento trasero.

—Por su culpa. Gente muy mala cree que murió con su madre. Si llegaran a descubrir la verdad... —dejó el pensamiento colgando y agitó la cabeza.

—Dios —susurré—. ¿Cómo te involucraste con gente así? —apretó la mandíbula con fuerza—. Tal vez estoy presionando demasiado. Pero necesito saber. Pongo mi vida en tus manos, y es importante para mí saber dónde han estado esas manos.

Y cuánta sangre hay en ellas.

Un escalofrío de terror helado recorrió todo mi cuerpo con ese pensamiento. Había demostrado que era capaz de llegar a la violencia. Tal vez sus razones fueron buenas esta vez, ¿pero qué hay de antes? ¿Quién era Leo Arbuckle cuando consideraba amigos a esa gente?

—Quise dejarlo todo atrás, apenas tuve la oportunidad. Perdí a la madre de Zoe y casi la pierdo a ella. No era una buena vida, Mila. Era un medio para alcanzar un fin.

—¿Qué fin?

—Este. La parte en la que tengo todo el dinero que necesito, cuando lo necesito. Donde puedo pasar mi tiempo con mi familia y trabajar en las cosas en las que quiero trabajar, en lugar de ser esclavo de una corporación sin rostro. Vi a mis padres morir lentamente mientras trabajaban para llegar a fin de mes. No iba a dejar que mi vida se convirtiera en lo mismo.

—¿Así que terminaste en una organización criminal porque tus padres trabajaron muy duro? No puedo creerlo.

Tragó con fuerza una vez, y luego otra vez.

—No estoy hablando de trabajar diez horas diarias y llegar a casa cansado, Mila. Cuando era niño, mi padre era el único que trabajaba. Teníamos una casa grande y un montón de juguetes, íbamos de vacaciones todos los años, mi mamá siempre cocinaba y se ocupaba de la casa... Vivíamos el sueño americano.

—¿Y luego?

—Entonces la economía se derrumbó. Mi madre comenzó a trabajar, y mi padre hacía horas extras. Incluso así perdimos nuestra casa y uno de los autos. Llegaron a trabajar ciento veinte

horas o más entre los dos cada semana, y aún así sólo podíamos cenar al menos dos veces por semana. Cuando la pequeña y asquerosa casa a la que nos habíamos mudado fue amenazada con una ejecución hipotecaria, mi padre no pudo soportarlo más.

Sabía el fin de esa historia. Mi corazón estaba roto, y quería decirle que se detuviera, pero la presa se había quebrado. Me preguntaba si alguna vez le había dicho esto a alguien antes.

—Se ahorcó. Mi mamá lo encontró. No pudo soportarlo y a los días ella tuvo una sobredosis. La misma semana perdí a mis padres.

—Dios, Leo. ¿Cuántos años tenías?

—Quince. Demasiado joven para hacerlo legalmente por mi cuenta y demasiado viejo para ser acogido. Dormí en el sofá de la oficina del Servicio de Protección de Menores durante tres días y luego dije: ¡Al diablo con esto! Así que me fui. Estuve deambulando un rato, trabajando por debajo de la mesa en algunos lugares. Entonces conocí a Lloyd.

—Por la forma en que dices su nombre, no puedo decir si lo amas o si lo odias.

Sonrió.

—Si lo averiguas, házmelo saber.

El camino frente a nosotros parecía desvanecerse y desdibujarse a medida que el crepúsculo anterior al amanecer iluminaba el mundo creando una neblina monocromática. Leo parecía embrujado, perdido en sus pensamientos, como si estuviera luchando con ellos.

Zoe despertó llorando justo cuando llegábamos a los límites de la ciudad de Auburn, rompiendo el silencio en la camioneta.

—¿Tiene hambre? —pregunté.

—Probablemente. Quizás también necesite un cambio.

—Hay un restaurante adelante.

Agitó la cabeza.

—Estamos demasiado cerca de Sacramento. No pienso exponerla al público. No si hay alguna posibilidad de que alguien me reconozca. Hay un hotel a unos kilómetros, iremos allí.

Una vez que llegamos al lugar, él se encargó de la adquisición de la habitación mientras yo hacía todo lo posible para calmar a la bebé, y unos minutos más tarde ya estábamos instalados.

—Lo juro, una habitación de hotel nunca me había venido tan bien —dije feliz mientras nos apilábamos dentro.

—¡Papá! ¡Upa! ¡Dun!

Las demandas de Zoe me hicieron reír de la mera perplejidad.

—Pásame un pañal, ¿quieres? ¿Sabes cómo preparar un biberón?

—¿Hay instrucciones?

—Sí, en la fórmula.

—¿Dónde está eso?

—Justo enfrente, bolsillo interior. Tubos de papel de aluminio amarillo.

—Conveniente. Veamos... Vierte cuatro onzas de agua...

—Dobla esa cantidad.

—Ocho onzas de agua en una botella limpia. Añade un paquete de polvo.

—Duplicalo.

—Dos paquetes de polvo, tapar la botella y agitar bien. Bastante fácil. ¿Caliente, tibio o frío?

—Cálido. Temperatura de la piel.

Me estremecí ante la descripción.

—Cómo Hannibal.

—Mila...

—Lo siento, lo siento.

Hice correr el agua durante demasiado tiempo en busca de la temperatura adecuada, y sólo estuve satisfecha cuando no pude sentir ninguna diferencia entre el agua y el aire, excepto por la presión en mi muñeca. Zoe estaba perdiendo la paciencia, así que añadí la fórmula, agité la botella y se la llevé.

—¿Quieres que la sostenga o...?

—Se alimenta sola —dijo, dándole el biberón.

La tomó, cayendo de espaldas y moviendo sus piecitos en el aire mientras succionaba la fórmula.

—Es independiente, como su padre. Aprendió a comer sola hace seis meses. Prefiere menearse y mirar el mundo mientras come. La única excepción es la hora de dormir.

—Ella sabe muchas palabras. No sabía que los niños empezaban a hablar tan temprano.

—Depende del niño, supongo. Voy a instalar el corral por aquí.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte aquí?

Estaba de vuelta en la ciudad, y podría ir a buscar a Rochelle yo misma. No es que tuviera idea de por dónde empezar a buscar, pero al menos ahora tenía la opción.

—Eso va a depender de si tu amiga está viva o no —dijo con tristeza—. Envíale un mensaje de texto. No, llámala. Si no hay respuesta, envíale un mensaje.

Saqué mi teléfono y luego dudé.

—¿Y si su teléfono suena y la lastiman?

—Creo que si ese fuera el caso, la habrían jodido a las cuatro de la mañana cuando respondiste sus mensajes.

—Oh. Cierro —presioné el botón para llamar. Después de un momento agité la cabeza—. Buzón de voz. Pero no está apagado. Sonó bien cinco veces.

—Bien. Mándale un mensaje. Dile que estás en la ciudad y que trajiste a un amigo que tiene algo que quieren.

—¿Para qué le diría eso?

Había una expresión en su rostro que no pude interpretar.

—Sólo hazlo, Mila.

Fruñí el ceño, pero hice lo que me dijo. Estaba empezando a sentir que la falta de descanso había hecho más daño a mis capacidades cognitivas de lo que había anticipado. Él parecía estar uniendo piezas a diestra y siniestra, mientras que yo ni siquiera podía ver el rompecabezas.

—Enviado. ¿Ahora qué?

—Ahora me doy cuenta de lo lejos que estamos de... ¿Cómo lo llamaba? ¿Restaurante en el sótano?

—Espera, ¿sabes dónde está?

—Tengo una idea general. Deberías tomar una siesta. Pareces cansada.

—¿Te has mirado al espejo últimamente?

Cerró los ojos y respiró hondo.

—Si los dos estamos exhaustos, nunca resolveremos esto. Tú duerme ahora, yo dormiré más tarde. Lo haremos por turnos.

—Oh. Bien, eso tiene sentido. Pero, ¿qué hay de Rochelle?

—Si responde, te despertaré.

—¿Lo prometes?

—Te lo juro, por Dios, y mi madre. Ahora vete a dormir.

Irritada pero incapaz de encontrar una excusa, tuve que hacerlo.

LEO

MILA SE QUEDÓ dormida apenas su cabeza tocó la almohada, pero casi no fue lo suficientemente rápido.

El texto llegó unos pocos minutos después.

—¿Tu amigo tiene cincuenta millones de dólares?

Sonreí severamente y respondí.

—Aún mejor. Tiene la ubicación de Bucky.

No respondieron durante mucho tiempo. Probablemente estaban tratando de averiguar cuál de ellos negociaría los términos de este premio en particular.

—Estás mintiendo —decía el siguiente mensaje—. Estos tipos dicen que sus hombres tienen a Bucky.

—Diles que sus hombres están sentados en una camioneta aplastada en la autopista.

Esta vez la espera fue más larga.

—¿Quién demonios eres?

Sonreí.

—Tú primero.

—Soy el hombre que va a matar a tu amiga si no empiezas a hablar.

Lo consideré por un momento. ¿Cuánto podría haber cambiado en los últimos dieciocho meses? No había escuchado ninguna noticia sobre guerras de pandillas últimamente, así que la jerarquía era probablemente la misma.

—Tranquilo, Raúl. Ella vale más para ti viva.

El siguiente texto llegó en un abrir y cerrar de ojos.

—Será mejor que te calles y me digas quién eres.

—No puedo hacer las dos cosas. Elige una.

—Dime quién eres.

—Soy la única persona que sabe dónde ha estado Bucky en el último año y medio.

—Ya no más. Encontramos su cabaña. Era un bonito lugar, antes de que se quemara.

Me estremecí ante eso. Había construido la mayor parte de esa cabaña con mis propias manos, y me encantaba el lugar. Sin embargo, había sido un medio para alcanzar un fin, y había cumplido su propósito.

—Le diré que te gustó. Ahora dime cómo recuperar a Rochelle.

La respuesta tardó mucho tiempo en llegar que empecé a preguntarme si Raúl había dejado morir el teléfono de Rochelle. Me ocupé de Zoe mientras esperaba. Ella estaba fascinada por el nuevo lugar y seguía tratando de volcar su corral. Me mantuvo ocupado durante un par de horas, y luego el teléfono sonó.

—Cincuenta millones de dólares y la ubicación de Bucky. La hora y el lugar para el cambio se fijarán más tarde.

Rechiné los dientes. No era del todo inesperado para mí, pero aun así me irritaba el hecho de que estuvieran tan empeñados en el dinero. Tenía algo mucho mejor en mente, algo que nos permitiría a todos salir de esta situación, pero si ellos no iban a ser flexibles, entonces tendría que ser creativo.

—Estaré atento a tu mensaje —respondí y dejé el teléfono a un lado.

—Ya está hecho —me dije en voz alta.

—¿Qué está hecho?

Mila salió de las sábanas y se estiró, marcando la suave tela de mi camiseta firmemente sobre sus pechos. Me permití admirar su forma y figura con fines puramente estéticos, pero pronto encontré mis pensamientos vagando por el interludio interrumpido de la noche anterior.

—El almuerzo de Zoe —tergiversé la verdad un poco—. Y creo que ella está lista para una siesta.

—Apuesto a que tú también lo estás —entrecerró sus ojos mientras me estudiaba—. ¿No has descansado?

—No he podido. Zoe no ha da su brazo a torcer.

—La cuidaré si quieres dormir.

Agité la cabeza.

—Estoy esperando un mensaje de texto.

Se sentó rápido, instantáneamente alerta.

—¿De Rochelle?

—No. De sus secuestradores. Se están comunicando a través de su teléfono.

—¿Qué dijeron?

—Exigen un rescate en forma de dinero e información. Aún no han fijado la hora ni el lugar para el intercambio, eso es lo que estoy esperando.

Ella puso una mueca de dolor.

—¿Cuánto dinero?

Me encogí de hombros.

—No demasiado. Puedo cubrirlo.

Agitó la cabeza con firmeza.

—Oh no, no puedo dejarte hacer eso. Pagar un taxi es una cosa, ¿pero pagar un rescate? —resopló—. ¿Cuánto es “no demasiado”? Tengo algunos ahorros, probablemente pueda cubrirlo. Si no puedo y me ayudas, te lo devolveré. Haré el papeleo para un préstamo y todo.

Se puso de pie y se estiró de nuevo, lo que me hizo querer pasar mis manos por todo su cuerpo flexible.

—Cincuenta millones de dólares —dije en voz baja.

Se congeló completamente. Sus ojos ni siquiera se movieron. Después de un momento, se sacudió y se rió.

—Un momento, creo que escuché mal. Podría jurar que acabas de decir cincuenta millones de dólares.

—Fue lo que dije.

Palideció y se sentó en la cama.

—Oh, Dios. Nunca tendré esa cantidad, no en esta vida. ¿Cómo pueden pedir tanto?

Porque saben quién la tiene.

—Como dije, no te preocupes. Cubriré el rescate, pero necesito tu ayuda con algunas otras

cosas. Si todo va bien, no tendremos que darles el dinero.

—¿Cubrirás el rescate? —tosió con una risa de sorpresa—. ¿Sólo tienes cincuenta millones de dólares por ahí? ¿Así de fácil?

—No tirados por ahí. Eso sería una locura —sonreí—. Pero sí, los tengo. Como dije, puede que no lo necesitemos.

Ella me estaba mirando sospechosamente, y yo tenía la clara sensación de que no me iba a dejar seguir adelante con mi plan hasta que respondiera a sus preguntas. Concentré mi atención en Zoe hasta que se quedó dormida, y luego volví a revisar el teléfono. Todavía no había instrucciones de los secuestradores.

Mila había pedido café y miraba pensativamente por la ventana mientras lo tomaba.

—Asumimos que Rochelle sigue viva —dijo al cabo de un tiempo.

—Sí. Es posible.

Ella asintió.

—¿Los secuestradores están asociados con la gente que vino por nosotros?

—Probablemente. Tal vez rastrearon tu teléfono.

Sabía que no, pero esa explicación era mejor que contarle toda la verdad.

Ella volvió a asentir y sus labios comenzaron a temblar.

—Así que eso fue mi culpa. Lo siento —se rió amargamente—. Sabes, por un minuto pensé que eras la persona que buscaban. Vivir en medio de la nada, aislado y paranoico, debía ser por una razón... pero supongo que sólo me perseguían a mí.

No dije ni una palabra, dejando que su comentario se asentara.

—¿Cómo es que tienes cincuenta millones de dólares? —preguntó de repente.

Estaba listo para el interrogatorio, siempre y cuando se mantuviera dentro de los parámetros correctos.

—Recuerdas que dije que conocí a Lloyd.

—Cuando eras un adolescente sin hogar, sí.

Asentí.

—Él tenía trabajo para mí. Trabajo constante. Me dijo que podría ganar un millón de dólares para fin de año si hacía un buen trabajo. No lo tomé en serio. En ese momento creía que un millón de dólares era una meta imposible. Pero hice las cosas que me dijo que hiciera, y las hice bien. Y con eso el dinero empezó a llegar.

Me vio hablar sobre el borde de su taza mientras tomaba sorbos de café.

—¿Qué cosas hiciste?

—Mandados normales, encargarme de hacer las compras, de la limpieza, del mantenimiento de sus autos, ese tipo de cosas. Hice todo lo que me pidió que hiciera, y al final del año ya tenía mi propia casa y un auto.

—¿A los quince años?

—Así es. La casa y el auto estaban a mi nombre, y yo estaba volando en lo alto de la independencia. Lloyd tenía más dinero del que podría haber gastado en su vida. Me pagó cantidades insensatas por hacer cosas mundanas, y luego me enseñó a invertir. Compré algunas propiedades aquí, algunas acciones allá, y antes de que me diera cuenta el dinero estaba entrando.

Zoe comenzó a hacer ruidos mientras dormía. Se había tapado la cara con la manta. La acomodé y luego volví a la mesa. Mila asintió hacia la bebé.

—¿Cómo encaja ella en todo esto?

Sabía que iba a pasar. Era inevitable. Mi hija era el tema principal, y yo no podía esquivar las preguntas por más tiempo.

—Había estado trabajando para Lloyd durante doce años cuando conocí a una chica llamada Crystal. Quién estaba conectada con gente muy mala. Ella era una genio manipulando personas y no tenía reparos a la hora de subir en la escalera social. En ese momento, yo era la mano derecha de Lloyd y no fui discreto sobre mi cuenta bancaria. Ella quería poder y yo la quería a ella. Pensando que estábamos enamorados la dejé mudarse conmigo, le abrí una cuenta bancaria, le compré un auto... Todas las cosas que pensé que la harían feliz, pero nunca pareció ser suficiente.

—¿El embarazo fue un accidente?

—Por supuesto. Yo estaba más feliz que ella con la noticia, pero accedí a conservarlo. Al mismo tiempo, Crystal intentaba conseguir más para sí misma de lo que yo podía darle. Se vio envuelta en un altercado entre dos bandas.

Mila se inclinó hacia adelante, en silencio y con el ceño fruncido por la preocupación, mientras anticipaba hacia donde se dirigía la historia.

—Obviamente, traicionó a la persona equivocada. Ella lo arregló todo de tal manera que pudiera beneficiarse de ambas partes. Pero no contaba con que unos guardias le seguirían los pasos —respiré profundamente, deseando desesperadamente un trago—. Una de las partes tendió una emboscada. Doce personas murieron en seis minutos.

—¡Oh, no! —los ojos de Mila expresaban asombro y dolor al mismo tiempo.

Eso quizás sonaba como una fantasía para ella. Como algún tipo de película de acción. Agité la cabeza, descartando una ira irracional.

—El líder obviamente me culpó. Me había hecho un nombre, y ella estaba embarazada de mí. Asumió que todo fue idea mía. Así que puso precio a nuestras cabezas y envió a toda la banda tras nosotros.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Esos tipos no creen en segundas oportunidades o explicaciones. Perdió muchos hombres y mucho dinero. Era un bastardo intimidante. No dudó en enviar a sus matones tras ella.

—Entonces, ¿qué pasó?

Apreté los dientes.

Nunca le había contado esto a nadie. Tenía la intención de llevármelo a la tumba. Ella cruzó la mesa y tomó mi mano, mirándome con esos grandes ojos azules.

—Está bien. Puedes confiar en mí.

Suspiré y me pasé una mano por el cabello.

—Estábamos escondidos en un hotel cuando entró en trabajo de parto. Habían estado vigilando los hospitales, así que no podíamos arriesgarnos. Yo recibí a Zoe.

Ella apretó mi mano y lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

—¿Hubo complicaciones?

—Oh no. Crystal fue muy fuerte. Apenas tuve tiempo de asegurarme de que ambas estuvieran estables, antes de que uno de mis amigos me avisara que nos habían encontrado y tuvimos que huir de nuevo —tragué con fuerza contra el nudo que me crecía en la garganta—. Fue injusto. Acababa de dar a luz. Ella había presenciado la emboscada. Fue brutal. Desde ese momento no quiso hacerlo más. Teníamos planes de huir a Europa y empezar de nuevo —me aclaré la garganta, luchando contra las lágrimas que amenazaban con caer—. Me estaba mostrando el potencial que siempre había visto en ella. La existencia de Zoe la cambió para mejor.

Las lágrimas se deslizaban sin obstáculos por la cara de Mila. No podía mirarla, así que miré por la ventana.

—Salimos con prisa, pero ya nos habían encontrado. Comenzaron a perseguirnos desde que salimos del estacionamiento, hasta que nos alcanzaron en una zona industrial abandonada y

llenaron mi auto de balas. Conduje hacia el río para escapar, pero no me moví lo suficientemente rápido.

Aún podía verla a mi lado, con su cara congelada por el terror. La sangre se derramaba de su pecho, mezclándose con el agua que se elevaba alrededor de su cintura. Cerré los ojos ante el recuerdo y me estremecí.

—Tomé a Zoe y corrí. El auto se hundió y el río arrastró el cuerpo de Crystal. Asumieron que todavía estaba embarazada, y que las balas también me habían alcanzado. Eso me dio tiempo para desaparecer.

—Oh, Leo. Lo siento mucho. Eso es terrible.

—Lo fue. Mantuve la cabeza baja por un tiempo, pero tuve que reorganizar mis finanzas para mantenerme oculto. Eso fue suficiente para avisar al jefe de que aún seguía con vida. Me ha estado buscando desde entonces.

—Eso explica por qué vives en esa cabaña escondida, y por qué la mantuviste en secreto todo este tiempo. Dios mío...

Su aliento se quedó atrapado en su pecho. Se acercó a mí y me abrazó, presionando mi cabeza contra su pecho. Olía a paz, a seguridad, a mujer. La inhalé, dejando que la realidad del presente se llevara el horror del pasado.

—Mírame —tomó mi cara entre sus manos—. Hiciste todo lo que pudiste. Al final hiciste lo correcto. Eso es todo lo que importa.

Una sola lágrima se deslizó por mi mejilla y ella se inclinó para besarme. Por un momento, nada en el mundo importaba excepto su tacto suave y tolerante.

MILA

NO PUDE EVITARLO. Estaba tan triste y tan quebrado. El hecho de que había estado en una situación tan terrible y que luego afrontara una pérdida tan grande, me hizo querer besar todas sus heridas. Así lo hice, una y otra vez, cubriéndole su boca y su cara de afecto.

Su respuesta me conmovió. Se aferró a mí con fuerza durante un largo momento, y luego movió sus manos sobre mi cuerpo. Me besó con salvaje abandono, como desesperado por reemplazar los traumas recordados por algo mejor, algo más feliz. No quería nada más que borrar el sufrimiento y dolor de su alma.

El hecho de haber arriesgado su vida por su familia y haberse aislado del mundo para mantener a salvo a su hija lo convirtió en un héroe a mis ojos. Quería que lo supiera, que lo sintiera en su interior. Besé su cuello, deleitándome con la sensación de su barba rozando mi cara. Rastree con mis dedos los botones de su camisa, pidiendo en silencio acceso a su enorme y fornido pecho.

Para empezar, me acordé de Zoe. La miré por encima del hombro y suspiré.

—No podemos hacer esto ahora —repuse con tristeza.

—Es verdad —dijo en un ronco susurro—. No podemos hacerlo aquí.

Se levantó, alzándome del suelo entre sus brazos. Suprimí un chillido, y en su lugar me reí.

—Silencio —se rió suavemente.

Se desplazó sigilosamente, llevándome sin esfuerzo al baño. Con una última mirada a la dormida Zoe, cerramos la puerta tras nosotros. Me besó ferozmente mientras me colocaba sobre la encimera. Mi cuerpo ardía en deseo, y mi ropa se convirtió en un peso insoportable sobre mi piel.

Tiró de mi camiseta pasándola sobre mi cabeza, exponiendo mis senos desnudos ante sus ojos. Me tocó tiernamente, acunándolos en sus manos, acariciándolos suavemente. Un estremecimiento de placer recorrió todo mi cuerpo, concentrándose entre mis muslos.

Se arrodilló frente a mí, con su cara a la altura de mi centro ansioso y húmedo. Tirando de mí hasta el borde de la encimera, me besó el vientre mientras enganchaba sus dedos bajo la cintura suelta de los pantalones de chándal que llevaba. Quedé desnuda para él en el momento en que los pantalones se deslizaron por encima de mis tobillos hasta el suelo. Me inspiró un lujurioso gemido, aumentando mi excitación.

—Hermoso —murmuró mientras pasaba sus dedos suavemente por mis muslos.

Me estremecí de deseo a su tacto. Me besó, se sumergió en mi corazón, enloqueciéndome con cada roce de su lengua.

Hundió sus dedos profundamente dentro de mí arrancándome su nombre en un gemido. Me aferré a sus hombros mientras me penetraba. Cada empuje me acercaba más y más al orgasmo que anhelaba y justo antes de alcanzarlo, él se alejó. Jadeando con deseo lo acerqué a mí, envolviendo

mis piernas alrededor de su cintura.

—Te deseo —murmuré contra sus labios.

Con manos temblorosas solté cada uno de los botones de su camisa y pantalón. En cuestión de segundos estaba desnudo ante mí, tan ansioso como yo. Me quedé mirándolo, casi asustada ante su tamaño. Era el pene más grande que había visto en mi vida.

Sonrió con suficiencia ante mi expresión.

—Seré gentil —susurró, rodeando con una mano mi cintura y con la otra sosteniendo su miembro.

Poco a poco y con mucho cuidado entró en mí. Me llenó y siguió adelante, presionándome hasta mis límites. Temblando, reprimí mis gemidos contra su hombro, aferrando mis uñas en su espalda mientras entraba y salía de mí lentamente, adaptándose a su grosor. Poco a poco su ritmo fue aumentando, penetrándome con más fuerza y profundidad.

Pude sentir las ondas de placer atravesar mi cuerpo en el momento en el que alcancé mi orgasmo. Él me besaba, tembloroso, gimiendo, y aferrado a mi cabello. Mi vagina se estrechó a su alrededor y masajeaba su pene en espasmos que iban y venían, elevando su clímax al cielo.

Un segundo orgasmo se formó rápidamente en mi vientre, haciéndome estallar nuevamente sobre él mientras gritaba contra su pecho. Me mordió el hombro, y siguiendo su ritmo me llevó a un tercer pico. Su cuerpo se apretó, y cayó conmigo en un remolino de éxtasis. Me abrazó, besando mi cabello entre jadeos, mientras las corrientes de placer ondulaban a través de nosotros.

Nunca había estado tan relajada en mi vida, y casi me quedo dormida contra él. Pero luego se movió, saliendo de mí y tomando mi cara entre sus manos para besarme. Se fue a la ducha, una vez que la abrió, me levantó en sus brazos y me llevó bajo la corriente humeante de agua.

La ducha era de alguna manera más íntima que el encuentro que acabábamos de tener. Sus dedos se sentían maravillosos en mi cabello mientras lo lavaba para mí, reconfortante y protector. Al pasarle una esponja jabonosa por la espalda, sentí que le estaba quitando el peso del mundo de los hombros. Me besó una y otra vez mientras nos enjuagábamos el estrés y el terror del último día.

Salimos del baño agarrados de mano, envueltos en las esponjosas batas del hotel. La suya apenas le cerraba, mientras yo nadaba en la mía. No podía dejar de sonreír por lo gracioso que se veía, hasta que vi la luz verde intermitente en mi teléfono. Frunciendo el ceño, lo recogí y leí el texto.

—Mañana a las 5:00 de la tarde, en la oficina del Rising Pines. Hacemos el cambio allí. Confirma hoy al mediodía o la chica muere.

El pánico se apoderó de mí mientras miraba el reloj. Eran las 12:03.

—Vimos tarde el texto —mi voz tembló y me miró con curiosidad—. Enviaron el mensaje hace una hora. ¡Van a matarla!

Mis dedos volaron sobre las teclas.

—Por favor, no la mates. Tenemos lo que quieres.

—Déjame ver eso —Leo se acercó a mí.

—¡No! ¿No has hecho suficiente? —las lágrimas amenazaban con caer, pero logré contenerlas —. Juro por Dios, Leo, que si la mataron... —agité la cabeza, sin saber cómo terminar esa frase

—. Por favor, por favor, vamos, respóndeme.

Finalmente, después de dos eternos minutos, el teléfono sonó.

—Tuviste suerte esta vez. No me pongas a prueba de nuevo. Ella está viva. Te esperamos mañana a las 5:00 en punto. Nada de policías ni refuerzos. Sólo una persona. Hacemos el cambio sin problemas, y tú te vas. Un mal movimiento y todos morirán.

Le respondí con los dedos temblorosos.

—Entendido. Estaré allí.

—Tenemos que reunirnos con ellos mañana a las cinco de la tarde en la oficina del Rising Pines. ¿Sabes dónde está eso?

Asintió.

—¿Ella está bien?

—Dicen que está viva. No me dieron más detalles. Pero, ¿y si no lo está? ¿Y si la torturaron? Dios, ¿por qué dejé que me distrajeras?

—Si mal no recuerdo, la distracción la iniciaste tú —señaló con frialdad.

Mis mejillas se calentaron. Tenía razón, y no podía soportarlo. Rochelle casi muere por no mantener mis manos quietas.

—De acuerdo —inhalé profundamente y exhale—. Ella está bien por ahora. No puedo creer que te lo pida, pero ¿estás seguro de que tienes cincuenta millones de dólares para dárselos a estos cretinos? ¿Estás seguro de que quieres entregar esa cantidad? No sé cómo lidiar con algo así. En las películas, siempre hay un tipo grande que dice: “No negociamos con terroristas”.

—Y luego vuela la mitad de la ciudad demostrando que es un hombre más grande y malo que el otro —añadió, con una ligera sonrisa—. Tengo el dinero y nada que probar, cariño. Si podemos superar esto sin que nadie muera, lo consideraré una victoria.

Agité la cabeza.

—No puedo dejar que lo hagas. Iré yo. Les llevaré toda la información que les prometiste, y todo el dinero que tengo en ahorros. Ellos lo entenderán. Tendrán que hacerlo. Si no lo hacen, bueno, llamaré a la policía. Los cretinos como este todavía le temen a los policías, ¿no?

Resopló.

—No hablas en serio.

—Lo hago. No tengo intención de estar en deuda contigo para siempre, Leo, y si pagas esta cuenta lo estaré. Iré yo misma. Se puede razonar con ellos, ¿no?

—Te matarán.

Me di la vuelta, mirándolo fijamente.

—Mejor yo que tú. Si muero, es mi propia vida y la de nadie más. Si mueres, Zoe es huérfana. Te escondiste por una razón, una buena razón. Mostrando tu cara ahora a un grupo de criminales que podrían estar conectados con aquellos con los que Crystal estaba asociada reabrirá esa lata de gusanos. No puedes hacer esto.

Estaba de pie, y en un solo movimiento se acercó a mí, tan rápido que instintivamente me estremecí. Se detuvo a centímetros de mi cara, mirándome a los ojos. Sostuve su mirada, negándome a que me intimidara.

—Mila —gruñó entre dientes—. No vas a ir. Fin de la historia.

—¿Qué te da derecho a decirme que puedo o no hacer? Es mi amiga, y es mi culpa que estés aquí en primer lugar. Esta es mi responsabilidad y voy a manejarla.

—¡Me importa una mierda quién eres! Maldita sea, no voy a dejar que esto vuelva a pasar.

Su frente se arrugó de dolor, y me di cuenta tardíamente de lo cerca que estaba de pisar los pasos de su antigua amante. Aun así, no podía ignorar el hecho de que tenía una hija en la que pensar.

—Leo, ¿cómo podría vivir conmigo misma si Zoe queda huérfana mañana y todo por mi culpa? ¿Cómo podría seguir respirando?

—¿Cómo podría vivir conmigo mismo si perdiera a dos mujeres de la misma manera? Desde el momento en que entraste en mi casa estuviste bajo mi protección. Esa fue mi decisión, no la

tuya, y no termina hasta que yo lo diga.

Una ira desafiante recorrió mi columna vertebral.

—No soy prisionera de tu naturaleza protectora. No tienes que preocuparte por mí. No estoy en tu casa ahora, y este problema es mío, así que debo resolverlo yo sola. Vete a casa. Acuesta a Zoe. Vuelve a tu estilo de vida ermitaño. Ahora que sé dónde encontrar a mi amiga, voy a rescatarla.

Me miró con desprecio, inmóvil, sin siquiera respirar. Entonces, de repente, sostuvo mi cara entre las manos y me besó con fuerza. Nunca antes me habían besado por enojo y no sabía cómo responder. Le devolví el beso por un instante, y luego lo empujé lejos. Cuando lo hice, me quitó el teléfono.

—¿Qué estás haciendo?

—Necesito hacer una llamada.

LEO

A VECES el universo es quién decide cuando se acaba el juego. Este era uno de esos momentos. Sólo había una forma de arreglarlo para que Mila y su amiga salieran de esto con vida. Presioné el botón de llamar mientras ella me miraba, atrapada en algún lugar entre la confusión y la rabia.

—¿Llamando para retractarte? —la voz del otro lado preguntó con suficiencia.

Era Raúl. El sonido de su voz hizo que la nostalgia cambiara mi humor.

—Claro que no. Llamo para cambiar las apuestas.

Hubo una larga pausa, luego el ruido de fondo desapareció.

—¿Quién habla?

—Leo Arbuckle.

El hombre silbó.

—Hombre, sí que eres estúpido para llamar así. Tengo a Lloyd en marcación rápida, y está ofreciendo cincuenta millones por tu cabeza.

—Por eso te llamo. Él cree que valgo cincuenta millones, y tú quieres cincuenta millones por la chica. Negociemos.

—¿Un intercambio justo? ¿Tú por la chica?

—Eso es todo. Pero quiero al jefe allí. Si no aparece, no hay trato.

Raúl dudó.

—De la forma en como lo veo, hombre, obtengo mi recompensa de cualquier forma. ¿Por qué no duplicar mi dinero, sabes lo que digo?

Me reí.

—Me imaginé que dirías eso. Bien. Si lo llevas allí, me consigues a mí más los cincuenta millones. Si no puedes hacer que eso suceda, no obtienes nada.

—Yo me quedo con la chica.

—Sí, estoy seguro de que puedes cambiarla por esa cantidad de dinero —respondí con sarcasmo.

—Bien. Pero no sé si Lloyd puede hacer la entrega.

—Te sugiero que lo averigües.

Otra larga pausa.

—Muy bien —dijo finalmente—. Te volveré a llamar. Mejor cuida el teléfono esta vez. No más segundas oportunidades.

—Estaré aquí.

La llamada se cortó y guardé el teléfono en el bolsillo de mi pantalón. Mila estaba en silencio y sólo me miraba fijamente, maquinando todo en su cerebro. Mantuve contacto visual con ella, esperando que las preguntas que veía en sus ojos salieran de su boca. Zoe empezó a quejarse

insistentemente.

—¡Papá!

—Ya voy, cariño.

La cambié, mezclé un biberón y luego la dejé rodar en la cama mientras lo bebía. Me senté cerca, cuidando que no se acercara demasiado al borde. Mila se sentó en la otra cama, frente a mí. La expresión en sus ojos ahora era más dura, oscureciendo con intensidad su mirada.

—No soy psíquico —insinué—. Si quieres preguntarme algo, vas a tener que usar palabras.

—¿Quién cree que vales cincuenta millones de dólares?

Me encogí de hombros.

—Mucha gente, aparentemente. Si Zoe tuviera alguna noción respecto al dinero, espero que esté de acuerdo con mi precio.

—Deja de evadir y dime la verdad, Arbuckle. ¡Ahora! —gritó.

Levanté mis cejas ante su tono.

—Tal y como yo lo veo, acabo de salvarte la vida. ¿Quieres explicarme por qué me estás gritando?

—Porque claramente estás ocultando información que podría costarle la vida a mi amiga, y creo que la has estado ocultando desde que me conociste. ¿Eres parte de todo esto?

Me reí sorprendido, y sus ojos se entrecerraron.

—No —aclaré rápidamente—. Yo no preparé nada, eso te lo aseguro. Ni siquiera sabía lo de tu amiga hasta que apareciste, y no sabía quién estaba detrás de esto hasta que entraron en mi casa.

—¿Quién está detrás de esto?

—El administrador del edificio.

—¡Maldita sea, Leo!

—Está bien, está bien —levanté las manos para rendirme—. El administrador trabaja para un hombre llamado Lloyd Franklin.

—¿El hombre que te contrató cuando eras adolescente?

—El mismo.

—Entonces, ¿por qué te quieren a ti?

Vi su cara, considerando mis opciones. No tenía muchas, pero necesitaba su ayuda. Y no lo haría si lo supiera todo, estaba seguro de eso. Era demasiado buena, demasiado pura. No me quedaba otra opción que manipular la verdad. Tal vez podría salirme con la mía. Confiaba en mí, o al menos eso me había hecho creer hace una hora.

—Lloyd no es sólo un hombre de negocios —dije cuidadosamente—. También es un genio criminal. Dirige todo Sacramento.

—Un hombre no puede dirigir Sacramento —se mofó—. Tiene un gobierno y una policía, como en todas partes.

—Créeme, lo hace. Es poderoso y despiadado. Me ha estado buscando durante un año y medio.

Sus ojos se movían de un lado a otro mientras juntaba las piezas.

—Por culpa de Crystal.

—Sí.

Su barbilla tembló y sus ojos comenzaron a brillar.

—¿Estabas involucrado con la pandilla? ¿Así fue como hiciste tu dinero?

—No —dije con firmeza—. Fui sincero sobre eso. Algunos de los mandados que hice para Lloyd no eran exactamente legales, e hice algunas cosas que preferiría olvidar. Pero mi dinero vino de mis inversiones. Me pagó bien, y eso lo convertí en algo autosuficiente.

—¿Cómo?

—Inversiones. Propiedades, acciones, como te dije. Legal. Por encima de todo reproche.

En realidad estaba orgulloso de ese hecho, pero me puso nervioso que mi fortuna fuera cuestionada por su solidez moral.

—¿Qué tipo de propiedades? —su voz ahora temblaba.

Tragué con fuerza.

—Complejos de apartamentos y alquileres.

—¿Rising Pines?

—No estoy seguro —mentí—. Tengo más de cuatrocientos complejos en alquiler. Es difícil seguirle la pista a todo eso. Por eso tengo gente que lo hace por mí. Pero eso me lleva a mi plan, el que nos saca a todos de esto en una sola pieza.

No estaba preparada para dejarlo pasar. Ella quería una respuesta definitiva, y no podía darme el lujo de dársela. Sabía lo que sentía hacia el propietario. Sin embargo, necesitaba que mantuviera al menos un poco de fe en mí, sólo por un poco más de tiempo.

Zoe me salvó. Se dio la vuelta, puso su cabeza en mi regazo y me sonrió.

—¡Papá! —gritó contenta.

La tomé en brazos y la acurruqué, respirando su fresco aroma de bebé. No soportaba la idea de irme mañana y no volver a verla. Esto tenía que funcionar, y necesitaba que Mila se asegurara de ello.

El teléfono sonó entonces, y yo contesté.

—¿Sí?

—Lloyd no puede hacerlo a las cinco. Haremos el intercambio al mediodía, cuando la oficina esté cerrada para el almuerzo. Rising Pines. Oficina del administrador. Mañana al mediodía.

—Estaré allí.

—Ven solo.

—Sí.

Colgaron y yo suspiré. Le devolví el teléfono a Mila.

—Mañana al mediodía —le hice saber—. Lloyd y su equipo se reunirán conmigo en el mismo lugar. Tengo que ir solo. No aceptarán sustitutos.

Zoe me agarró de la barba y me dio palmaditas en las mejillas, balbuceando como siempre lo hacía cuando estaba completamente contenta. No duraría mucho tiempo. Necesitaba comer algo pronto, o se pondría de mal humor tan pronto como se diera cuenta de su necesidad. Quería disfrutar de su simple alegría todo el tiempo que pudiera. De alguna manera parecía más importante que en otras ocasiones.

Mila nos miraba con ojos humedecidos. Después de un rato, suspiró con resignación.

—¿Cuál es tu plan?

MILA

—No sé cómo va a conseguir todo lo que necesita hoy, realmente no lo sé —me dije—. Debe tener algunas conexiones asesinas.

Me estremecí ante la elección de esa última palabra. Zoe golpeó uno de sus bloques en el suelo, y luego lo regañó en un balbuceo.

—¿Qué hizo el bloque? —le pregunté.

—Malo —dijo, imponente.

—Oh, bueno, eso es una grave transgresión —respondí en el mismo tono. Me recosté de espaldas en el suelo y suspiré—. ¿Cómo puede una niña tan adorable e inocente venir de un hombre así?

—¿Papá?

—Sí, papá. Tu padre ha estado guardando muchos secretos.

Ella ladeó su cabeza hacia mí con curiosidad, arrugando su pequeña frente.

—Te pareces a tu papá cuando haces eso. Debes estar pensando mucho en algo.

—Mm —balbuceó, rebotando en un asentimiento.

Suspiré.

—Tal vez no sea tan malo. No lo sé, sin embargo, ese es el punto. Parece un buen padre. Un poco convencional, pero eres feliz y saludable.

La miré, preguntándome cómo sería su madre. Piel clara, cabello rubio, decidí. A menos que Leo también haya nacido rubio y se haya oscurecido naturalmente con el paso de los años.

—Y esa es la cosa —continué—. Tiene toda esta historia. Historia criminal, estoy absolutamente segura de eso. Fue demasiado cuidadoso al contarme lo que hizo por Lloyd. Al menos admitió haber hecho cosas de las que no estaba orgulloso. Eso es algo, ¿verdad?

Zoe me devolvió el balbuceo, igualando mi tono, y yo sonreí.

—Necesitas más gente con la que hablar. Te gusta hablar, ¿no?

Ella balbuceó de nuevo, pareciendo estar de acuerdo conmigo.

—Y sólo son tú y tu padre. Eso es triste. Me hace querer ignorar todo y amarlos a ambos sólo porque lo necesitan. Esa no es una buena razón para amar a la gente, sabes. Así es como te lastimas.

—¿Dada?

Asentí.

—Recuerda esto siempre. Debes tener ojos de búhos para los sentimientos. No puedes exponerte de esa manera, no puedes hacer las cosas sólo porque se necesitan hacer, sin antes protegerte. El mundo te comerá viva si lo permites. Confía en mí, lo sé.

—¡No! —dijo ella, tocando su nariz.

—No, eso es una nariz —me reí—. Mírame, tratando de tener una conversación con una bebé. Eres una chica divertida, Zoe, pero no estoy segura de que puedas ayudarme.

—¿Yuda? —se puso de pie, se me acercó y empezó a tirar de mi mano—. ¿Upis? ¿Yuda?

Me reí. Ella tiró fuerte, gruñendo con el esfuerzo, y yo me puse de pie. La tomé en mis brazos y la abracé.

—Mira, debes tener cuidado. Te lanzas a ayudar a la gente tan pronto como dicen la palabra. Ese es el tipo de cosas que pueden meterte en problemas. Justamente el tipo de problemas en el que estamos metidos ahora.

—¿Yuda?

Sus grandes ojos eran inocentes y sin culpa, y el surco de su frente me tocó el corazón. Estaba convencida de que los niños nacían inocentes y compasivos, y también sabía lo frágil que eran. Si él no hubiera sido un padre cariñoso y compasivo, probablemente ella estaría menos ansiosa.

—Quieres a tu padre, ¿verdad?

—¡Papá! —contenta, levantó sus manitas y miró a su alrededor.

—Volverá pronto, cariño. Espero que lo haga.

Zoe quería un juguete que estaba en el suelo, así que la bajé para dejarla jugar. Mientras la miraba, todo lo que sabía de Leo me vino a la cabeza.

Arbuckle, Bucky...

Agité la cabeza por no verlo de inmediato. Sospechaba algo, pero nunca fui capaz de preguntárselo.

—Me dejé distraer —suspiré—. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Aunque yo lo había visto. Vi su secreto, su paranoia. Cuando descubrí a Zoe, creí que ella lo explicaba todo, pero no vi más allá. ¿Qué razón podría tener un hombre para esconder a su hija de una mujer extraña a la que estaba ayudando?

—Supongo que ahora sé la respuesta —froté mi cara con ambas manos—. Y supongo que esto significa que tengo que manejar este enamoramiento por mi cuenta. Sería una idiotez enamorarse de alguien como Leo.

Pero era demasiado tarde, y lo sabía. Ya había caído, y muy fuerte. Él me había mentido una y otra vez, y se acostó conmigo mientras aún estaba envuelto en secretos.

—¿Cómo podré confiar en él?

—¿Papá?

—Sí. Ni siquiera sé quién es, en realidad.

—Papá.

—Bueno, sí, supongo que desde tu punto de vista es sólo tu papá. Esa simplicidad debe ser maravillosa. No tienes que cuestionar su fibra moral. Mientras te ame y te cuide y nunca te abandone.

—¡Papá!

Se estaba volviendo insistente.

—Volverá pronto —le prometí—. ¿Tienes hambre?

Tomé un biberón vacío de una de las bolsas y se lo mostré. Se puso roja, levantó los puños y se comprimió en una pequeña bola de rabia. Mis ojos se abrieron de par en par cuando comenzó a gritar.

—¡Papá! ¡Papá, papá, papá!

—¡Está bien! Está bien. Espera. Déjame ver cuándo regresa.

Tan pronto como alcancé mi teléfono, Zoe se disolvió en lágrimas. Abrumada, la levanté y traté de consolarla, pero ella arqueó su espalda lejos de mí y gritó como si estuviera muriendo.

Haciendo malabares entre el teléfono y la bebé, finalmente logré enviarle un mensaje de texto a Leo.

—¿Tiempo estimado de llegada?

—Papá va a volver, tranquila —le murmuré.

El terror golpeó mi corazón. ¿Qué haría esta niña si él no volviera mañana? ¿Cómo se recuperaría de eso? Lo maldije de siete maneras diferentes dentro de mi cabeza mientras trataba, sin éxito, de calmarla.

Mi teléfono sonó y ella me lo quitó de la mano.

—¡Hey! ¡Ese es tu papi mandando mensajes!

—¿Pa-papá? —su furia se convirtió en sollozos suaves y temblorosos, y finalmente me dejó acunarla contra mi pecho.

—Aquí vamos —susurré tranquilamente—. Veamos qué dice.

—Una hora, tal vez dos. Me encontré con algunos problemas —leí en voz alta.

—Zoe también —respondí el mensaje—. Un poco más de velocidad vendría bien.

—Intentaré estar de vuelta en una hora. Dale el oso con el sonajero en la barriga, a ella le gusta ese.

—Oso, oso, oso, oso —murmuré para mí misma mientras buscaba a tientas a través de las bolsas con una sola mano—. ¿Dónde está esa cosa?

Finalmente lo encontré escondido en la esquina inferior de una de las bolsas. Cuando lo saqué, percibí el olor de Leo. Debe haberse acostado con el oso tan a menudo como ella para que tenga su aroma tan arraigado.

—Aquí tienes, nena. ¿Oso?

—Oso —sollozó, aferrándose a él.

Se lo puso en la cara y lloró. Poco a poco, sin embargo, los sollozos disminuyeron. Fueron reemplazados por respiraciones profundas y estremecedoras. Varios minutos después, estaba dormida, acurrucada en una bolita abrazando el oso.

—Cualquier papá que pueda consolar a su bebé con nada más que su olor no puede ser tan malo —murmuré mientras acariciaba sus finos rizos—. Todo el mundo debería tener la oportunidad de pasar página, ¿no?

No era como si realmente tuviera elección en el asunto. Estudié la situación en mi mente, analizándola desde diferentes perspectivas. Lloyd, por ejemplo. ¿Por qué contratar a un adolescente traumatizado sin habilidades para la vida? Para usarlo y ganar su lealtad, obviamente. Leí suficiente Dickens en la universidad para reconocerlo.

Lo que puso a Leo en la incómoda posición de cuidar, estar en deuda e incluso amar a un hombre que no tenía más que intenciones criminales. Por supuesto, no pudo ver esas intenciones siendo tan joven. Pero incluso, aunque pudiera, ¿qué otra opción tenía? Estaba desesperado y sólo cuando lo conoció, y ese hombre claramente no dejaba ir a la gente sin pelear.

—Genial. Ahora estoy racionalizando algo que nunca debería racionalizarse —argumenté con exasperación.

El hombre fue un criminal, y ahora era el fugitivo de una banda. Si su plan no funcionaba, iba a dejar a su hija huérfana. ¿Qué sentido tenía involucrar los sentimientos?

No había un punto. Sólo había un hecho, y el hecho era que estaba completamente enamorada de Leo, de un pasado ajetreado y difícil. Puse a Zoe en su corral y la cubrí con su manta, lejos de su cara. Ella suspiró contenta mientras dormía y se acurrucó cerca del oso.

Me tumbé en el suelo a su lado, mirando al techo, perdida en mis pensamientos. En algún momento debí haberme dormido porque lo siguiente que supe fue que Leo me estaba despertando

suavemente.

—Seguramente te hizo pasar un mal rato —me susurró con simpatía.

—Te extrañó mucho —exclamé, en un tono más acusador de lo que debía.

Hizo un gesto de dolor.

—Esto va a funcionar, Mila. Confía en mí.

—¿Papá?

—¡Hey, cariño! ¿Me extrañaste?

Ella gimoteó y le extendió los brazos. La cargó en un gran abrazo de oso y le acarició la espalda hasta que se rió. Jugó a ser un monstruo con ella, haciéndola gritar de alegría y reír hasta que no podía respirar. Todo el conflicto interno con el que había estado luchando parecía desaparecer mientras los observaba. Por un momento, para todos los presentes, Leo Arbuckle era simplemente papá.

—Muy bien, nena, papá volverá enseguida —le dijo—. ¡Cuando me veas de nuevo, seré un hombre nuevo!

—¿Evo?

Él y yo nos reímos, y la acarició una vez más. Después de entregármela y recoger varias bolsas de compras, desapareció en el baño. Por un momento tuve miedo de que Zoe volviera a llorar, pero no lo hizo. Saber que su padre estaba cerca era suficiente para ella.

Escuché los sonidos de sus diversas abluciones, y traté de imaginarme cómo se vería cuando saliera del baño. Como regla general, asumí que los hombres que mantenían tanto vello facial lo hacían para ocultar sus defectos. Pensé en algunos que podría tener, como lunares, cicatrices y manchas, y los reuní mentalmente en la cara que conocía. El rostro que logré crear en mi mente me hizo estremecer.

Sin embargo, cuando salió del baño, rompió todas y cada una de mis expectativas. No pude evitar mirarlo. Leo Arbuckle era el hombre más atractivo que había visto en mi vida, sin excepción. Me sonrió ampliamente, formando hermosos hoyuelos en sus mejillas. Su mandíbula estaba en perfecta proporción con su sensual boca, y las arrugas alrededor de sus ojos complementaban todo el cuadro.

El traje que llevaba estaba perfectamente cortado, acentuando sus hombros anchos y sus caderas estrechas. El gris suave de su vestimenta resaltaba el verde de sus ojos, haciéndolos absolutamente brillantes. Su cabello, peinado ahora de forma lateral en vez de una masa espesa en la parte superior de su cabeza, era grueso y ondulado.

Nunca había deseado tanto tocar a otra persona en mi vida. Zoe, sin embargo, tenía una opinión diferente. Se giró, esperando ver a su padre, pero inmediatamente comenzó a gritar histéricamente.

—¡Oh! ¡Cariño, cariño, soy yo!

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba con miedo, arrastrándose hacia atrás, alejándose de él.

Vi el destello de dolor en sus ojos y me estremecí internamente. Si se lo tomara como algo personal, reaccionando mal hacia su hija definitivamente me amargaría. Casi esperaba que lo hiciera, eso me daría una excusa para cortar estos sentimientos por él. Pero, por supuesto, no me lo iba a poner tan fácil. Se acostó boca abajo en el suelo sin tener en cuenta su traje nuevo, y se cubrió la cara.

—¡Zoe, cariño! —la llamó.

Ella dejó de gritar, mirando a su alrededor confundida.

—¿Papá?

—¡Sí! ¡Aquí estoy! ¿Quieres ver los ojos de papá?

—Dada.

Bajó un poco las manos para revelar sus ojos, brillantes de adoración por su pequeña. Ella se arrastró hacia él tímidamente.

—¿Quieres ver la nariz de papá?

—¡No!

Lo que claramente significaba que sí. Bajó las manos un poco más, hasta que sólo la mitad de su cara quedó oculta. Se acercó más a ella, quién le pellizcó la nariz. Fingió que lo hacía estornudar, y eso la hizo reír a carcajadas.

—Está bien, nena. ¿Quieres ver la boca de papá?

—Oca.

Lentamente, reveló su labio superior desnudo. Ella frunció el ceño, y luego extendió la mano para tocarlo. Hizo una mueca y tiró de su mano hacia atrás, claramente disgustada.

—Bien, lo guardaremos por ahora —escondió nuevamente su labio superior—. ¿Dónde está la nariz de papá?

—¡No!

—¿Dónde están los ojos de papá?

—¡Ojo!

—¡Ahí! Muy bien —se rió—. ¿Dónde está la oreja de papá?

—Eja.

—¿Dónde está la boca de papá?

Ella le apartó la mano, claramente siguiendo el juego y le tocó la boca.

—¡Oca!

—¡Buen trabajo! ¿Dónde está papá?

—¡Papá! —ella le abrazó la cara fuerza. Él sopló su barriguita, haciéndola reír.

Se alejó de él y lo miró fijamente.

—¿Ves? Sigo siendo yo.

—Dada —dijo contenta, pasando sus manos por su suave mejilla.

—No más barba. Se ha ido.

—¿Adiós?

—Sí, cariño.

Zoe pareció pensarlo un momento, y luego decidió que esta nueva y extraña situación era aceptable.

Los sentimientos que habían estado arremolinándose bajo la superficie de mi conciencia se liberaron. Lo vi jugando con su hija, tomándose todo el tiempo del mundo para asegurarse de que se sintiera cómoda con la nueva situación, y supe sin lugar a dudas que me estaba enamorando de él.

Sin embargo, estaba por ir a enfrentar a unos criminales que lo querían muerto. No iba a dejar que eso pasara, si hubiera algo que pudiera hacer al respecto, lo haría.

—¿Tienes todos los documentos?

—Lo tengo aquí mismo —dijo, dando palmaditas en un nuevo maletín.

—Déjame ver.

LEO

VOLTEÉ LAS PÁGINAS DE NUEVO, revisando cada línea de firma. Mila había trabajado duro todo el día para sellar el lenguaje legal hasta que fuera hermético y discreto. No había nada más que pudiéramos hacer en este momento más que orar, y yo nunca había sido un hombre religioso.

—Creo que está dormida —susurró—. ¿Estás bien?

Asentí pensativamente.

—Si funciona, saldremos victoriosos. Si no lo hace, debemos atenernos a las consecuencias. Hemos hecho todo a nuestro alcance.

Ella suspiró y se frotó la cara.

—Nunca he estado tan asustada. ¿Crees que lo hará? ¿Crees que esto es lo correcto? Quiero decir, parece que sería mejor para ti a la larga darle el dinero y terminar con esto —su frente se arrugó sobre sus grandes ojos azules, llenos de preocupación.

—Lo es. Si le doy el dinero y trato de irme, seguirá buscándome —toqué el maletín de cuero—. Esto asegura que Zoe y yo podamos vivir sin miedo después.

—Sólo si lo cumple —agregó nerviosamente—. Dijiste que estos tipos existen fuera de la ley. Agité la cabeza.

—Lloyd es un hombre de negocios primero, y un criminal después. Prefiere trabajar en el intercambio de poder monetario. La violencia es una carga, y sólo se da el gusto cuando es necesario.

—¿Matarte es necesario?

Asentí.

—Sin esto lo es. Tiene una reputación que proteger. Lo que su gente cree es que yo lo traicioné. No hay garantía de que no lo vuelva a hacer, así que soy una carga. Les ha prometido seguridad financiera y personal. Si no puede hacer eso, pierde el respeto de todos.

—Respeto en el mundo criminal —dijo, arrugando la nariz—. Nunca pensé en eso.

—Es una sociedad como cualquier otra. La palabra de una persona es su mejor moneda, ya sea una niñera o un jefe de la mafia.

—Supongo —miró a Zoe y suspiró—. Es una pena que haya tenido que nacer en esa sociedad.

—No se suponía que fuera así. Cuando era niño, solía pensar mucho en ser padre. No pude pasar mucho tiempo con el mío antes de que muriera, pero él hizo todo lo que pudo para que los pocos minutos que pasamos juntos fueran especiales. Sabía qué clase de padre quería ser gracias a él. También sabía lo que no quería.

—¿Estar trabajando todo el tiempo?

—Exactamente. Quería poder disfrutar de mis hijos. Enseñarles. Viajar por el mundo, mostrarles lugares de los que sólo había leído. Quería darles lo mejor de todo —me tocó la mano

y su calor me conmovió—. Antes de conocer a la madre de Zoe, había decidido que nunca tendría hijos. Había visto demasiada oscuridad en el mundo. Pensé que un día, cuando tuviera suficiente dinero, lo gastaría en niños como yo que no tenían adónde ir.

—Eso es algo noble de querer.

Su fe ciega era como fuego contra mi alma, limpiando toda la basura de mí.

—No lo era en ese momento. Tenía la intención de atraerlos a la pandilla conmigo. Sabía que no podía salir, y sabía que cualquier asociado no iniciado sería considerado como un pasivo. Mi mejor apuesta para proteger a la gente parecía ser atraerlos a la vida que yo tenía.

—Pero tus intenciones seguían siendo buenas.

Me encontré con sus ojos y sonreí suavemente.

—Tienes demasiada fe en mí, Mila.

Fruunció los labios pensativamente y se giró a mirar de nuevo a la bebé.

—No creo que mi fe sea infundada. Eres un buen tipo, a pesar de todo. Otras personas en tu posición podrían haber cedido a las prisas de la criminalidad. Como lo fue el caso de Crystal. Pero a lo largo de todo, nunca dejaste de pensar en los demás. Y cuando quedó embarazada, hiciste literalmente todo a tu alcance para protegerla a ella y a tu hija —me fijó su mirada, sonriéndome tiernamente—. No es que tenga mucha fe en ti. Creo que eres tú quien no tiene suficiente fe en ti mismo.

Tal vez ella tenía razón.

—Todo se reduce a lo que tú crees que es más importante. ¿Intenciones o acciones?

—¿Las intenciones se anulan por acciones sucias?

—Supongo que eso depende de la intención y de la acción. Juzgo las cosas así, caso por caso.

Sus ojos se profundizaron mientras me miraba.

—He visto tu persona, quien eres.

—¿Y quién soy según tú, Mila?

—Eres comprensivo. Compasivo. Generoso. Tus fracasos pesan mucho en tu mente, y eres lo suficientemente fuerte como para llevarlos a las lecciones en lugar de simplemente ceder al peso y liberarte. Eres inteligente, y lo usas para el bien. Tu consideración por los demás contrasta con tu pasado, lo que me dice que ha sido un sacrificio significativo para ti. Uno que estuviste dispuesto a asumir porque tienes un corazón que ama sin condición —señaló hacia Zoe.

No tenía palabras. Incluso si lo hubiera hecho, no habría sido capaz de ponerlos alrededor del nudo en mi garganta. Nadie me había descrito nunca de esa manera. No estaba seguro de cómo procesarlo. La única opción que me quedaba era besarla, así que lo hice. Me devolvió el beso y me tocó la cara con ternura. La sensación de sus suaves dedos en mi piel expuesta hizo que el vello de mis brazos se erizara.

Me alejé, dejando que mis ojos vagaran sobre su hermosa cara.

—Eres especial, Mila.

Ella me sonrió.

—Tú también lo eres. Si esto funciona mañana, serás libre. ¿Qué vas a hacer luego?

Me acosté en la cama, y puse las manos detrás de mi cabeza mirando al techo.

—Compraré un lugar con un buen distrito escolar y un bajo índice de criminalidad. Algún lugar tranquilo, pero lo suficientemente cerca de una gran ciudad para experimentar algo de cultura. Cuando crezca un poco más, la llevaré a Europa y exploraremos castillos juntos —la idea me trajo una sonrisa de ensueño a la cara—. ¿Y qué hay de ti? Ya eres libre. ¿Qué piensas hacer después, aparte de rescatar a tus amigos y hacer viajes de esquí?

—Mi trabajo me consume el resto del tiempo —dijo encogiéndose de hombros—. Si no

tuviera que pagar las cuentas, sería diferente. Haría mucho trabajo pro bono. Inmigración, derecho de familia, demandas de inquilinos, defensa de los niños... Me involucraría en todo eso de cabeza. Tomaría descansos tres veces al año para viajar. Es gracioso que menciones castillos, en realidad. Hay uno en Alemania al que me muero por ir desde hace varios años.

—Deberías venir con nosotros —propuse impulsivamente.

¿Qué estaba haciendo? No quería más mujeres en mi vida, no hasta que mi hija creciera. Pero a Zoe le gustaba y Mila era buena con ella. ¿Sería realmente tan malo?

—Y podría cubrir tus cuentas —continué haciendo a un lado todos los pensamientos—. Podrías hacer todo el trabajo pro bono que quisieras.

Me miró de reojo.

—¿Como niñera o como acompañante?

Me estremecí internamente. Obviamente ella no sentía lo mismo que yo, o me lo hubiera preguntado de otra manera.

—Como tú quieras —me encogí de hombros—. No soy exigente. ¿Quizás una niñera con beneficios? —la miré y moví las cejas con una sugerencia teatral.

Se rió.

—Podría conformarme con eso.

—Ah no, no quiero que te conformes —dije, mirando al techo—. Nadie debería tener que llegar a un acuerdo. Así es como nace el resentimiento.

Ella se estremeció visiblemente. No dije nada al respecto. Dependía de ella corregirme, yo no iba a guiar sus palabras. Se arrastró por la cama y se acostó a mi lado, con la cabeza apoyada en mi hombro. La envolví con mi brazo y cerré mis ojos para deleitarme del sentimiento de su cuerpo contra mí.

—Sólo se sentiría como un acuerdo, porque de ser por mí querría mucho más —murmuró.

Una chispa se encendió justo debajo de mi corazón. Había olvidado cómo se sentía tener esperanza. Sin embargo, la duda luchaba por el dominio en mi pecho.

—Quizá volvamos a esta conversación mañana por la noche. Asumiendo que aún siga vivo.

Enterró su cara en mi pecho y agarró mi camisa con fuerza en su puño.

—Más vale que lo sigas —dijo con fiereza—. O los mataré a todos yo misma.

—Eso sería infringir la ley —me burlé.

—Confío en la ley. Bueno, en la ley y los negocios. Si ambos fallan mañana, me voy a volver loca.

La imagen de ella, pequeña y refinada, enloqueciendo y atacando una multitud de criminales me hizo reír.

—Podrías ganar sólo con el factor sorpresa.

—Estoy contando con eso —sonrió—. Me vuelvo ferozmente protectora con la gente que... me gusta.

Su vacilación y las subsecuentes mejillas sonrojadas trajeron ese aleteo de vuelta a mi pecho. Tal vez ella sí sentía lo mismo que yo. La besé profundamente, y ella tiró de mi cuello hasta que me incliné sobre ella. Sus estrechas curvas encajaban perfectamente en mi palma. La acaricié lentamente, del hombro a la cadera. Me gustaba estar así, cubriendo su cuerpo con el mío.

Sus labios se sentían calientes la piel expuesta de mis mejillas. Su boca se movió lentamente desde mi mandíbula hasta mi cuello. Pasó sus dedos a través de mi cabello, antes de rozar suavemente sus uñas largas por mi nuca.

Se alejó, mirándome a los ojos.

—Vamos a superar esto —susurró.

La besé apasionadamente, y ella me respondió con la misma energía. Estaba al borde de la desesperación. A pesar de su fe en mí y en la situación, estaba dolorosamente consciente de que quizás no regresara de la reunión de mañana. Confiaba en que Lloyd me escucharía, pero mi confianza podría estar fuera de lugar. Muchas cosas habían cambiado en los últimos meses.

—Haces que mi corazón cante —murmuré en su oído.

Un suspiro contento sopló caliente contra mi cuello, y enterré mi cara en su fragante cabello. Quería rodearme de ella, de su tacto suave, de su aroma, de todo. Ella era todo lo que siempre había pensado que nunca podría tener. Quería tocar cada parte de ella, para siempre.

Pero no era el lugar correcto para eso. Me fui rodando y la arrastré conmigo, llevándola al baño. Para ser un hotel tan básico, la bañera era sorprendentemente grande, e incluía burbujas de cortesía.

—¿Te gustaría tomar un baño conmigo? —le pregunté.

—Me encantaría.

Su respuesta envió ondas de anticipación a través de mi cuerpo. El contexto era erróneo, pero no parecía importar. Volviéndome hacia ella, la miré a los ojos. Aparté el cabello de su cara y acariciando su mejilla, permití que una nueva y aterradora emoción me llenara.

—Mila, creo que yo... —mi garganta se apretó contra las palabras, y tuve que tragar con fuerza.

—Yo también —susurró, besando mi mano.

Abrí el grifo de la bañera y vertí la botella de burbujas en el agua. Ella todavía llevaba mi ropa. Se veía mejor de lo que yo nunca podría. Deslizando mis manos bajo la camisa, le sostuve las caderas, y luego la besé suavemente.

Levantó sus brazos alrededor de mi cuello, y pasó su camiseta por encima de la cabeza. Sus dedos bajaban por mi pecho, abriendo los botones con lenta deliberación. Cuando la camisa se abrió, ella trazó círculos en mi piel con sus dedos suaves y ágiles. Mi cuerpo reaccionó instantáneamente a su toque, proyectando una imagen en mi mente de ella desnuda, inclinada sobre la bañera. Enfrí mi sangre. Eso no era lo que quería. Esta vez, no.

Libres de nuestra ropa, empecé a besarla por su frente, su nariz, los labios, hasta llegar a su cuello y hombros. Arrodillándome, acaricié sus hermosos senos y besé su vientre. Podía sentir su respiración y su pulso acelerándose. Trazando besos sobre sus caderas y muslos, alcancé ese punto dulce entre ellos, embriagándome con su sabor.

Se apoyó fuertemente contra la pared con un suave gemido, con sus piernas temblando tras el roce de mi lengua sobre su clítoris. Nunca había estado con una mujer tan sensible a mi toque. Mientras me miraba con ojos oscuros y jadeando de placer, me sentía como el hombre más importante de su mundo. Me levantó para besarme, arrastrando su sabor de mi boca y presionando su cuerpo contra mí con una necesidad palpable.

Me dirigí a la bañera, y cerré el grifo. Entramos en el agua y se sentó de espalda contra mi pecho. La curva de su trasero presionó mi erección de una manera que me hizo estremecer.

Ella se rió.

—Realmente sabes cómo hacer que una chica se sienta sexy —inclinó la cabeza hacia atrás para besarme la mandíbula.

—Eres sexy —acaricié sus senos y abdomen, deleitándome con sus curvas—. Todo en ti es sexy.

—Mm..

Se deslizó sobre mi regazo y sosteniendo mi pene con una mano lo llevó a su entrada. Gruñí, inclinando mi cabeza hacia atrás, cerré los ojos mientras disfrutaba la sensación de hundirme en

ella. El agua se movía a nuestro alrededor como olas en una marea tras su movimiento. Agarré sus caderas para guiarla, pero ella sabía lo que hacía. Mis músculos se tensaron, enviando descargas de placer a través de mí.

Burbujas de jabón resbalaban sobre su firme y redondo trasero, enmarcándolo como una tanga de encaje blanco. Mientras lo envolvía con mis manos, el placer creía acercándose más al clímax.

Ella gimió fuerte, echando la cabeza hacia atrás. La vi temblar y sentí como se estrechaba a mi alrededor.

—¡Oh, Dios, Leo!

Arqueó la espalda, mientras se entregaba al orgasmo. Sentí sus paredes pulsando alrededor de mi pene, llevándome a romper mi autocontrol. Gruñendo, la agarré de las caderas y la penetré con fuerza, una y otra vez hasta que el agua salpicó por los costados. Sus gemidos me llevaron al límite, a alcanzar la liberación que tanto anhelaba. El placer y la felicidad me embargaron a tal punto que casi no podía respirar.

Se recortó contra mí, respirando con dificultad, y acurrucó su cabeza sobre mi pecho empapado. La rodeé con mis brazos, y envueltos en una relajación profunda nos quedamos así hasta que el agua se puso fría.

LEO

DESPUÉS DE UNA noche de sueño agitado y una mañana llena de anticipación, me detuve en el estacionamiento de una tienda de comestibles que estaba enfrente del Rising Pines. Era la primera vez que realmente visitaba ese complejo. Mirándolo ahora, desearía no haber creído en la palabra del asesor inmobiliario sobre el estado de la propiedad. Pintura desgastada, parches en las paredes, equipos oxidados: el lugar era un desastre.

—Ahí está —dijo Mila, arrugando su nariz—. La barriada que empezó todo esto. Quienquiera que sea el dueño tiene mucho por lo que responder.

Sí, lo sé.

Agité la cabeza con desprecio.

—¿Estás listo para esto? —preguntó.

—No realmente —le mostré una pequeña sonrisa—. Pero es ahora o nunca. ¿Recuerdas lo que tienes que hacer?

Ella asintió.

—Si oigo un disparo, espero cinco minutos y llamo a la policía.

—Perfecto.

La besé fuerte y luego salí de la camioneta. Abrí la puerta trasera, me acerqué a Zoe y besé su frente.

—¿Dada?

—Dada volverá enseguida —dije, tocando sus rizos—. Lo prometo.

Estaba decidido a sobrevivir, sin importar lo que pasara o a quien tendría que enfrentarme. Tenía que hacerlo por mi hija. Toqué el peso tranquilizador en mi cadera, sabiendo que en el peor de los casos podría salir disparando. Cerré la puerta, las miré a ambas por última vez y crucé la calle.

Cuando entre en el edificio, y una vez que estuve fuera de la vista de Mila, me detuve por un momento para revisar los papeles que llevaba dentro del maletín. Los que ella conocía y había organizado estaban en perfecto orden. Saqué el último del bolsillo de mi chaqueta, lo desplegué con cuidado y lo colgué en la parte posterior del juego de documentos. Era una lista con los nombres y direcciones de cada una de mis propiedades. Por supuesto, Rising Pines estaba claramente visible en esa hoja.

Se había acabado el tiempo. Inhalando profundamente, empujé la puerta de la oficina. Lloyd me esperaba sentado detrás del escritorio, un poco más calvo y gordo de lo que estaba la última vez que lo vi. Todavía conservaba esa mirada dura y esa sonrisa de satisfacción permanentemente grabada en su cara. Hombres armados estaban a ambos lados de él. A mi izquierda, estaba un hombre con cara de pitbull y una etiqueta en su camisa con el distintivo de administrador, junto

con otro guardia armado. Ambos flanqueaban a una joven de aspecto cansado.

—Rochelle —le dije, asintiendo.

—Amigo de Mila.

—¿Amigo de Mila? —Lloyd se rió—. Srta. Neace, ¿no sabe quién es él?

Apreté la mandíbula.

—Leo Arbuckle —me presenté.

Palideció, lo que hizo que las manchas moradas bajo sus ojos parecieran moretones.

—Bastardo —siseó ella.

—Eres una mujer imprudente —intervino Lloyd—. ¿Sabes que vino a negociar tu liberación?

Ella volteó los ojos y fijó su mirada en el suelo. Claramente había tenido unos días difíciles. Unos cuantos moretones en sus brazos se habían vuelto verdes en los bordes.

—¿Negociar? Ya negociamos, Lloyd. Me tienes a mí y los cincuenta millones de dólares. El cheque está en el maletín. Déjala ir.

Se rió y agitó la cabeza.

—No sabía que eras tan estúpido. ¿Por qué la dejaría ir? Ahora puedo deshacerme de dos problemas a la vez. Ya sabes cómo me gusta la eficiencia.

Sonreí irónicamente.

—Pensé que dirías eso —puse el maletín sobre el escritorio frente a él—. Por eso te he traído una oferta mejor.

Sus ojos brillaron, intrigados. Abrí el maletín y tres de los hombres sacaron sus armas.

Lloyd levantó una mano.

—Tranquilos, muchachos. Veamos qué tiene para ofrecer.

Saqué los documentos.

—Tengo cuatrocientas propiedades en alquiler, incluyendo ésta. Estas propiedades generan más de mil millones de dólares cada año.

El administrador del edificio comenzó a cambiar de pie a pie, nerviosamente.

—Lo que tengo aquí son contratos que transfieren todas mis propiedades a tu nombre. Bueno, de mi compañía ficticia a la tuya. Con algunas estipulaciones, por supuesto.

—Te escucho —frunció los labios y me miró con ojos entrecerrados como solía hacerlo cuando estaba contemplando un negocio sólido.

Parte de la tensión se fue de mis hombros, reemplazada por una inyección de confianza. Estaba de vuelta en mi elemento más cómodo: asesorar a Lloyd.

—Si yo, Rochelle, o cualquier otra persona asociada a mí muere por causas antinaturales o bajo circunstancias misteriosas, la propiedad automáticamente recae en mis familiares.

Levantó las cejas, y luego frunció el ceño.

Seguí adelante.

—Si se me presionan de alguna manera para que acepte un puesto en cualquiera de tus empresas, con o sin nombre, con o sin sueldo, la propiedad pasará a ser mía o de mis parientes más cercanos. Si mis parientes, amigos personales, o yo mismo somos acosados de alguna manera por tí o tus hombres, la propiedad recae en mí o en mis parientes.

—De ninguna manera —intervino el administrador—. Te mataremos y tomaremos tus propiedades, ¿qué te parece?

—Podrías intentarlo —me encogí de hombros—. Pero estos contratos ya han sido presentados. Ni Lloyd, ni su familia, ni sus asociados pueden tocar estas propiedades sin estar de acuerdo con los términos.

—Eso es una mierda —gruñó el hombre furioso.

—Cállate, Emerson. Usted, Srta. Neace, es abogada. Lea esto. Dígame cuáles son los términos. Encuentra los vacíos legales a ambos lados. Me cuesta creer que eduqué tan mal a mi protegido, al punto de renunciar a su fortuna por algo tan patético como tu vida.

Le entregué los documentos a Rochelle, quien retorció sus labios hacia mí con asco mientras los tomaba. Probablemente me lo merecía.

—Por supuesto, traeré a mis propios contadores para que revisen los libros —agregó Lloyd pensativo—. Es posible que no hayas utilizado estas propiedades al máximo de su potencial. Mil millones en cuatrocientas propiedades. En esta economía, eso suena un poco bajo.

—No, eso suena bien —dijo Emerson rápidamente—. No me molestaría en llamar a los contadores.

Lloyd se encogió de hombros.

—Es por eso que yo soy el jefe de Sacramento, y tú eres el administrador de este lugar —señaló vagamente al complejo circundante—. Me lleva a creer que ni siquiera eres bueno en eso. Debes ser bueno en otra cosa, entonces, para pagar ese Mercedes que vi afuera.

Lo miró severamente.

—Estas nuevas propiedades lo distraerán de sus otros negocios —dijo Emerson, sonando desesperado—. No me digas que te vas a ir por lo legal.

—No hay mejor tapadera para los negocios ilegítimos que un imperio legítimo. Ahora cállate, Emerson, y deja que la dama lea.

—Es exactamente lo que dijo —aclaró Rochelle con firmeza—. No hay escapatorias en ninguno de los lados. Tan pronto como firme esto, estará a salvo y no tendrá control ni derecho financiero sobre estas propiedades —me disparó dagas desde sus ojos—. Gracias a Dios.

Me aclaré la garganta y le ofrecí una sonrisa suave. Alargó la mano para devolverme los papeles, pero Emerson se movió al mismo tiempo. Toda mi atención se centró en el cañón de la pistola que me estaba apuntando a la cara.

—¡No te atrevas a darle esos contratos! —el grito de Emerson sonó por toda la habitación.

Lloyd sacó su propia arma y la apuntó a Emerson.

—Baja el arma, muchacho.

—¡Púdrete! —Emerson se giró hacia Lloyd.

Me aparté del camino, bloqueando el cuerpo de Rochelle con el mío. Esto iba mejor de lo que esperaba.

—¿Cuánto has estado malversando? —preguntó Lloyd.

—¿Malversación? ¿Así es como lo llamas? Yo lo llamo un ajuste por el costo de la vida.

Aprovechando la inesperada apertura, me salté algunos pasos adelante en mi plan. Me volví hacia el guardaespaldas que estaba a mi lado.

—Sabes que ese contrato es cerrado. Elimina a la gente pequeña de las ganancias. Todo lo que Lloyd haga de ahora en adelante será suyo. Te vas a quedar sin trabajo, amigo mío.

—¿Qué? ¡Déjame verlas!

El guardia arrancó los contratos de las manos de Rochelle y frunció el ceño. Rápidamente frustrado con el lenguaje legal, hizo un movimiento para romperlos por la mitad.

Lloyd disparó, impactando al hombre en el pecho. Recogí los papeles cuando se le cayeron, agachándome y arrastrando a Rochelle conmigo. Emerson y Lloyd dispararon sus armas al mismo tiempo. Emerson apretó el gatillo dos veces antes de caer, disparando a Lloyd en el hombro y al guardaespaldas en el pecho. El arma de Lloyd se accionó al recibir el tiro, enviando una bala que traspasó el cuello del último hombre.

Cuatro muertos y un herido. No podía esperar más. Agarré a Rochelle con una mano y los

contratos y mi maletín con la otra, y salí corriendo hacia la puerta.

MILA

MI DEDO FLOTABA tembloroso sobre el número 9 de mi marcador. No había sido solo el disparo que esperaba, se había escuchado una ráfaga de ellos. Era casi imposible que alguien saliera vivo de allí, pero mantuve mis ojos pegados al espejo retrovisor. Dos minutos después de escucharse el último disparo, Leo apareció por la puerta, seguido de cerca por Rochelle.

Mareada por el alivio, suspiré y me desplomé contra mi asiento. Llegaron a la camioneta en menos de diez segundos, y saltaron dentro.

—¿Trajiste un bebé? —gritó Rochelle.

Leo no respondió, sólo encendió el motor y aceleró rápidamente. Ambos estaban manchados de sangre, y ella parecía haber pasado por un infierno.

—¿Mila? ¿Este es tu amigo? ¿Sabes quién es él?

—Um, ¿Leo Arbuckle?

Me empujó un papel.

—Al final. Mira.

Fruncí el ceño, dándome cuenta rápidamente de que se trataba de la lista de propiedades que le había recomendado que incluyera en el contrato. Lo había rechazado, afirmando que la intención era suficientemente clara sin él. Allí, al final del documento, estaba Rising Pines.

—¿De verdad? —me giré hacia Leo—. ¡Ese lugar es tuyo! ¡Sabías que era tuyo! ¡Me mentiste! Apretó la mandíbula.

—Necesitaba tu ayuda para hacer esto. Dime, ¿habrías estado tan ansiosa por ayudarme con la parte legal de esto si lo supieras?

—¿Para recuperar a mi amiga? ¡Absolutamente! Pero yo no habría... —me tragué el resto de la frase.

No quería que ella supiera que me había acostado con el señor de la favela. Al menos no hasta que tuviéramos la oportunidad de hablar de todo.

—Ah, —exclamó Leo simplemente, comprendiendo todo.

—¿Sabes cómo vive esa gente? —preguntó Rochelle—. ¿Cuántos años tiene esta chica? —sacudió el pulgar hacia Zoe, que la miraba con ojos grandes y preocupados.

—Año y medio —respondió él entre dientes.

—Pues ella tiene el doble de tamaño del hijo de mi prima. ¿Sabes por qué? Porque mi prima no puede mantenerlo sano. Entre las alimañas y el moho, ese edificio ha intentado matar a su bebé cinco veces en el último año. Sin mencionar a todas las demás personas que viven allí. O el hecho de que sigues subiendo el alquiler. Mil dólares puede que no le parezcan mucho a un millonario como tú, pero es difícil de acumular para la gente que tiene que trabajar por su dinero.

Agité la cabeza con asco.

—No puedo creerlo. Construyendo tu fortuna sobre las espaldas de otras personas, y fingiendo que te importan todo el tiempo. Sólo... llévame a casa.

Se formaron lágrimas calientes en mis ojos y aparté mi cara de él, para mirar por la ventana.

—¿Así de fácil? —su voz era apretada y fría.

—Sí. Así de fácil. La dirección es 4750 Lake Street. Déjanos y olvídате de mí.

—Hecho.

Mi corazón se rompió con esa palabra, y no pude evitar que las lágrimas corrieran por mi cara. Me negué a dejar que me viera así y mantuve mi rostro bien apartado de él. Los siguientes veinte minutos pasaron en un silencio tenso, y mi cara ya estaba seca cuando se detuvo frente a mi edificio.

—Tan pronto como pueda llamaré a una grúa para que busque mi auto. No seguiré estropeando la belleza rústica de tu propiedad.

Las palabras salieron ácidas de mi boca, y por el rabillo de mi ojo lo vi hacer un gesto de dolor .

Bien. Siente ese dolor, magnate.

—Adiós, Zoe. Estoy segura de que tu padre te dará una buena vida.

Iba a extrañar a esa hermosa niña y sus rizos. Esperaba fervientemente que ella, de alguna manera, pudiera crecer sin la misma crueldad elitista que su padre había desarrollado. Mientras Rochelle y yo caminábamos hacia las escaleras, me aferré firmemente a mi autocontrol. Me negué a mirar atrás. Oí la camioneta rugir aun estacionada, hasta que estuvimos fuera de la vista, y luego arrancó.

La tensión salía de mi cuerpo mientras abría la puerta y entraba, inhalando el aire algo húmedo. Rochelle entró detrás de mí, aún furiosa.

—Voy a usar tu ducha —dijo ella—. Luego tú y yo vamos a tener una charla.

—Me parece justo. Puedes tomar la ropa que necesites.

Era un poco más alta que yo, pero también más delgada. Nos habíamos prestado ropa durante tanto tiempo que la mitad de mi armario estaba lleno de sus cosas, y viceversa. Ella agarró varias prendas sin decir una palabra más, y luego cerró la puerta del baño.

—Esto va a llevar tiempo —me dije con un suspiro.

Revisé mi armario, de repente desesperada por quitarme la ropa de Leo. Después de cambiarme con polainas elásticas, un vestido y un suéter caliente, fui a la cocina a hacer café. Rochelle y yo siempre resolvíamos nuestros problemas tomándonos una taza o dos. Esperaba que la magia de la rutina funcionara para un problema tan grande como este. Sentía que sí, especialmente después de una ducha y un cambio de ropa.

Recordando que probablemente no había comido por un tiempo, hice sándwiches para acompañar el café y puse todo en mi mesita junto a la ventana que daba al patio, que ahora era gris y triste, pero solía estar lleno de color y vida en la primavera. Los cardenales saltaban entre los árboles, y yo dejé escapar un aliento largo y fácil. Contenta de estar en casa.

—Eso huele bien.

Rochelle, salió del baño con un traje similar al mío, con una toalla rosa alrededor de su largo cabello negro. Se sentó frente a mí y miró por la ventana, soltando su propio suspiro.

—Lo siento —dije inmediatamente—. No sabía quién era. Bueno, quiero decir, no sabía que era el dueño de ese edificio.

Ella agitó la cabeza.

—Me lo imaginaba. Si estuvieras desvariando sobre la situación... y asumo que lo estabas... él no habría estado muy dispuesto a confesar —me miró por el rabillo de sus ojos—. Especialmente

si se quería acostar contigo.

El hielo se asentó en mis entrañas.

—Sí. Eso fue lo que pasó.

Suspiró y agitó la cabeza.

—¿Cómo?

—Choqué con un árbol en su propiedad. Se avecinaba una tormenta y tuve que quedarme con él unos días. Busqué las maneras de llegar hasta Sacramento para ayudarte. Intenté que me ayudara, pero no lo hizo. No hasta que un grupo de gente irrumpió e intentó matarlo.

—Los chicos de Raúl —asintió pensativa—. En cuanto les dije dónde estaba su propiedad, la mitad de ellos se fueron. Así fue como recuperé mi teléfono, se habían reducido a cuatro personas y decidieron que beber y jugar al póquer era una forma productiva de pasar el tiempo.

—Supongo que eso fue algo bueno. Siento no haber podido llegar antes.

—No es tu culpa. Además, los oí hablar. No serviría de nada si conseguías el dinero o no, me iban a matar a pesar de todo. Soy una gran amenaza, supongo.

—¿Qué pasó dentro?

Se estremeció.

—Criminales violentos siendo violentos, y el Sr. Millonario instigando más violencia. Todos murieron menos uno. Probablemente delatará a Arbuckle, luego todos se irán y la propiedad volverá al condado o a quien Arbuckle haya asignado legalmente.

—No creo que sea así. Él y yo lo hablamos anoche. Dijo que era probable que la situación explotara. Son todos miembros conocidos de una pandilla. Tienen cero credibilidad. Si sólo queda un tipo, probablemente va a cargar con la culpa de todo, eso si fue tan estúpido como para quedarse hasta que la policía llegara. ¡Oh! —me puse una mano en la boca, con los ojos bien abiertos.

—¿Qué pasa?

—Lo olvidé, se suponía que llamaría a la policía cinco minutos después de que empezara el tiroteo. Ustedes salieron tan rápido, y luego todo el mundo estaba discutiendo, y... Bueno, alguien más probablemente lo escuchó.

Agitó la cabeza.

—Aunque lo hicieran, no llamarían. No en ese vecindario. La violencia de las pandillas es un hecho en sus vidas. Todos lo evitan. Lo último que quieren es que llenen a tiros su casa por ser un soplón.

—Oh. Entonces supongo que se escapó.

—Probablemente sea mejor así. Alguien se tropezará con la escena del crimen. Seguramente ya lo han hecho. La investigación terminará allí. Atribúyelo a la violencia de las pandillas —tomó un sorbo de su café—. Lo que significa que Arbuckle seguirá teniendo control sobre la propiedad, y todos los que vivan allí seguirán en un infierno.

—Pero ahora sabes a quién pertenece y dónde encontrarlo. ¿Eso no agilizará el proceso?

Me miró de forma extraña.

—¿Y te sentirías cómoda destruyéndolo conmigo? ¿Después de que te acostaras con él y que me salvara la vida?

—Me mintió, dejó que esa gente sufriera, fingió ser una persona buena y decente... —mi voz empezó a temblar y tragué con fuerza—. Sí. Destruyelo.

—Si estás segura de eso, entonces lo haremos —se encogió de hombros—. Tendrá que arreglar el lugar, o lo derribaremos. Punto. Fin de la historia. Demonios, si llevo esto a juicio, podrían multarlo y hacerle pagar por los alquileres elevados. No es que no pueda permitirselo.

—Cierto.

Hablar de Leo me hacía doler el corazón.

—¿Estás bien?

—No. Pero es culpa mía. Sabía que no debía enamorarme de un tipo así. Conocía su historia, pero no sabía hasta dónde llegaba.

—Todos cometemos errores —apretó mi mano con simpatía—. ¿Recuerdas a ese Damián con el que salí en la facultad de derecho?

—Oh, Dios —me reí—. El que siempre argumentaba “Hitler técnicamente no violó la ley”. Lo aguantaste tanto tiempo. Estuve tan consternada por eso.

—Pensé que podría evitarlo —dijo ella riendo—. Estaba aprendiendo mucho de él, prácticamente lo estaba usando. Era un desafío, y ya sabes cómo me gustan los desafíos.

—Ambas lo hacemos. Pensé que si podía convencerlo de que me contara sus secretos, podría salvarte a ti y a él a la vez.

Levantó una ceja, incrédula.

—¿De qué creías que necesitaba ser salvado?

Suspiré.

—Parecía solitario y triste. Pensé que podría ayudarlo. Era cálido, divertido y encantador, pero me di cuenta de que sus secretos le pesaban mucho. No me parecía justo que un tipo tan bueno sufriera tanto.

—Bueno, al menos sabes que ahora se lo merece. Aunque me siento mal por la bebé.

—Es un buen padre. Realmente lo es. Por muy terrible que sea, la ama. Tendrá una buena vida, aunque sea a expensas de otras personas.

—Crecerá, y algún día se dará cuenta de quien ha sido su padre. Entonces, tendrá que decidir qué tipo de persona es ella.

Asentí con tristeza.

—No pensé en eso. Espero que ella elija ser una buena persona, a pesar de su padre.

—Que su ejemplo le sirva mejor de lo que nos ha servido a nosotras, ¿verdad?

—Absolutamente. Hablando de eso, ¿por qué le dijiste a tu madre que ibas a tomarte un fin de semana largo? Ella habría llamado para reportar tu desaparición, y la policía podría haber ayudado.

Retorcí sus labios con una irónica sonrisa.

—Porque sí lo iba a hacer. Después de hablar por teléfono contigo, me lo pensé dos veces y decidí irme a Belice por unos días para dejar que la situación se enfriara. Llamé a mi madre para decírselo y luego salí a sacar la basura antes de comprar los boletos.

—Oh no.

—Sí. Me secuestraron apenas salí. Ni siquiera cerré la puerta. Mi apartamento probablemente esté destrozado.

—Dios mío. Así que ni siquiera fuiste a verlo esa mañana.

—Ni siquiera me dieron la oportunidad de presentarme. Probablemente pensaron que la situación era demasiado sospechosa para que cualquier persona cuerda se presentara. Iba a hacerlo de verdad. Estaba lo suficientemente enfadada.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche?

—Probablemente. Pero quiero ver que tan grande fue el daño en mi apartamento. No podré dormir si no lo sé.

—Muy bien, termina de comer y llamaré a un Uber. Mi auto sigue en la montaña. Tendré que lidiar con eso pronto.

—He terminado —dijo, señalando su sándwich a medio comer—. Creo que mi estómago se encogió.

—Malditos. No sabes cuánto lo siento, Ro.

Se encogió de hombros.

—No fue tu culpa, cariño. Aunque debo admitir que por un minuto pensé que lo era, cuando él dijo su nombre, pero supongo que todo fue un montón de extrañas coincidencias.

—Espero que a eso se resuma todo. Sin embargo, me he estado preguntando si Leo trabajaba con ellos, al menos al principio. Eso explicaría cómo escapamos vivos de su casa, y por qué no me trajo aquí ese primer día. Pensaba que era otra cosa, pero ahora no lo sé.

—¿Qué pensabas que era?

—Me dijo que había estado escondiendo a su hija de la pandilla, que nadie sabía que ella existía, y que no podía arriesgarse a que yo la viera. Pero no lo sé. Se estuvo comportando muy imprudentemente al final, lo que contradujo totalmente su argumento del principio.

—Así que tal vez te mintió sobre todo.

Mi corazón se hundió más de lo que pensaba que era posible. Probablemente tenía razón.

LEO

TAL VEZ ERA enfermizo llorar a un hombre como Lloyd. Por tanto daño que hizo en el mundo no merecía ser recordado o extrañado. Pero él había sido un padre para mí desde muy joven, y su muerte me dolió. Perder a Mila el mismo día fue casi insoportable. No hubiera podido enfrentar la pérdida de mi casa también, aunque sabía que tenía que ir y evaluar los daños reales.

Pasé cuatro días más en el hotel, inmerso en una neblina de depresión y paranoia. Estaba casi convencido de que venían a quitarme el resto de mi mundo. Mi hija.

Zoe fue la única razón por la que escapé. Después de tantos días encerrados en la habitación, se estaba volviendo loca.

—¡Adiós! —agarró su oso y apuntó a la puerta, frunciendo el ceño—. ¡Adiós!

—Nos iremos pronto, cariño —le dije, luchando con mi propia inercia.

—¡No! ¡Adiós! —se sentó en el suelo y empezó a llorar.

La levanté para calmarla, pero ella se lanzó hacia atrás, haciendo una flexión completa en mis brazos.

—¡Vete, vete, vete!

—Bien —suspiré—. Vale, nos vamos.

Estaba demasiado molesta como para reconocer que me había ganado y continuó gritando mientras la dejaba en el suelo. Después de mezclar un biberón para el camino, empecé a empacar nuestras cosas. Me di cuenta de que me había permitido convertirme en un vago en los últimos días. Todas nuestras cosas estaban esparcidas al azar por la habitación, la ropa sucia era indistinguible de la limpia, y realmente debí haber limpiado la mesa más de una vez.

Después de unos minutos, se dio cuenta de que estaba empacando. Se calmó con unos largos y temblorosos alientos, y luego se frotó la cara con sus manos gorditas.

—¿Adiós?

—¡Sí! ¡Nos vamos!

—¡Yay!

Aplaudió y luego se sentó, mirándome mientras terminaba de recoger nuestras cosas. Quería asegurarse de que no faltara a mi palabra.

—Muy bien —dije mientras guardaba su corral plegado en su bolsa—. ¿Estás lista?

—¡Adiós!

Cargando las maletas en una mano y a ella en la otra, salimos de la habitación. No estaba seguro de lo que debía hacer ahora, pero al menos me sentía más capaz de hacer algo. El viaje de subida a la montaña fue tranquilo y sin incidentes. No hubo más nevadas desde la gran tormenta, así que el tráfico era pesado pero se movía rápidamente.

Zoe se durmió media hora después, dejándome solo con mis pensamientos. Encendí la radio

para ahogarlos. Y por supuesto, la primera canción era una deprimente letra de amor. Cambié la estación para oír a un tenor cantar sobre cómo la quería de vuelta. Gruñendo, presioné el botón de encendido con mucha más fuerza de la necesaria.

Cuando llegué a la cabaña, fue como recibir un puñetazo en el estómago. Las únicas estructuras que quedaban en pie en los restos todavía humeantes eran las dos paredes de piedra y sus chimeneas. Todo lo demás era un desastre de escombros y cenizas. Detuve la camioneta y salí. Quería vomitar. Yo mismo había construido ese lugar desde cero. Su destrucción total rompió un pedazo de mi alma.

Una camioneta desconocida apareció en el camino y yo me giré, con la mano sobre el arma en mi cadera. Se detuvo detrás de la mía, y un hombre delgado con gafas gruesas y una nariz prominente salió con un sobre amarillo en la mano. Sus ojos se abrieron de par en par ante las ruinas que había detrás de mí.

—Um, ¿Leo Arbuckle?

—Ese soy yo —dije tenso.

—Vaya, ¿qué pasó aquí? Lo siento, no es asunto mío. Soy un mensajero del abogado Horace Leeds. Esto es para ti —agitó nerviosamente el paquete, mirando furtivamente a las ruinas.

—De Rochelle, apuesto —le quité el sobre—. ¿Algo más?

—Sí, sólo firma esto, por favor —me entregó una almohadilla electrónica—. Es muy importante que se ponga en contacto con el Sr. Leeds lo antes posible. Ha solicitado una reunión con usted esta noche en su oficina. ¿Puedo decirle que estarás allí?

—¿Esta noche? Ella trabaja rápido, ¿no?

—Lo siento, señor, el Sr. Leeds es un hombre. No estoy seguro de a quién se refiere.

—Claro que no —dije con una sonrisa sarcástica—. Te diré algo, conoceré a este abogado amigo tuyo, pero no en su oficina. Estoy un poco paranoico, él lo entenderá. ¿Dónde está su oficina?

—Sacramento.

¿No puedo escapar de esa estúpida ciudad?

—Bien. Que se reúna conmigo en el restaurante mexicano de la 12 y Riley. Lo discutiremos en la cena.

—Por supuesto, señor, gracias. ¿A qué hora?

—Me iré de aquí tan pronto como tu camioneta esté fuera de mi camino. Dile que en dos horas.

—Muy bien, gracias señor. Um, discúlpeme.

Se deslizó tras el volante y torpemente dio la vuelta con su vehículo, casi chocando con el mío en el proceso.

Me subí a mi camioneta y tiré el sobre pesado en el asiento del pasajero. No era necesario leerlo. Sabía lo que decía. Me molestaba que siguiera adelante con la demanda y que la retomara tan rápido. Comprendí que era su pasión y que la situación requería atención inmediata. Aún así, sentía que debía darme unos días más para procesar todo antes de llevarme a la corte.

El viaje a la montaña no fue mejor que el viaje de regreso. Zoe ya estaba despierta, lo que habría sido un alivio si no fuera porque estaba de mal humor al estar aún encerrada en su asiento de seguridad. Ella quería desesperadamente volver a casa. No sabía cómo decirle que no había un hogar al que volver. ¿Cómo le explicas eso a un bebé?

Un par de horas más tarde estábamos atravesando las puertas del restaurante. El abogado era fácil de identificar entre la multitud. Estaba solo en una mesa, con las manos cruzadas sobre una pila de papeles. Tenía un bigote rubio y una barba gruesa, ambos al estilo de un viejo caballero

sureño. Su traje estrecho y sus brillantes gemelos acentuaron la impresión. No era el tipo de persona con la que imaginaba que Rochelle trabajaría, pero ¿qué sabía yo? Apenas conocí a esa mujer antes de que me expulsara de la vida de Mila.

Zoe estaba mucho más contenta ahora que estábamos haciendo algo. La cambié en el baño antes de acercarme al hombre, y sonreía en mis brazos cuando llegamos a la cabina.

—¿Leeds? —le pregunté.

—Sí. ¿Sr. Arbuckle?

—Sí.

Puse a Zoe en una silla alta de bebé, pero al instante empezó a quejarse. La tomé otra vez en brazos y la senté en el asiento de la cabina a mi lado.

—Sr. Arbuckle, la razón por la que le pedí que se reuniera conmigo...

—Sé el por qué, y puedes decirle que estoy en ello. Puede pedir una inspección en 60 días y estará lista. ¿Eso es todo, o tengo que firmar algo a tal efecto?

Su frente se arrugó.

—Sr. Arbuckle, no tengo idea en qué problemas legales se ha metido, pero le aseguro que no es asunto mío. ¿Tuvo tiempo de leer el paquete que le envié con mi mensajero?

—¿Esto? —lo sostuve y lo puse sobre la mesa—. No. No vi la necesidad. Sólo una persona sabe dónde encontrarme y esa persona sólo tiene una cosa que decir.

Pareció pensativo por un momento.

—Eso puede ser cierto ahora, pero no lo fue la semana pasada. Sr. Arbuckle, ¿sabe que Lloyd Franklin falleció?

Me quedé paralizado, mirándolo.

—¿Qué?

Por supuesto que lo sabía, pero no podía ver la situación con claridad. Fruncí el ceño ante el paquete, preguntándome si era demasiado tarde para leerlo ahora.

—Sí. Una tragedia terrible —Leeds parecía casi aburrido—. Pero como sabrá, no es del todo inesperado. Murió como resultado de un altercado violento, probablemente riña entre pandillas. ¿Está al tanto de sus desagradables negocios?

—Lo estoy.

—Entonces también entenderás la gravedad de la situación. Un vacío de poder en su lugar tiene consecuencias volátiles. Afortunadamente, hizo arreglos para evitar esas consecuencias.

Sacó algunos papeles grapados de la pila que tenía frente a él. Zoe agarró la botella de ketchup, se la quitó y la puse lejos de su alcance. Luego empezó a sacar servilletas del dispensador y a lanzarlas al aire. Decidí dejarla.

—Este es el testamento del Sr. Franklin. Detalla cada uno de sus activos, negocios y asociados. Obviamente esto se ha mantenido en secreto. Por lo que sé, ninguno de sus asociados ha sido informado de su muerte todavía. Las fuerzas del orden lo mantienen en secreto, por razones obvias.

—¿Entonces por qué me lo dices?

Leeds se aclaró la garganta, y luego deslizó el testamento sobre la mesa hacia mí.

—Usted, Sr. Arbuckle, ha sido nombrado como único beneficiario. Toda empresa comercial, legítima o no, es ahora suya. Puede comprobarlo usted mismo en la última página.

Tragué con fuerza y busqué la última hoja. Mi nombre completo, número de teléfono y dirección real estaban en negrita junto con una declaración legal que me transfería todo lo que había en el paquete.

—Esto fue notariado hace un año —repuse—. Él sabía dónde encontrarme.

—Por supuesto.

Fruncí el ceño, confundido.

El abogado se movió un poco en su asiento y suspiró.

—Verá, Sr. Arbuckle...

—¿Cómo estamos esta noche? ¿Están listos para ordenar, o necesitan unos minutos más? —la animada camarera nos sonrió alegremente como si no hubiera interrumpido la mayor revelación de mi vida.

—Puré de manzana para la bebé y un plato de enchiladas para mí —ordené rápidamente, tratando de deshacerme de ella.

—Yo quiero... Oh, Dios mío, todo se ve muy bien. Hmm...

—¿Leeds?

—Lo siento. Para mí el burrito de pollo con salsa extra.

—¡Perfecto! ¿Quieren algo de beber?

—Aguas para todos, por favor.

Leeds me miró fijamente pero no discutió. La chica nos agradeció, tomó nuestros menús y se fue.

—¿Dónde estaba? Oh, sí. El Sr. Franklin abrió su propia investigación después de que usted desapareciera. Determinó que su novia estaba actuando por su cuenta, y que usted probablemente no estaba al tanto de la situación hasta después de que sucedió. También descubrió que estabas esperando un hijo, y que había sobrevivido. Cuando hizo esa llamada desafortunada, no sabía que estaba embarazada.

—No fue así. No le creo ni una palabra.

—Le aseguro que el Sr. Franklin no tenía ni idea hasta después de lo sucedido. Él mismo lo localizó bastante rápido con la intención de resolver la brecha de seguridad. Cambió de opinión cuando lo vio con la niña.

—¿Entonces por qué no quitó el precio por mi cabeza?

—Baje la voz, por favor. ¿Realmente cree que podría haberlo hecho? Sin embargo, tengo la responsabilidad de informar a todos sus asociados y empleados de toda la verdad sobre su muerte, incluyendo la declaración de que usted es su sucesor.

—Se rebelarán.

—Eso no lo sabemos. El estado de cuenta incluye la congelación total de todos los activos en caso de su fallecimiento prematuro. Como su albacea, tengo el poder de cerrar todos los flujos financieros. Si estas personas valoran su dinero, y ambos sabemos que lo hacen, no se atreverán a atentar contra usted.

Nuestra comida llegó entonces. Le di a Zoe su puré de manzana y unos bocados de mis enchiladas. Ella chupaba más de lo que masticaba y hacía un desastre en su ropa. Estaba contenta y tranquila, así que no la detuve.

Leí el resto del testamento mientras comíamos. Seguir los negocios de Lloyd sería un viaje por una madriguera de conejos, pero él se había asegurado de fijar los lineamientos claramente. Corporaciones ficticias, negocios legítimos, vínculos políticos, y debajo de todo eso el círculo del crimen.

—Era un hombre ocupado.

—Lo era. Confiaba en que usted podría ocupar su lugar. No lo conozco, Sr. Arbuckle, pero fui el abogado del Sr. Franklin durante veinticinco años, y puedo decirle que esos zapatos son muy grandes.

—¿Puedes continuar como mi abogado?

—Preferiría que así fuera, sí.

—¿Estás involucrado en las mismas cosas en las que él estaba involucrado?

—Sólo adyacentemente. Yo manejo los asuntos de mis clientes, Sr. Arbuckle. Y no juzgo moralmente esos asuntos.

—Bien. Estoy harto de los juicios morales.

Sonrió brevemente.

—Muchos de mis clientes comparten esa opinión.

—Estoy seguro de que sí —escaneé el papel de nuevo, y una idea empezó a formarse—.

¿Cuántos de estos negocios son capaces de funcionar sin los otros?

Leeds frunció el ceño.

—Es una pregunta complicada, Sr. Arbuckle. ¿Está pensando en una liquidación?

Agité la cabeza.

—No. Estoy viendo las opciones.

—Por supuesto. Cada negocio es rentable por derecho propio, el Sr. Franklin se aseguró de ello. Sin embargo, todos son propiedad de Franklin Investments, por lo que el dinero se mueve más libremente en las empresas superiores.

—¿Y las inferiores?

Sacudió su mano de un lado a otro tímidamente.

—Me temo que la situación es más volátil. Esas empresas consumieron gran parte del tiempo y la atención personal del Sr. Franklin, mientras que los otros negocios eran administrados muy bien por sus diversos directores generales.

Asentí, comprendiendo. Lloyd se las había arreglado para que sus negocios legítimos pudieran funcionar sin él.

—¿Cómo es la situación actual con esto?

—Por el momento, estable. Todos los acuerdos que se establecieron antes de la muerte del Sr. Franklin siguen siendo válidos. Parece que sus asociados aún no saben que ha fallecido. Esa no es una situación en la que puedas confiar por mucho tiempo. Alguien descubrirá su ausencia, más pronto que tarde me temo.

—¿Tiene información pertinente al respecto?

—Sí, pero prefiero repasar los detalles en privado. Mi oficina está cerca.

Zoe me miró con sus grandes y confiados ojos. Había jurado una y otra vez que la mantendría a salvo. Si alguien más tomara el lugar de Lloyd, nunca podría garantizar su seguridad. Si estallara una guerra por el vacío de poder, estaríamos en el fuego cruzado. No había olvidado que uno de los guardias se había escapado con vida. En cuanto empezara a hablar, volveríamos a ser los más buscados por el inframundo.

Asentí.

—Muy bien. Hagamos esto.

MILA

—¿PUEDES soltar ese teléfono? ¡Se supone que debemos relajarnos! —me frunció el ceño desde su silla de playa.

—No puedo relajarme. Te quiero, Rochelle, pero ojalá me hubieras dejado en casa trabajando.

—Han pasado tres meses, Mila, y has trabajado todos los días. Estas no son vacaciones. Son todos tus fines de semana a la vez.

—Tal vez me apasione mi trabajo —dije obstinadamente mientras le echaba otro vistazo a mi teléfono.

Ella se acercó, me lo arrebató, y luego lo tiró en la bolsa de playa a su lado.

—O tal vez estás huyendo de tus sentimientos. ¿Aún no has procesado todo lo que pasó en Rising Pines?

—¿Y tú lo has hecho?

—Sí —admitió con confianza—. Me mudé de mi apartamento, me ha ido bien en la terapia, mudé a mi prima y a su hijo conmigo para que no tuviera que pensar en el problema de inmediato, y ahora que me siento mejor, voy a enfrentarlo de nuevo. Mi terapeuta señaló que litigar desde un lugar de venganza sería malo para mi salud mental y mi carrera, así que me tomé el tiempo para trabajar en mi primero. Sabrías todo esto si hubieras sido localizable.

—Sabía que si me localizabas tan fácil me harías hablar de ello.

—Exactamente. Así que habla.

Suspiré.

—¿Entonces piensas reabrir el caso cuando volvamos a casa?

—Presentaré los papeles tan pronto como el avión aterrice. No es de eso de lo que quiero que hables, y lo sabes.

Agité la cabeza.

—No tiene ningún sentido. Sólo estuve con él por unos días. Ni siquiera lo conocía realmente, sólo... creí que lo conocía. ¿Por qué no puedo olvidarlo?

—¿Lo has intentado?

—¿Por qué crees que he estado trabajando tanto?

—No con trabajo —puso sus ojos en blanco—. Como mi madre siempre decía, la mejor manera de superar a alguien es pasar por debajo de otra persona.

—Ese es un consejo terrible.

Se encogió de hombros.

—Siempre me ha funcionado. No tienes que llegar necesariamente al sexo, pero al menos divertirte un poco. ¡Mira a tu alrededor! Estamos en Belice, hay hombres guapos, musculosos y

bronceados por todas partes. Si sacaras tu nariz de ese teléfono, los verías.

—Los veo —dije amargamente—. Simplemente no me importa. No soy como tú, Rochelle. Se necesita algo más que buen aspecto y encanto para que me interesen.

—Me haces parecer fácil —replicó, más divertida que enfadada—. No hay nada que te impida mirar. Ninguna ley dice que tienes que acostarte con alguien, sólo coquetear un poco. Te sentará bien.

Suspiré, examinando la playa. Ella tenía razón, había montones de hombres atractivos. Una niña chillaba feliz mientras su padre la arrojaba al aire, y rápidamente llamó mi atención. Músculos gruesos, buena sonrisa, cabello castaño... y una mujer, que se le acercaba corriendo a regañarlo por tirar a la bebé de esa manera. Se rió y la rodeó con su brazo libre, besándola juguetonamente en la boca.

—Todos los interesantes están ocupados. Devuélveme mi teléfono.

Me miró de forma extraña.

—¿Es al hombre a quien echas de menos, o a su bebé? Tienes toda una vibración maternal rodeándote en este momento.

—No lo sé. Quiero decir, definitivamente la extraño. Pero tan pronto como dejo de trabajar, tan pronto como cierro los ojos para acostarme, o dejo que mi mente se calme aunque sea un poquito, todo lo que puedo ver son sus ojos.

—Debe haber sido un gran amante —agitó la cabeza—. Los chicos malos siempre lo son.

—No fue eso lo que me atrapó. Todo lo contrario. Fue la forma en que cuidaba a Zoe y la atención que le daba a su casa. La forma en que siempre parecía estar tratando de hacer el bien a pesar de su situación, y... —me froté la cara con las manos—. Supongo que no quiero creer que todo fue una mentira.

Se quedó pensativa un rato, mirando al mar.

—No hay nada peor que un hombre malo haciendo el papel de hombre bueno y envuelto en músculos. Hazte un favor, Mila. Enfádate. ¿Cómo se atrevió a engañarte así? ¿Qué clase de hombre manipula a una mujer con su hija? Hazlo un villano en tu mente. No puedes dejarte atrapar por su falso potencial. Es un hombre adulto, y tomó sus decisiones. Déjalo así, y sigue adelante.

—Es lo que quiero, pero no sé si puedo. Me duele. Durante mucho tiempo, deseé que alguien, un policía, un detective, o cualquiera, apareciera en mi puerta y me llevara por complicidad.

—Dios mío, ¿por qué?

Me encogí de hombros.

—Quizás porque quería que la realidad reflejara lo mal que me sentía. Tal vez necesitaba una razón para odiarlo más allá de las mentiras y su indiferencia por la vida de los demás.

—Vamos, Mila, ya sabes lo malo que es. ¿No es eso suficiente?

—Lo sé, y me siento fatal por eso. Debería ser suficiente. No le importó el bienestar de cientos de personas, y no merece ser extrañado por mí ni por nadie más.

—Exactamente. Entonces, ¿por qué darle espacio en tu mente?

—¿Porque no puedo evitarlo! Está ahí, todo el tiempo. Me enamoré, Rochelle. El hecho de que probablemente no sea digno de ello...

—¿Probablemente?

—¿Ves? Ni siquiera puedo decir definitivamente, porque por más enfadada y decepcionada que esté, todo lo que quiero es encontrarlo y abrazarlo hasta olvidar el por qué estaba enfadada en primer lugar —fruncí el ceño y pateé la arena—. Las emociones son estúpidas.

—Brindemos por eso.

Pasé los siguientes tres días en Belice dejando que Rochelle hiciera lo que se le ocurriera

para distraerme y no pensar en Leo. Le seguí la corriente, fingiendo que no lo tenía en mente. Incluso coquetteé con el personal del hotel, aunque mi corazón no estuviera de acuerdo. Sólo quería volver al trabajo. En realidad no me relajé hasta que nos sentamos en el avión de regreso a casa.

—¿En serio? ¿Ahora sonríes? —agitó la cabeza incrédula—. Eres una adicta al trabajo.

Se me cayó la cara.

—Oh no.

—¿Qué?

—Hice todo el trabajo pendiente que tenía, ahora no tengo nada esperándome en casa. Dios, me volveré loca.

—Estarás bien. Algo pasará en cuanto llegues a casa, ya lo verás.

—No, no pasará nada. Van a ser al menos dos días vacíos. Dios... —me froté la frente con ambas manos y me quejé—. Creo que empezaré a beber.

Se rió y agitó la cabeza.

—Está bien, de acuerdo. No iba a decírtelo, pero como aparentemente estás en crisis, no creo que te vaya a molestar. Esta mañana recibí un correo electrónico del abogado de Arbuckle.

Un puñetazo en el estómago y un rayo de esperanza me dejaron con náuseas. Presioné las manos contra mi estómago revuelto e hice un gesto de dolor.

—¿Qué dijo?

—Me pide que vaya a evaluar la propiedad de nuevo antes de presentar la demanda. No es legalmente necesario, pero lo haré por cortesía profesional. Deberías venir conmigo. Te ayudaría a avivar la ira contra Arbuckle.

—Vale la pena intentarlo —dije pensativamente—. ¿Qué tan malo dijiste que era?

—Completamente horrible. No podré conseguir un inspector hasta mañana por la mañana, aunque Leeds dijo que era bienvenida en cualquier momento. Pensaba ir en cuanto llegáramos a la ciudad.

—Bueno, definitivamente no te dejaré ir sola —me reí—. Alguien te puede secuestrar de nuevo.

—Es razonable. Así que ahí tienes algo en lo que poner tu atención. Aunque estarás demasiado cerca de Arbuckle para mi comodidad.

—Me pregunto por qué Leeds te pidió que miraras el lugar. ¿Crees que es otra trampa?

Ella agitó la cabeza.

—No había un tono amenazador como el de la última vez. Fue una simple petición. O invitación. Realmente fue tan educado y amable que no lo percibí.

—Eso es casi peor. La gente educada y amistosa con malas intenciones me asusta.

—No sabemos cuáles son sus intenciones. Puede que sólo esté tratando de evaluar mi posición actual sobre la situación para ver si he cambiado de opinión. O tal vez han hecho algún trabajo en el lugar, ¿quién sabe?

—Si lo han hecho, ¿retirarás la demanda?

—Lo dudo. Tendrían que haber destruido el lugar y reconstruirlo desde cero. En primer lugar, no ha pasado suficiente tiempo para hacer algo así. Segundo, significaría pagar a sus inquilinos la estadía en otro lugar durante ese tiempo, y no lo veo gastando esa cantidad de dinero.

—Mientras una capa de pintura fresca no te haga cambiar de opinión, estoy satisfecha.

—De ninguna manera. El hijo de mi prima está empezando a engordar y ella va a tener problemas para respirar por el resto de su vida. No voy a dejar pasar esto sin una completa satisfacción.

—Bien.

Me acomodé en mi asiento con un suspiro de gozo. Había llegado la hora de enfrentar la situación de frente.

LEO

—ESTAMOS COMENZANDO nuestro descenso final a sacramento. Por favor, pongan sus asientos en posición vertical y cierren sus bandejas. Gracias por volar en Elite Five Airlines.

—Ya estamos más cerca de casa, nena —abracé a Zoe en mi regazo, y me sonrió soñolienta. Le puse su chupete en la boca y vi a Sacramento girar perezosamente debajo de nosotros mientras el avión se balanceaba.

—¿A casa? —preguntó ella.

Su pregunta hizo que me doliera el corazón. Ni siquiera había empezado a trabajar en la cabaña. Ni siquiera estaba seguro de si lo haría. Los últimos tres meses había estado ocupado con mucho trabajo. La mitad de eso era una necesidad. La otra mitad era un intento desesperado de no pensar en Mila. Ahora que volvíamos a Sacramento, ya no había manera de evitar los pensamientos. Esta ciudad estaba irrevocablemente enredada a ella en mi mente.

—Un nuevo hogar —le dije, acurrucándola más a mí—. Con muchos otros niños alrededor. Y columpios, y un tobogán, y una piscina. Te gusta nadar, ¿verdad?

—¡Nadar! —rebotó de arriba a abajo en mi regazo, aplaudiendo—. ¡Nadar, nadar!

—Muy bien, iremos a nadar. Tengo un poco de trabajo que hacer primero.

—¡No! ¡Nadar!

—Estás harta de que papá trabaje, ¿no?

Frunció el ceño, confundida.

—¡Nadar!

—Sí, nena, iremos a nadar.

No necesitaba entender la pregunta. Ya sabía la respuesta. Ella había estado en todas las reuniones conmigo, y habían sido muchas. Dos, tres, a veces hasta cinco al día, todos los días, durante los últimos tres meses. Estábamos agotados de los aviones y la gente. Nos merecíamos un día libre para nadar.

Pero el trabajo era lo primero. Sólo me quedaba un lugar en mi lista, y era el más importante. Sería nuestro hogar durante los próximos meses, y necesitaba estar a la altura de mis estándares. Había tenido equipos trabajando en ello durante meses, pero sabía que no estaría satisfecho hasta que no le pusiera mi propia marca.

Zoe se aferró a mí mientras bajábamos del avión y entrábamos al aeropuerto. Mientras caminaba a recoger los equipajes, ella miró a su alrededor y se puso a llorar.

—¿Qué pasa, cariño?

Ella no contestó. Empezó a llorar como si su corazón se fuera a romper, como si todo fuera terrible y no volvería a estar bien. La reboté en mi cadera y traté de distraerla, moviéndome tan rápido como pude. Ya no soportaba estar dentro de ese aeropuerto, ni en ningún otro.

Seguía gritando cuando agarré nuestras maletas. Revisé su pañal y estaba seca. Había comido en el avión, así que no podía tener hambre. Mi cabeza zumbaba con el sonido de sus gritos. Las miradas a nuestro alrededor iban desde la repugnancia hasta la simpatía, y nos enfocaban desde todos los ángulos. Necesitaba salir de allí.

—Ya estamos afuera, cariño —dije desesperadamente—. ¿No es mejor ahora?

Aparentemente no. Todavía estaba gritando. Me apresuré en llegar al estacionamiento de largo plazo, donde mi camioneta había estado inactiva durante meses. Sus gritos resonaban entre el hormigón y los demás autos, llamando la atención de todas las personas que se encontraban allí. Les sonreí cansadamente, intentando parecer lo menos amenazante posible.

No la estoy secuestrando, lo juro. Sólo soy un padre agotado.

—¡Aquí vamos, aquí está la camioneta de papá!

Se la mostré y ella se lanzó hacia atrás en mis brazos, gritando aún más. Hice malabares con nuestro equipaje, su asiento de bebé y su pequeño cuerpo retorciéndose, sin tener éxito. Las maletas golpearon el suelo, el asiento entró de lado, pero al menos no la dejé escapar de mis brazos. La abracé y la dejé gritar en mi hombro. Estaba a punto de perder la paciencia. El cansancio me había abrumado. Así que respiré, profundo y firme, mientras ella gritaba. Poco a poco, comenzó a calmarse.

—No llores. Estás bien. Estamos bien. No más viajes por un tiempo.

Cuando se había calmado hasta el punto de tragarse los sollozos, enderecé su asiento y la até. Empezó a llorar de nuevo. Tenía que sacarla cuanto antes de ese lugar. Toqué su mejilla confortablemente, y luego cargué el auto lo más rápido posible.

Combatir el tráfico era una de mis cosas menos favoritas. Pero luchar contra el tráfico con una niña obstinada que pasaba de sollozos a gritos desgarradores era un infierno. Estaba tan agotado cuando llegué al apartamento que ni siquiera reconocí los cambios. Mi objetivo era sacarla de la camioneta y alejarla del trabajo el tiempo suficiente para que se sintiera bien de nuevo.

Descargué todas nuestras cosas en un solo viaje, y terminé con la situación de una vez. Los muebles que había ordenado ya estaban allí, dispuestos en cómodos tonos marrones y cremas. Para mi alivio, la alfombra tóxica había sido arrancada y reemplazada por madera dura y azulejos, y las manchas sospechosas en las paredes y el techo habían desaparecido por completo. Inhalé el agradable aroma de la madera cortada y la pintura fresca, y luego dejé caer nuestras maletas al suelo.

—Estamos en casa —respondí a sus lamentos.

Se estremeció hasta detenerse, y luego miró a su alrededor. Frunció el ceño, y luego pareció confundida.

—¿Casa?

—Sí, estamos en casa. Esta es nuestra nueva casa ahora. ¿Quieres ver tu dormitorio?

La pobre niña había estado durmiendo en su corral durante nuestros viajes, y aunque yo había comprado un acolchado extra para ello, seguía siendo una mala cama. La llevé al pequeño dormitorio secundario. Sus ojos se abrieron de par en par ante la pequeña cuna blanca, el cambiador y el tocador, que eran réplicas exactas de los muebles que había usado en la cabaña. Gruñó insistentemente, estirando los brazos hacia la cuna. La puse dentro, y ella se arrastró de un lado a otro, rebotando en el colchón con sus rodillas y acariciando las sábanas. Agarró la delgada manta y se la puso en la cara, frotando su mejilla con la suave tela. Alargando la mano, hizo ruido para salir. La puse en el suelo y se acercó al cambiador. Abrió todos los cajones, pero no había nada allí. Todavía tenía que llenarlos.

Examinó la cómoda de la misma manera, y luego se dirigió hacia el armario vacío. Se metió

en él con una expresión de excitación, y volvió a salir con una mueca de desilusión.

—¡A casa!

—Sé que no hay muchas cosas aquí. Pero pronto iremos a la tienda y conseguiremos todo lo que necesitamos.

No estaba contenta, pero al menos no empezó a gritar. Mientras ella paseaba por el apartamento explorando, empecé a desempacar nuestras cosas. La inspección podía esperar hasta que terminara, pero tenía otra obligación que me presionaba en el día y que casi había olvidado. Dos más, de hecho. Busqué el traje de baño de Zoe, saqué los pañales de una bolsa y los puse a un lado. Primero nadaremos. Luego iremos a la reunión. Y por último la inspección. Comenzaba a parecer que mi día sería mucho más largo de lo que había previsto.

—Podremos relajarnos a partir de mañana —le dije en voz alta—. No más reuniones, ni inspecciones, ni nada.

—¡Nadar! —corrió y tropezó con sus pies, cayendo al suelo. Hice una mueca de dolor, esperando que empezara a llorar, pero ella sólo gruñó y se levantó. Agarró su traje de baño y pañal y me los empujó—. ¡Nadar!

—Muy bien, iremos a nadar. Este desastre puede esperar unas horas.

No era como si esperara compañía ni nada. Nos cambiamos y luego me rompí el cerebro para encontrar la ubicación de la piscina. Tenía que estar cerca de la oficina, y mi apartamento estaba prácticamente dentro de la oficina. Había estado en tantos complejos recientemente que todos sus mapas estaban mezclados en mi mente. Tomé un par de giros equivocados antes de finalmente encontrar la piscina.

No había nadie cerca, el complejo no estaba habitado todavía, excepto por nosotros. Usé mi llave maestra para pasar, pero un pensamiento negativo me golpeó. ¿Y si no estaba terminada todavía? Había revisado los informes a fondo antes de volver a casa, y me había asegurado de que la piscina estuviera terminada. Zoe había desarrollado un amor por el agua en el último mes y yo le había prometido eso.

—¡Nadar! —rebotó emocionada en mis brazos, chillando alegremente mientras abría la última puerta.

Suspiré aliviado al ver la piscina terminada y funcionando.

—¿Lista?

Ella me sonrió. La aferré a mi pecho y luego me lancé en bomba en la parte más profunda. Mientras flotábamos a la superficie, ella se separó de mí. Había aprendido a flotar sobre su espalda dos semanas antes y nada le gustaba más que la libertad de nadar sola. Todavía sentía un mini ataque al corazón cada vez que lo hacía.

Nadé en círculos alrededor de Zoe, manteniéndola al alcance de mi mano mientras ella cruzaba la piscina sobre su espalda. Después de media hora de natación, ya estaba totalmente relajada. Nos quedamos en la piscina toda la tarde, dejando que el agua derritiera nuestro estrés. Sin embargo, sin esperarlo, me invadió una creciente necesidad de que Mila estuviera allí.

Cuando el sol empezó a caer, salimos de la piscina. Envolví a Zoe en una toalla grande y esponjosa color púrpura. Recordé la mirada en los ojos de Mila cuando la vio con su gran abrigo púrpura y la eché de menos con una intensidad feroz que antes no me había permitido sentir. Era tan feroz, de hecho, que casi podía oír su voz a la deriva a través del complejo de apartamentos.

—Genial, ahora papá está alucinando —dije a la ligera.

Estaba bromeando, pero entonces la voz se escuchaba más cerca. O me estaba volviendo loco o Mila estaba ahí. Con el corazón acelerado, tomé a Zoe en brazos, apresurado por salir de allí.

MILA

MIENTRAS TANTO...

—Alguien está muy contenta de haber llegado —dijo Rochelle irónicamente cuando nos bajamos del avión y entramos en el aeropuerto.

Una niña estaba gritando furiosa en alguna parte, lo suficientemente lejos como para estar fuera de la vista, pero lo suficientemente cerca como para hacer que mi corazón se apretara. Sonaba como Zoe, pero para mí, cada bebé me sonaba como ella.

—Los viajes en avión apestan. Probablemente apestan el doble si eres demasiado pequeño para entender lo que está pasando.

—Supongo que es verdad. Dios, ojalá la sacaran de aquí. Me está poniendo frenética.

—Respira —le dije, poniendo los ojos en blanco—. Estoy segura de que los padres están el doble de frenéticos.

—Ves, por eso sería una madre terrible —admitió—. Ni siquiera puedo lidiar con el bebé de mi prima cuando empieza a llorar, y él no tiene la mitad del poder pulmonar que esa niña.

Me encogí de hombros.

—Todos dicen que es diferente cuando es tuyo.

—Sí, porque ya no puedes huir.

—¡Exacto!

Se rió.

—¡Oh, Dios, no te preocupes! No planeo abandonar a ningún niño en un futuro cercano. Tendría que tenerlos primero, y ambas sabemos que eso no va a pasar. Oye, ¿quieres ir a comer algo antes de que veamos Rising Pines?

Realmente sólo quería terminar con esto lo más rápido posible, pero mi barriga no estaba de acuerdo.

—Sí, está bien. Pero algo rápido.

Ella hizo una cara.

—¿Rápido? No sé tú, pero yo no tengo mucha prisa por volver a ese lugar —se estremeció—. Me tomó seis semanas dejar de ver gente muerta cada vez que cerraba los ojos.

—Lo siento. Espero que al menos hayan hecho algo con la oficina.

—Debieron haberlo hecho. Por lo que sé, siguen en funcionamiento. Incluso un barrio pobre como ese no tiene que esperar por nuevos inquilinos, aún y cuando tengan que llenar solicitudes en un baño de sangre.

—Cierto. ¿Qué cenaremos? ¿Comida Mexicana?

—Definitivamente no —dijo ella rápidamente—. Tan americano como sea posible.

—¿Extrañabas este país? —levanté las cejas, sorprendida.

—Tal vez un poco —admitió—. Pero sólo por la comida.

—Suenas como si necesitáramos un restaurante que sirva porciones excesivas y demasiada azúcar.

—¡Hagámoslo! —me guiñó un ojo.

Los llantos de la niña habían desaparecido para entonces, y me encontré con que casi los extrañaba. Me deshice de la sensación ya que no tenía ningún sentido y centré mi atención en la comida apremiante. Mi auto reparado, nos esperaba en el aparcamiento de largo plazo. Por un momento pensé haber oído de nuevo los llantos y sentí el impulso abrumador de correr hacia ella.

—Te ves deprimida de nuevo —repuso Rochelle—. ¿Estás bien? ¿Quieres comer después?

—No, estoy bien. Sólo tengo hambre.

—¡Perfecto! Vamos.

Minutos más tarde estábamos en el restaurante con nuestra comida frente a nosotras. Mi mente seguía pensando en el llanto de la bebé mientras comíamos.

—Habla —dijo ella bruscamente.

—Creo que necesito quedar embarazada —respondí pensativa.

Me miró fijamente en estado de shock.

—¿No necesitas un hombre para eso?

—Supongo —suspiré, mirando por la ventana.

—Un embarazo destrozaría tu cuerpo, sin mencionar tu mente. Con lo deprimida que has estado últimamente, serías completamente miserable.

—Adopción, entonces —hice a un lado sus argumentos—. Soy mejor en el tema del cuidado de un bebé de lo que pensaba que sería, y lo disfruté mucho. Incluso, lo echo de menos. Echo de menos... —mi garganta se apretó.

—A la hija de Arbuckle —completó la oración—. No te preocupes. Puedes venir a cuidar al hijo de mi prima cuando quieras. Su pobre madre necesita salir de casa de vez en cuando.

—Gracias —le di una sonrisa débil. No era lo mismo, pero agradecí sus esfuerzos.

Nos entretuvimos con nuestra comida, ambas renuentes a ir a Rising Pines, cada una por razones diferentes. Finalmente, sin embargo, no quedaba más remedio que ir.

Mi corazón latía con ansiedad cuando llegamos a la calle del complejo, pero esa ansiedad fue rápidamente reemplazada por la confusión.

—¿Es este el lugar correcto?

—El GPS lo dice —dijo ella con dudas—. Sí, es el mismo lugar. Diablos, Arbuckle debe querer evitar una demanda.

—Al parecer, sí —acepté distraídamente.

Miré el complejo, aún incapaz de comprender plenamente lo que estaba viendo. Lo que solían ser veinte destartalados edificios de cuatro pisos alineados como cuarteles detrás de una pared que se desmoronaba, ahora era un lugar bastante agradable. El muro había sido derribado y reconstruido con piedra de color arena. Y por lo que se alcanzaba a ver sobre él, los apartamentos habían sido pintados a juego.

—Creo que los edificios no están en los mismos lugares. ¿Habrá reconstruido todo desde cero?

—No lo sé —dije, tan desconcertada como lo estaba ella—. Es posible, ¿no?

—Ya lo averiguaremos.

Su frente se arrugó al atravesar el recién instalado portón de seguridad. El camino de entrada serpenteaba por un lado del complejo y se ramificaba hacia el centro. Mientras nos adentrábamos, hizo un gesto a su alrededor.

—Esto solía ser un estacionamiento. Ahora mira... Es como un vecindario.

Lo era. Cada edificio parecía ser de seis apartamentos, con su propio jardín detrás de una cerca baja, con patio y con seis plazas de aparcamiento a cada lado. Rochelle parecía molesta.

—Esto es increíble —admití—. Quiero vivir aquí.

—Sí, ¿pero a cuantos dejaron sin hogar?

—¿Qué quieres decir?

—Antes había veinte edificios, cada uno con diez apartamentos. Ahora hay seis apartamentos por edificio, y yo no... ¡oh!

Doblamos una esquina y todo el complejo se extendió frente a nosotras. El camino serpenteante por el que habíamos estado conduciendo rodeaba la propiedad, y se ramificaba aquí y allá en diferentes callejones. Conté los edificios.

—Treinta y tres, treinta y cuatro. Hay más apartamentos aquí ahora, creo. Oh, ¡y mira los patios de recreo!

—Esos son mucho mejores. No más metales oxidados. No puedo creerlo.

—Sí, es maravilloso.

—No, me refiero a que no creo en nada de esto. Aparcaremos y saldremos a inspeccionar este lugar hasta los topes.

Algunos edificios estaban todavía en construcción, lo que me hizo creer que en realidad había derribado todos los antiguos y construido otros nuevos, pero Rochelle seguía sin convencerse. Aparcamos frente a la oficina del administrador y Rochelle lo miró tímidamente.

—Esa no es la misma oficina.

—¿Estás segura?

Me miró con impaciencia.

—¿Crees que olvidaría esa oficina? Esto es definitivamente diferente. Creo que el edificio de atrás es el mismo, pero la oficina no lo es.

—Eso es bueno, ¿no? No creo que quieras volver a visitar el viejo.

Se estremeció.

—Vamos.

Un hombre rubio y mayor se encontraba detrás del escritorio, leyendo unos papeles mientras se acariciaba su impresionante bigote. Nos miró mientras entrábamos, dejó los papeles y se puso de pie sonriendo.

—¿Señorita Neace?

—Esa soy yo. Esta es mi amiga, la Srta. Rutherford.

—Encantado de conocerlas a las dos. Mi nombre es Horace Leeds —nos dio la mano y luego cavó en su bolsillo por un momento.

Rochelle se puso tensa casi imperceptiblemente. Le apreté la mano y se relajó. Leeds sacó un juego de llaves, y luego hizo un gesto hacia la puerta.

—¿Por dónde quieren empezar, señoritas?

—Los apartamentos. ¿Qué les han hecho? —preguntó ella.

—Fueron derribados y reconstruidos desde cero —le dijo, mientras caminábamos hacia el edificio más cercano—. El Sr. Arbuckle diseñó el nuevo complejo desde cero, excepto la oficina y uno de los edificios.

—Espera, ¿es la misma oficina? —Rochelle palideció visiblemente.

—Me temo que sí. Pintura fresca, ventanas nuevas, alfombra nueva, pero sí. Esos dos edificios eran los únicos que no estaban llenos de moho negro y termitas. Aquí estamos, apartamento A-1.

El interior era tan bonito como el exterior. Había estado esperando paredes blancas y una

cocina moderna, pero se parecía mucho más a una casa de campo en el interior. Las barandillas estaban talladas en formas agradables y pintadas de blanco, y cada habitación tenía paredes color pastel. Rochelle se tomó el tiempo para examinar la plomería y la electricidad como si supiera lo que estaba haciendo.

—Se ve bien —repuso sospechosamente—. ¿Cuánto tiempo aguantará? ¿Usted... o él, supongo... escatimaron en materiales?

—En absoluto, se lo aseguro. El edificio es sólido, y las instalaciones son de grado medio-alto. No se escatimaron gastos en nada relacionado con la seguridad. Las paredes son resistentes a las termitas, la pintura es resistente a la humedad y al moho, y la única alfombra está en las habitaciones y es resistente a la suciedad y a las manchas. Estos apartamentos fueron construidos pensando en la longevidad.

—Veo que este apartamento tiene tres dormitorios. ¿Cuánto es el alquiler?

—Una vez que las reparaciones se hayan concluido...

—¿Reparaciones? Explícate.

El Sr. Leeds aceptó su interrupción con gracia.

—El Sr. Arbuckle está en proceso de pagar a los inquilinos por el alquiler elevado que han pagado hasta la fecha de la remodelación. Una vez que esté satisfecho con el pago de la deuda, el alquiler volverá al mismo precio que tenía cuando compró la propiedad hace cinco años.

Las cejas de Rochelle se levantaron sorprendidas.

—¿Y mientras tanto?

—Los residentes viven actualmente en hoteles, o con su familia. El Sr. Arbuckle ha costeado todos los gastos. Inauguraremos el complejo a finales de esta semana, y a cada inquilino se le asignará un nuevo apartamento.

—¿Todos los apartamentos tienen tres dormitorios?

—No, señorita. Van de dos a cuatro habitaciones.

Rochelle estaba empezando a ablandarse, pero aun así no parecía estar convencida.

—Disculpe —intervine mientras nos trasladábamos al siguiente edificio—. ¿El Sr. Arbuckle vendrá a la oficina?

—Me temo que no puedo asegurarlo, señorita. El señor ha estado muy ocupado estos últimos meses.

—Claramente —murmuró Rochelle—. Dígame, Sr. Leeds, ¿está haciendo todo esto sólo por evitar una demanda? ¿Qué hay de sus otras propiedades?

—No tengo autorización para hablar de sus otras propiedades. Si quiere, puedo concertarle una cita para que él personalmente le de toda la información que usted requiera.

—No —dije rápidamente—. Quiero decir... sí puedes, Rochelle. Siempre y cuando no esperes que te acompañe.

Mi estómago ya se estaba atando en nudos imaginando que me encontraría con él aquí, no podía soportar la idea de un encuentro formal.

—Lo consideraré —repuso con indiferencia—. Me gustaría ver los patios de recreo ahora, por favor.

—Por supuesto. Hay un patio de recreo por cada dos edificios. De esta manera ningún niño necesita alejarse demasiado de su edificio —nos llevó a una estructura de colores brillantes entre los dos edificios más cercanos—. Como pueden ver, están construidos con plástico y acero de grado industrial. No hay astillas ni óxido. La plataforma es de goma reciclada, y todo es resistente al viento y capaz de soportar más de mil libras.

Le di una mirada interrogativa.

—¿Qué esperan? ¿Una torre de veinte niños jugando allí?

Su bigote tembló de risa.

—El Sr. Arbuckle es de la opinión de que todo lo que vale la pena hacer vale la pena exagerar. ¿Le gustaría ver la piscina, Srta. Neace?

—Sí, por favor. No puedo esperar a ver la cara de Denise cuando vea este lugar.

—¿Disculpe? —el hombre la miró fijamente.

—Mi prima —explicó—. Ella vivió aquí antes con su hijo. No ha dicho nada sobre reparaciones o mudarse la semana que viene.

—Sí, ambos anuncios están programados para el jueves. Nos pondremos en contacto personalmente con cada uno de los inquilinos existentes.

—Excelente —ahora estaba muy contenta.

Yo, sin embargo, estaba completamente confundida.

—¿Usted conoce bien al Sr. Arbuckle? —le pregunté.

—Tenemos una relación profesional. ¿Qué le gustaría saber?

—¿Cree que habría hecho estos cambios si no fuera por la presión legal?

Leeds me miró fijamente.

—No creo que tuviera el poder para hacerlo antes, Sra. Rutherford. Evito las suposiciones si es posible. Lo adecuado sería que usted misma le pregunte al hombre en persona.

Me sonrojé, sintiendo como si hubiera cruzado algún límite invisible. Cuando nos acercábamos a el área de la piscina, oí ruidos dentro y fruncí el ceño.

—Creí que había dicho que nadie volvería hasta la semana que viene.

—Eso es lo que me dijeron —dijo, haciendo juego con mi ceño fruncido—. Nadie debería tener llaves de la piscina. Estaba seguro de que la había cerrado. Por favor, ¿podrían esperar afuera?

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? —preguntó Rochelle bruscamente.

—No estoy seguro. Esperen aquí —se movió para abrir la puerta y luego saltó del camino cuando la misma se abrió de golpe.

Mi corazón casi se detiene. Estaba más bronceado de lo que recordaba, como si hubiera estado trabajando fuera durante meses. Sus músculos eran más anchos, y había dejado que le volviera a crecer una barba corta. Sus ojos estaban casi frenéticos hasta que aterrizaron sobre los míos. Luego su mirada se transformó en una expresión de incertidumbre. Zoe se aferraba a él, parecía felizmente agotada.

—Sr. Arbuckle, no esperaba que volviera tan pronto. Estaba enseñándole a la Srta. Neace y a su amiga...

—Mila.

Mi nombre se atascó en su garganta y quise llorar.

LEO

ELLA ESTABA REALMENTE AHÍ, frente a mí. No podía creerlo. Nunca había pensado que este momento podría llegar, menos de esa manera, así que no estaba preparado. No se me ocurrió una palabra que decir. Me miró sorprendida durante un momento y luego se sonrojó profundamente.

Bésala.

Di un paso hacia ella, pero Rochelle se interpuso en mi camino.

—Sr. Arbuckle. Debo decir que estoy impresionada con lo que ha hecho en este lugar, pero no voy a retirar la demanda hasta que vea la evidencia de sus reparaciones y hable con los inquilinos directamente. Estoy dispuesta a esperar hasta la semana que viene —se cruzó de brazos y me inmovilizó con su mirada.

Detrás de ella, Mila miró hacia otro lado. Se hizo más pequeña, como si quisiera que el suelo se la tragara.

—Puedo mostrarte todo eso mañana, y puedes hablar con quién quieras —respondí rápidamente—. ¿Mila?

—Ella está conmigo —exclamó con fuerza.

Mila no hizo ningún movimiento para detener a su amiga. Ni siquiera me miraba a los ojos.

—Ya veo.

Así que no importaba. Los cambios que había hecho en los apartamentos, en mi vida, nada de eso importaba. Mila no quería tener nada que ver conmigo.

—¿Y? ¿Cuándo puedo ver los registros? —insistió todavía bloqueando mi camino.

Si tuviera la oportunidad de mostrarle lo que había hecho, de disculparme por todo lo que había pasado antes, tal vez se daría cuenta. Así, al menos podría cerrar este capítulo de mi vida y seguir adelante. El purgatorio emocional en el que había estado atrapado durante los últimos tres meses era insoportable.

—Te propongo un trato. Te mostraré todos los registros hoy, ahora mismo.

—¿Sí?

—Si me das diez minutos para hablar con Mila a solas después.

Sus cejas se levantaron y miró por encima del hombro a Mila. No podía ver la expresión de ella desde donde estaba. Una especie de ansiedad agresiva hirvió en mi pecho y apreté los dientes luchando por controlarlo. Diez minutos no era mucho pedir.

—Bien —volvió a mirarme—. Enséñame todo ahora mismo, y te daré lo que pides.

—Sígueme.

No miré a Mila cuando pasé por su lado. No pude hacerlo. Tenía tantas ganas de besarla de nuevo, pero si lo intentaba, sabía que Rochelle volvería a meterse entre nosotros. Todo lo que quería era un momento a solas con ella.

De vuelta en la oficina, saqué los archivos y los esparcí en el escritorio de la recepción para que los revisara.

—Están en orden alfabético por los apellidos de los inquilinos. Verás cuando se mudaron, cuánto pagaron, lo que se suponía que tenían que haber pagado, reparaciones de edificios que no se hicieron y que podrían haber tenido un impacto en su forma de vida. Cuánto habrían costado esas reparaciones, cuánto podría haber costado la atención médica de cada inquilino y, finalmente, la diferencia. Siéntase libre de examinarlos a fondo. Firmaré cheques esta noche por el número final.

Sus ojos se abrieron de par en par al revisar la primera hoja de cálculo. Escaneó la lista de inquilinos rápidamente, y luego encontró el nombre que estaba buscando. Su mandíbula se cayó cuando encontró el número en el lado opuesto.

—¿Ésa es la diferencia? ¿Esto es lo que le pagarás?

—Sí.

Rochelle le mostró el registro a Mila, que hizo un doble escaneo.

—¡Hay doscientos nombres aquí! ¿Puedes permitírtelo? —preguntó.

—Por supuesto que puedo.

—¿Cómo? —entrecerró los ojos sospechosamente.

—Eso es parte de lo que quiero hablar contigo. ¿Te importaría venir a la oficina conmigo unos minutos? Por favor, Mila.

Miró a Rochelle, quien estudiaba los registros con una intensidad hiperfocalizada. Suspiró y luego me miró, con una sonrisa educada y cautelosa.

—Por supuesto.

—Horace, ¿puedes llevarte a Zoe un minuto?

—Sería un placer, señor. ¡Hola Zoe! —se llevó a la bebé en brazos, que inmediatamente comenzó a reírse.

—Parece gustarle tu abogado —dijo, mientras caminábamos hacia otra habitación de la oficina.

—Oh sí, ella lo adora. Lo que es la única razón por la que he podido hacer tanto estos últimos meses.

Basta de charla trivial. Bésala.

Cerré la puerta detrás de nosotros, y ella se paró de espaldas a mí.

—¿Qué es lo que has estado haciendo? Quiero decir, los apartamentos obviamente, pero...

—Mila.

Respiró profundamente y me miró por encima del hombro.

—Estás en traje de baño y mojado.

—Oh. Sí, claro. Iría a cambiarme, pero francamente temo que Rochelle se fugue contigo y te encierre en un convento en los cinco minutos que me llevaría vestirme.

Mila se rió, lo que alivió un poco la tensión en mi pecho. Dios, tenía una risa preciosa.

—Es justo. Se ha nombrado a sí misma como mi guía y protectora.

—¿Crees que necesitas que te proteja de mí?

Se envolvió en sus brazos y se apretó, dándose un abrazo reconfortante. Me dolió el corazón el verla tan retraída. Permaneció en silencio durante tanto tiempo que tuve que asumir que la respuesta era afirmativa.

—Te dejaré ir ahora —murmuré—. Lo siento, Mila.

Tomé el pomo de la puerta para abrirla, pero ella se dio la vuelta rápidamente.

—Espera.

Dio medio paso hacia mí.

—¿Cómo... cómo puedes permitirte pagar a doscientos inquilinos esa cantidad de dinero?

Tragué con fuerza. Podría mentirle fácilmente, pero estaba cansado de hacerlo. Ella quería la verdad, y pensé que podría manejarlo. Esperaba que pudiera.

—Heredé los bienes de Lloyd. Todos ellos.

Sus ojos se abrieron de par en par, con sorpresa y pánico en ellos.

—Así que ahora tú eres el jefe.

—Técnicamente.

—¡Maldita sea, Leo! —apoyó sus caderas contra el escritorio y presionó las palmas de sus manos contra su cara—. Cada vez que...

—¿Cada vez que qué?

Bajó las manos y me miró fijamente, pero sus ojos estaban llenos de tristeza.

—Cada vez que creo que te he descifrado, haces algo como esto. Creo que eres un gran tipo, un poco raro, posiblemente peligroso, y ¡boom! Sólo estás escondiendo un bebé. Pienso que eso es todo, pero no. El capo criminal de Sacramento quiere tu cabeza. Creo que finalmente has pasado página, estás manejando tus responsabilidades, que en realidad eres el gran tipo que pensé que eras, y ¡sorpresa! Ahora ocupas el lugar del capo que te quería muerto —cruzó los brazos y agitó la cabeza mientras dos lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Puedo explicarlo?

Frunció los labios, pero no me detuvo. Me senté en una silla cerca de ella, decidido a contarle toda la verdad.

—Cuando Lloyd murió, supe que iba a huir para siempre. Eventualmente la pandilla se organizaría y me buscaría para vengarse. Tampoco habrían dejado a Zoe con vida.

Tragó con fuerza y humedeció sus labios, pero no dijo nada.

—Cuando Horace me dijo que Lloyd me lo había dejado todo, vi una salida. Una forma de protegerla.

—Convirtiéndote tú mismo en un criminal.

Me encogí de hombros.

—Temporalmente.

Eso llamó su atención. Levantó una ceja, interrogándome con la mirada.

—Sería más fácil mostrártelo. Tengo una reunión en la mansión de Lloyd esta noche. ¿Vendrías conmigo? Sé que no confías en mí, y no espero que lo hagas. Puedes traer a Rochelle si quieres. Obviamente preferiría que fuéramos sólo tú y yo. Voy a dejar a Zoe aquí con Horace.

—¿Por su protección?

—Por su cordura. Ha estado viajando por el país conmigo los últimos tres meses, y necesita acostarse en su propia cama.

—¿La llevarás a la cabaña?

Agité la cabeza.

—La cabaña se ha ido. La quemaron la noche que entraron.

Palideció.

—Oh, Dios mío.

—Ya ves por qué no podía irme sin más.

Ella asintió, pero miraba hacia el suelo. Barajó un poco los pies y golpeó con los dedos la superficie del escritorio, muy pensativa. Finalmente se atrevió a mirarme.

—Está bien. ¿Dónde y cuándo?

—Estaré listo en dos horas. Puedo llevarte o darte la dirección. Depende de ti.

La esperanza me atravesó el pecho y traté de mantenerla fuera de mi voz.

—Te veré aquí en dos horas.

—Bien —el alivio me hizo pararme de la silla y abrir mis brazos—. Me alegro de verte, Mila. Gracias.

Ella me abrazó rápido y ligeramente antes de alejarse y caminar a mi alrededor.

—Dos horas —repitió.

—Estaré aquí esperándote.

Mi imaginación quería desesperadamente explorar todas las diferentes maneras en las que esta noche podía terminar, pero la cerré. No podía crearme expectativas. Era la única manera de pasar la noche. Existía la posibilidad de que se arrepintiera, ¿y qué? Ni siquiera podría culparla. El solo hecho de que estuviera considerando acompañarme, ya era un gran paso.

Después de que las mujeres se fueron, y Horace, Zoe y yo estábamos de vuelta en mi apartamento, me ocupé de la rutina de la hora de dormir. Él estuvo todo el tiempo ansioso, como si tuviera algo que decir.

—Escúpelo, Horace.

—¿Hm? Oh. No pude evitar oír que invitaste a la Srta. Rutherford a acompañarte esta noche.

—¿Y?

—Estás siendo imprudente.

—No lo creo. Esta noche es el momento de poner en marcha la segunda parte de mi plan.

—¿Y estás seguro de que será un éxito rotundo?

—Por supuesto que sí. Tú y yo pensamos en todo, estoy seguro de eso.

—Si alguien en la reunión no está de acuerdo con usted, la Srta. Rutherford estará en peligro.

Las implicaciones de lo que decía me enviaron un escalofrío por toda mi columna. Agité la cabeza, descartándolas con fuerza.

—No lo harán. Esto es lo mejor para todos. Ellos lo verán.

Se encogió de hombros.

—Sabes tan bien como yo que los estereotipos existen por una razón. Tal vez sí tengas suerte al tener una pandilla llena de chicos incomprensidos que cayeron en tiempos difíciles.

—Pero tú no lo crees.

Agitó la cabeza.

—La familia y la seguridad son tentadoras para quienes no las tienen. La violencia y la anarquía, sin embargo, son embriagadoras para aquellos con inclinación hacia ellas. Creo que es probable que tengas una mezcla de ambos, y a los violentos no les gusta que los saquen del juego.

—Entonces serán eliminados —dije con firmeza—. Ella estará a salvo. Tienes mi palabra.

—No necesito tu palabra, Leo. Sólo asegúrate de ponerle un chaleco antibalas.

Lo medité por un momento. Definitivamente le daría la impresión equivocada, pero él podría tener razón.

—¿Tienes un chaleco de repuesto por ahí?

Sonrió un poco y sacudió sus llaves.

—Lloyd tenía un almacén al final de la calle. Volveré en diez minutos.

—Gracias, Horace.

Una hora más tarde me preguntaba si sería un viaje en vano. Mila tenía cinco minutos de retraso, y sólo podía esperarla otros diez antes de tener que salir a la carretera. Su chaleco la esperaba en mi camioneta, mientras yo la esperaba caminando de un lado a otro en la acera.

Ella no va a venir. Seguramente no quiere involucrarse en esto. Maldita sea. Si hubiera podido mostrarle el producto final, el objetivo final. La llamaré y lo cancelaré.

Saqué mi teléfono, pero en ese momento unas luces aparecieron en el estacionamiento.

—Siento llegar tarde —dijo al salir de su auto—. No estaba segura de si debía venir.

—Me alegro de que lo hicieras.

Se veía absolutamente hermosa. Se había cambiado el jeans y la camiseta por un traje de falda lápiz y chaqueta gris, de aspecto muy profesional, con una blusa que acentuaba su escote, justo para excitar mi imaginación. El chaleco antibalas lo arruinaría.

—Te ves hermosa. Es una pena pedirte que te pongas esto —lo saqué de la camioneta y se lo di.

—No hablas en serio. ¿Quieres que me ponga esto para una reunión?

—Es una reunión importante. Por favor.

La ayudé a colocárselo, y luego subimos al vehículo. Se veía muy nerviosa.

—Probablemente no lo necesites. Es sólo por precaución. Tengo un gran anuncio que hacer. Creo que se lo tomarán bien, pero si no lo hacen, quiero que estés a salvo.

—¿Cuál es el anuncio?

Sonreí.

—Franklin Investments va por buen camino.

Me frunció el ceño.

—¿Quieres decir que ya no vas a ser el jefe?

—Oh no, yo seguiré a cargo.

—¿De qué?

—Ya verás.

Su aroma nos envolvió, esparciéndose por todo el interior de la camioneta mientras conducíamos. Recordé cada momento que habíamos pasado juntos. Su piel, sus sonidos, la forma en que saltó en mi defensa sin pensarlo dos veces, la forma en como se preocupaba por Zoe, su manera de ver el mundo.

—Te debo una disculpa. Debí habértelo contado todo desde el principio.

Ella agitó la cabeza.

—Estabas protegiendo a tu hija. Lo entiendo.

—Debí haberte hablado de Rising Pines. Me gustaría hacerlo ahora, si me dejas.

—Te escucho.

Respiré profundamente, buscando la mejor manera de explicarle todo.

—Cuando compré ese lugar, ya se estaba cayendo.

—¿Crees que eso te excusa?

—No, por supuesto que no. Tenía la intención de derribarlo y construir un centro comercial allí. Sólo estaba esperando a que se vencieran los contratos de alquiler de los inquilinos existentes.

—Entonces, ¿habrías echado a doscientas familias a la calle?

Me estremecí.

—Admito que no estaba pensando en ellos. Estaba pensando en el dinero. Creía que cuanto más tenía, más podía hacer con él. Pero entonces empezó a llegar el dinero del alquiler, y compré otro lugar y otro. Me quedé atrapado en él. Tenía asesores inmobiliarios por todas partes, vigilando si había grandes complejos en el mercado a precios ridículamente bajos.

—¿Alguna vez pensaste en preguntar por qué los precios eran tan bajos?

Agité la cabeza.

—A caballo regalado no se le mira el diente. Es un punto ciego que desarrollé después de que Lloyd me acogiera. No quería ver el mal que estaba haciendo, porque estaba haciendo grandes

cosas por mi vida. Lo mismo con los apartamentos.

Ella asintió.

—Así que tienes cuchitriles por todas partes. ¿Cuántos?

—Ahora mismo, un poco más de cuatrocientos. No todos son apartamentos. Algunas son casas. Eso es lo que me ha tenido ocupado durante los últimos tres meses. Los he estado visitando a todos en persona. La mayoría de ellos por primera vez.

—¿Los compraste sin verlos? Eso es inteligente.

—Gracias, lo intento —dije, haciendo juego con su tono sarcástico—. Pero tienes razón. Todos son terribles. Empecé a trabajar con contratistas en Rising Pines y luego pasé al siguiente. Me llevó tres meses, pero me las arreglé para echar un vistazo a cada complejo y empezar a trabajar en todos ellos. Afortunadamente, sólo Rising Pines y otro más necesitaban ser reconstruidos desde cero. El resto de ellos tienen buenos huesos y malos administradores. Despedí a mucha gente.

—Eso debe haber sido duro.

—Lo fue. No me gusta quitarle el sustento a la gente, pero si estás descuidando tus deberes a un grado negligente, no hay mucho que pueda hacer.

—Eso debe haber costado mucho dinero.

—Me costó todos mis ahorros y la mayor parte de los fondos para la universidad de Zoe. No estoy cobrando alquiler a nadie que no pueda usar su apartamento, así que mis ingresos se han reducido a un goteo.

—Pensé que habías dicho que estabas usando las ganancias de Lloyd para esto.

—Los usé para pagar mis deudas con los inquilinos de Rising Pines. El resto del dinero de los negocios de Lloyd se dirigen hacia la reconstrucción.

—¿De Rising Pines?

Agité la cabeza.

—De su negocio de base. El negocio criminal. Va a costar mucho dinero hacer lo que tengo planeado. Para cuando termine, voy a quedar en quiebra por un tiempo, pero las ruedas estarán en movimiento.

Se movió nerviosamente en su asiento.

—Suena como si fueras a cabrear a mucha gente.

Agité la cabeza.

—Tendrán lo suyo, como siempre lo han tenido. Ese es el componente clave de este acuerdo, y la razón principal por la que no creo que ese chaleco vaya a ser necesario.

Ella exhaló lentamente mientras nos adentrábamos hacia la mansión de Lloyd. Los autos deportivos y llamativos estaban aparcados en filas, rodeados por los chicos de Lloyd. Mejor dicho, mis chicos.

—Espero que tengas razón —dijo en voz baja—. Parecen malos.

—Deja de mirar sus ropas y tatuajes. Mira sus ojos.

Ella se quedó callada por un momento.

—¿Cuántos años tienen? Algunos de ellos parecen menores de edad.

—Muchos de ellos lo son. Mi historia no es única. Lloyd reclutó chicos como yo todo el tiempo.

—Oh.

Me estacioné y salimos de la camioneta cuando la multitud comenzó a moverse hacia la puerta. Los ojos de Mila estaban nerviosos, pero su postura mostraba una confianza fría. Adecuada para la situación.

Le sonreí, y ella me devolvió la sonrisa.

—¿Nos trajiste a tu nueva novia? —preguntó Raúl cuando atravesamos las puertas de la mansión.

—No exactamente. Lleva a todos al comedor.

—¿Quién te hizo mi jefe?

—Lloyd.

Entrecerró los ojos hacia mí, y lo desafié con la mirada. Finalmente se encogió de hombros y se volvió hacia la multitud que estaba detrás de mí.

—¡Todo el mundo al comedor!

Puse mi brazo sobre los hombros de Mila y la llevé adentro. Observé su cara mientras asimilaba la grandiosidad de la casa.

—Podrías acomodar a cincuenta familias sólo en el vestíbulo —dijo en voz baja—. ¿Qué hace un hombre con todo este espacio?

—Una reputación.

Ella puso cara de asco, y yo sonreí. Una vez que todos se habían reunido en el comedor, tomé mi lugar a la cabeza. Era extraño estar ahí, con Mila a mi derecha y cien pares de ojos mirándome fijamente. Un embriagador torrente de poder me atravesó, y busqué a mi lado sus ojos azules. Necesitaba un ancla, y ella me lo proporcionaba.

—La mayoría de ustedes saben que hemos estado cerrando tratos sin abrir otros nuevos —comencé.

—¡Sí!

—¿De qué se trata eso? ¿Cómo vamos a cobrar?

Levanté una mano y cayó el silencio. Se me puso la piel de gallina y tuve que suprimir una sonrisa.

Concéntrate.

—Sí van a cobrar —continué—. Pero sus trabajos van a ser diferentes. ¿Cuántos de ustedes vivían en la calle cuando Lloyd los recogió? —esperé que levantaran sus manos y asentí al ver que era la mayoría de ellos—. ¿Cuántos de ustedes acaban de salir de la cárcel y están desempleados?

Más manos alzadas.

—¿Qué tienes que ver tú en eso? —inquirió Raúl, a mi izquierda, cruzando los brazos—. Tú no eres Lloyd.

—No. No lo soy. A él le gustaba ayudar a la gente, pero le gustaba más el poder. A partir de ahora, vamos a ayudar a gente como nosotros a recuperarse. Esta casa servirá como nuestra base de operaciones.

—¿Vas a convertir la mansión de Lloyd en un centro de rehabilitación? Que falta de respeto, hombre.

—Siempre ha sido un centro de reinserción social —repliqué, exasperado—. Todos ustedes vivieron aquí una vez. Algunos de ustedes todavía lo hacen.

—Los centros de reinserción social no ganan dinero.

—No, pero muchas otras cosas sí. ¿Quién ha pensado alguna vez en abrir un negocio? —pregunté.

Varias personas levantaron la mano.

—Genial. ¿De qué tipo? —pregunté.

—Un taller de autos —expuso uno de los hombres.

—Quiero abrir un restaurante —replicó otro de los presentes.

—Muy bien —intervine—. Lo que vamos a hacer es tomar sus ideas y hacerlas realidad. Los dotaremos de gente como nosotros. Cada uno de ustedes será dueño de una parte de cada negocio. Van a seguir ganando dinero, y a la vez, van a ayudar a la gente. Eso también los mantendrá alejados de los problemas y la cárcel. ¿Alguna objeción?

—Así no es como hacemos las cosas, Bucky. ¿Están escuchando esto? ¿Saben lo que eso significa? Tener que pagar impuestos. Estar de vuelta en el sistema. Adivina qué, amigo, ya perdiste una parte del grupo presente. ¿Cuántos de ustedes son ilegales?

Una docena de personas levantaron la mano. El pánico golpeó mi pecho. Ni siquiera había considerado ese ángulo. Raúl se puso de pie y señaló.

—¿Ves? Olvidas por qué vivimos así —entrecerró los ojos.

—Espera —Mila, se puso de pie—. Ese no es un problema sin solución. Soy abogada. Tengo contactos.

—Cállate —gruñó Raúl.

—No, escucha, puedo ayudarlos con este tipo de...

Ni siquiera vi a Raúl sacar su arma, sólo escuché la detonación y luego vi a Mila caer a mi lado. Una ira descontrolada se desató en mi interior. Sin pensarlo dos veces me fui sobre él, enterré mi puño en sus dientes y pateé su arma.

—Agárrenlo —ordené.

No esperé a ver si lo hacían. Inmediatamente corrí al lado de Mila.

—Hey, ¿estás bien?

—Dios, esto duele —gimió entre dientes apretados—. Buena decisión lo del chaleco.

—Tendré que agradecerle a Horace —dije, aliviado—. Déjame ver.

La quemadura humeante estaba directamente sobre su pecho. Le había disparado a matar. Cargué a Mila en mis brazos y me di la vuelta para encontrar a un hombre que sostenía a Raúl con una llave de cuello.

—¿Cómo te llamas?

—Devon.

—Muy bien Devon, tú estarás a cargo. Consigue votos, consigue ideas, y encárgate de Raúl.

—¿Qué quiere que haga con él?

—Diablos, no sé. Enciérralo. No dejes que hable con nadie más. Volveré por la mañana. Ella necesita un médico.

—Encárgate de tu chica, hombre. Yo me encargo de esto.

—Tu chica, ¿eh? —se burló a pesar del dolor que reflejaba su rostro—. Grandes suposiciones.

La miré a los ojos mientras atravesaba las grandes puertas hacia mi camioneta.

—Nunca lo asumiría.

Ella levantó la mano y me tocó la cara. Apreté mi mandíbula contra el torrente de emociones que palpitaban a través de mí, luchando contra mi autocontrol. Acabó la batalla cuando levantó su cara y apretó sus labios temblorosos contra los míos. Cedí, bebiendo de ella como un hombre que se muere de sed. Sus labios suaves y llenos, su lengua ágil, su cálido aliento. Me perdí en su contacto y cometí el error de acercarla más a mí.

—¡Ay!

—¡Diablos! Lo siento. Vamos al hospital.

EPÍLOGO

MILA

—VAMOS, Mila. ¿No has tenido vacaciones en cuánto, un año y medio? Un fin de semana de esquí no va a matarte.

Leo sonrió a mi lado, desde el asiento del conductor y apretó mi mano con entusiasmo.

—¿Sabes siquiera esquiar?

—No. Viví en la cima de una montaña cubierta de nieve, y nunca aprendí a esquiar.

—Muy bien, Sr. Sarcástico.

Su sonrisa se volvió tímida.

—No, en serio, no sé hacerlo. No tuve mucho tiempo al aire libre mientras estuve allí. ¿Puedes enseñarme?

—Hmm, supongo.

Se rió.

—Te encanta enseñarme cosas, y lo sabes. Entonces, vamos a empezar desde la cima de la montaña y bajar hasta el final, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! Si nunca has esquiado antes, no puedes empezar desde la cima, señor.

—Vale, pero tu si vas a bajar por la gran pendiente, ¿verdad?

—Si no te importa. Me encantaría hacerlo. Se siente como volar —suspiré alegremente.

Finalmente empecé a relajarme ahora que estábamos lejos del trabajo. La Casa Franklin había sido un éxito rotundo, debido en gran parte a mi trabajo legal. Había pasado más de un año trabajando con cada persona individualmente, averiguando exactamente lo que todos necesitaban para protegerlos de su pasado. Había sido un trabajo duro, pero muy gratificante.

Leo estaba emocionado cuando llegamos a la estación de esquí. Saltó de la camioneta frenético.

—¿Qué pasa contigo? —le pregunté.

—Nada. Sólo estoy emocionado por esquiar contigo, eso es todo. Oye, antes de que nos vayamos al camino de los novatos, ¿te parece si vamos a la cima? Quiero ver cómo se ve desde ahí arriba.

—Está bien... —lo miré de reojo—. Te estás comportando muy raro.

—¿Un hombre no puede entusiasmarse con las maravillas de la madre naturaleza? Toma tus cosas, ¡y vamos!

Me reí y agité la cabeza. Siempre había tenido sus secretos. No sabía por qué seguían sorprendiéndome. Al hombre le gustaba ser misterioso.

Tomamos el telesilla, y esa prisa familiar de llegar a la cima me embargó. La pura libertad blanca como la nieve estaba a sólo unos minutos. Le apreté la mano a Leo y reboté en mi asiento con entusiasmo.

—¡Whoa!

—No hagas eso, ¿nos quieres matar?

—¿Desde cuándo le temes a las alturas?

—¿A las alturas? No. ¿A caer? Sí. ¡Quédate quieta!

Me reí, pero no moví más el asiento. Las montañas se extendían debajo de nosotros, cubiertas de oscuros árboles nevados. Más allá de ellos, el lago Tahoe brillaba intensamente a la luz del sol.

—Dios mío, me encanta estar aquí arriba. Vendría todos los fines de semana si pudiera.

—Puedes, ya lo sabes.

—Hay trabajo que hacer.

—Tu trabajo seguirá ahí el lunes. Te estás convirtiendo en una adicta al trabajo.

—Ahora sueñas como Rochelle.

—La gente que te quiere no quiere verte trabajar hasta la muerte.

Sus palabras me sacudieron hasta el fondo. Durante el último año y medio, nos habíamos insinuado mucho esa palabra el uno al otro, pero nunca la dijimos. Prácticamente habíamos estado viviendo juntos todo el tiempo, pero nunca oficialmente. Me estaba dando tiempo para conocerlo a fondo. Lo sentía necesario. En las últimas semanas, sin embargo, me había sentido tan cómoda con su presencia que simplemente acepté que no estaría con nadie más por el resto de mi vida. No había permitido que ese pensamiento llegara a la conclusión natural de que yo quería ser suya.

—¡Guau! —gritó, mirando a su alrededor—. Esto es increíble.

—Realmente lo es.

Estaba concentrada contemplando la pista de esquí que descendía por la montaña.

—¡Mira eso!

—¿Hmm?

—Mila. Mira.

Seguí su dedo hasta una zona en llamas en la montaña, justo enfrente de nosotros. El fuego se extendía sobre una formación de troncos creando un corazón ardiente y debajo de él se había desplegado un mensaje sobre la nieve.

«Te quiero, Mila. ¿Quieres casarte conmigo?»

—Leo... —no pude decir nada más, y las lágrimas brotaron de mis ojos.

Me giré hacia él y vi que se había quitado un esquí y estaba arrodillado en la nieve, sosteniendo una caja de terciopelo en su mano.

—Mila, eres el tipo de persona que realmente hace lo que te propones. Casa Franklin no hubiera sido posible sin ti. Demonios... sin ti, aún estaría escondiéndome de Lloyd, tratando de mantener a mi hija aislada para siempre. Ahora tiene una vida real, gracias a ti. Y yo también. Ahora que tengo una vida increíble, quiero compartirla contigo. Sólo tú, para siempre. Te quiero, Mila. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh, Leo!

Me apresuré a abrazarlo, olvidando que tenía mis esquís. En un resbalón lo empujé y me caí de espaldas con un chillido. Me levanté de la nieve justo a tiempo para verlo caer por la pista.

—¡Leo!

Me hizo un gesto con la mano mientras caía y se deslizaba por la montaña. Extendió sus brazos y piernas, frenándose lo suficiente como para deslizarse de la carrera y detenerse a un lado. Me dio un pulgar hacia arriba, se puso de pie y luego me gritó.

—¿Y bien?

—¡Sí!

Esquí hasta donde estaba él, llevando su esquí abandonado conmigo. Me resbalé hasta detenerme contra él. Sonriendo, levantó la caja.

—Al menos no se me cayó esto.

La abrió lentamente, revelando el diamante más grande y brillante que jamás había visto. Extendí mi mano, y él deslizó el anillo sobre mi dedo.

—¿Entonces, sí? —preguntó, con sus cálidos ojos fijos en los míos.

—Mil veces sí.

—Una vez es suficiente, pero me aceptaré esas mil —bajó la cabeza y me besó.

Envuelta en sus brazos y en la libertad de la montaña, ya no me quedaba dudas sobre la pureza del amor que me profesaba. Él me amaba, y yo sentía lo mismo por él. Sin embargo, la certeza más grande que había en mi corazón, era que el futuro que nos esperaba a ambos sería absolutamente maravilloso.